
Jazmin™
Primer amor
Joan Elliott
PICKART
Una larga espera
HARLEQUIN


Jazmin™
Primer amor
Joan Elliott
PICKART
Una larga espera


HARLEQUIN™

Había dejado su corazón en aquel lugar… y ahora regresaba para entregárselo a él.

Laurel Windsong había creído que dejar Willow Valley y a su primer amor, Ben Skeeter, sería lo más difícil que tendría que hacer en su vida. Pero volver diez años más tarde resultó ser aún más duro. Corrían rumores por todo el pueblo sobre el motivo de su regreso; si había vuelto para siempre y si Ben y ella se dejarían llevar por la evidente atracción que seguía habiendo entre ellos. Pero tenía secretos que debía desvelar antes de poder entregar su corazón a Ben. ¿La esperaría, o quizá había perdido al único hombre que había amado?



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una larga espera, n.º 7 —julio 2017
Título original: A Wedding in Willow Valley
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Este título fue publicado originalmente en español en 2006

I.S.B.N.: 978-84-9170-011-1
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

EL SHERIFF Ben Skeeter giró por la calle principal de Willow Valley en su coche patrulla después de pasar por delante de varias de las casas que habían estado cerradas durante el verano.

Iba despacio, haciendo un gesto con la cabeza a la gente que lo saludaba con la mano. Había muchos visitantes que habían llegado al pequeño pueblo del norte de Arizona para disfrutar del esplendor del colorido de los bosques en otoño.

Apretó el volante con fuerza y el corazón pareció darle un vuelco cuando vio a Laurel Windsong caminando por la acera hacia el Windsong Café.

No estaba preparado para su repentina vuelta al pueblo hacía ya cuatro meses. Su presencia le había causado varias noches de insomnio mientras los recuerdos del pasado se agolpaban en su mente.

Si alguien sabía por qué Laurel había vuelto al pueblo y cuánto tiempo pensaba quedarse, él no había oído nada. Había ido directamente y le había preguntado a Dove Clearwater, la mejor amiga de Laurel. Ella le había dicho que Laurel le había comentado que todavía no tenía planes. Dove le había confiado que algo le preocupaba a su amiga, pero que no pensaba presionarla para que se lo contara.

Mientras Ben se acercaba al café, miró de reojo en dirección a Laurel y la vio abrir la puerta y entrar.

Laurel Windsong era realmente hermosa. Los años la habían tratado bien.

El dolor de su traición había disminuido con el paso del tiempo. Habían pasado diez años, pero aún había noches en las que pensaba en ella, recordando lo que habían compartido, todos los planes que habían hecho para el futuro, recordando la noche en que le había dicho que se marchaba.

Sí, sus heridas emocionales se habían curado lentamente. Y, entonces, ella volvía inesperadamente a Willow Valley, se ponía detrás del mostrador del café de su madre con una libreta en la mano y actuaba como si nunca se hubiera marchado.

Le había traído demasiados recuerdos del pasado y se sentía herido de nuevo, aparte de exhausto por la falta de sueño.

Había hecho lo que había podido para evitarla y, cada vez que la

veía, nunca miraba directamente aquellos increíbles ojos oscuros. No había nada que quisiera decirle; ya se lo habían dicho todo hacía diez años. Solo quería que volviera a hacer las maletas y se marchara de nuevo para no volver.

Porque, mientras estuviera allí, no había lugar donde él pudiera ocultarse de la verdad que lo atormentaba: seguía enamorado de Laurel Windsong.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolieron los dientes.

Detendría a Laurel por alborotar su paz mental, pensó. La metería en la cárcel y le diría que tenía veinticuatro horas para dejar el pueblo o que si no tiraría la llave de la celda.

—Ya empezamos, Skeeter —murmuró mientras meneaba la cabeza—. Esto es realmente maduro; muy racional.

Ben llegó al final del pueblo, se giró y volvió a conducir en sentido contrario, muy atento a todo lo que ocurría a su alrededor.

Era sábado y había muchos turistas, pero no cabía duda de que todavía llegarían más para apreciar los colores del otoño. Era bueno para los dueños de los negocios. Para él y la policía, significaba más trabajo.

Los turistas lo mantenían ocupado y, además, tenía entre manos un montón de allanamientos en las casas de verano. Las casas habían sido seleccionadas con cuidado y tenía la sensación de que era alguien del pueblo.

Había unas mil personas en el pueblo y otras tantas en la reserva. Ahora, uno de ellos estaba atacando a su propia gente y aquello lo ponía furioso.

El estómago de Ben gruñó y, al echar un vistazo al reloj, comprobó que era la hora de comer.

Quizá pudiera irse a casa y ver qué podía preparar. Podía ir a buscar algo ya preparado, aunque corría el riesgo de no hacer la digestión en toda la tarde.

No. Le apetecía algo bueno y el mejor lugar era el Windsong Café. Simplemente, ignoraría a Laurel Windsong, como hacía cada vez que comía allí, y disfrutaría de la comida. Eso era lo que siempre había hecho y seguiría haciéndolo.

Genial.

Siempre que no la mirara durante mucho tiempo.

Siempre que no se imaginara que introducía los dedos en su melena de seda negra.

Siempre que no se pusiera a revivir los exquisitos recuerdos de cuando hacía el amor con ella o de cuando la oía susurrar su nombre y declarar su amor por él.

Siempre que ignorara el hecho de que le había robado el corazón hacía muchos años y que no tenía ni idea de lo que tenía que hacer para recuperarlo.

Aparcó el coche al lado de la cafetería, comunicó por radio que iba a comer y tomó su sombrero del asiento del copiloto.

Al rato estaba entrando en el Windsong Café, con los músculos de la mandíbula en tensión.

Laurel frunció el ceño al ver a Ben Skeeter entrar en el café. Se puso a mirar lo que habían pedido los clientes, a pesar de que acababa de repasarlo todo hacía dos segundos.

Maldición, pensó. ¿Es que no tenía nada en casa para comer? ¿O por qué no iba a otro sitio? Oh, no; él tenía que ir al Windsong Café día tras día y hacer que el corazón se le acelerará y que todos los recuerdos se agolparan en su mente.

«Ben. Oh, Ben», pensó Laurel sin moverse. Hubo un tiempo en el que lo habían compartido todo: esperanzas, sueños, secretos, planes de futuro, sus corazones, sus mentes, sus cuerpos, la esencia misma de lo que eran. Habían estado tan enamorados, tan conectados que se habían visto como uno solo.

Pero aquello había sido entonces y esto era ahora y, desde que ella había llegado al pueblo, se habían evitado. Cuando no les quedaba más remedio, se trataban con educación e intercambiaban un saludo, pero nunca se miraban a los ojos. Ahora solo eran extraños; separados por diez años y sueños rotos. Ella continuaría manteniendo las distancias con Ben tal y como había hecho desde que había llegado a casa.

Solo había un problema: todavía estaba profundamente enamorada de él.

Ben se sentó en el primer compartimiento y recorrió el café con la mirada. Aún conservaba la misma decoración que cuando Jimmy y Jane Windsong lo abrieron: compartimientos con mesas de madera y asientos de vinilo rojo al lado de las ventanas y taburetes en la barra. Había una máquina de música antigua apoyada en una de las paredes y los menús forrados de plástico descansaban entre los servilleteros de metal y los saleros.

No era bonito. Nunca lo había sido. Pero era acogedor y la comida estaba bien.

Del techo colgaban plantas en cestas de mimbre, suspendidas por hilos invisibles. En la pared donde estaba la máquina de música,

había un gran tablón lleno de dibujos de niños.

—Hombre, sheriff —saludó alguien.

—Hola, Cadillac. ¿Qué te ha traído por el pueblo?

—Necesitaba pienso para las cabras —dijo el hombre desde su taburete en la barra—. Y pensé en venir a tomarme un filete de los que prepara la señorita Windsong.

—Buena idea —dijo Ben—. ¿Qué tal todo por el poblado?

El hombre se encogió de hombros y se giró hacia su comida, y Ben supo que aquel era el fin de la conversación. Cuando los navajos acababan de hablar, acababan. Cuando dejaban de hablar en la mitad de la conversación no tenía mucho sentido, pero así era.

Así había sido siempre.

El viejo Cadillac, pensó Ben. Por su cara podría tener entre cuarenta y sesenta añosy nadie sabía su apellido.

Era un poco corto de entendederas y le encantaban los cotilleos más que respirar; pero tenía un corazón de oro y le daría a un hombre su camisa si pensara que la necesitaba más que él.

—¿Para comer?

Laurel estaba al lado de la mesa con una libreta en la mano.

—Hamburguesa, patatas y café —dijo sin apartar los ojos del mantel—. Por favor.

Laurel lo anotó en la libreta, se giró y se marchó a paso ligero.

Ya estaba, pensó Ben. Había unas diez personas mirándolo para ver si aquel era el día en el que Laurel y él hablaban. Desde que ella había vuelto, la gente que conocía su historia había estado esperando a que sucediera algo.

Pero nunca sucedía nada.

Y nunca iba a suceder.

Lo que habían tenido había desaparecido hacía mucho tiempo. Laurel había acabado con todo el día que se marchó. El motivo por el que había vuelto era todo un misterio, pero no tenía nada que ver con él. Ella había dejado de amarlo hacía diez años y quizás algún día él averiguara cómo podría dejar de amarla a ella.

Laurel pasó la nota con el pedido de Ben por la ventana que daba a la cocina.

Maldición, pensó mientras rellenaba la taza de café de Cadillac. Le había vuelto a pasar. Solo por acercarse a preguntarle a Ben Skeeter qué quería para comer, solo por haber estado cerca de él y haber podido oler su fresco aroma, ver su espeso pelo, donde ella había introducido sus dedos… solo porque Ben existía, su corazón se había desbocado y las manos le habían temblado ligeramente.

Ben, con su metro ochenta, era demasiado alto para ser un navajo. El uniforme le quedaba perfecto y el color beige acentuaba su piel morena y su pelo oscuro. Sus facciones estaban como esculpidas con un cincel; sus pómulos, su nariz recta y aquellos labios tan deseables eran la imagen perfecta de la masculinidad.

Tenía que dejarlo, pensó Laurel. Si alguna vez él se daba cuenta del efecto que tenía sobre ella, se moriría de vergüenza. Estaba claro que a él no le inquietaba lo más mínimo. Nunca la miraba, pero eso era porque todavía la odiaba por haberse marchado de Willow Valley hacía diez años.

Su voz sonaba indiferente cuando hablaba con ella; incluso, un poco aburrida al pedir la comida y jamás se molestaba en ser cortés y preguntarle cómo estaba o hablar del tiempo.

No; para Ben ella solo era un mal recuerdo. Si no fuera por el hecho de que le gustaba la comida que allí servían, ni siquiera entraría en el café. Los diez años que habían pasado, habían borrado los sentimientos que había albergado por ella una vez.

Una mujer de unos treinta años entró en el café y llamó la atención de Laurel, sacándola de sus pensamientos. La mujer era atractiva y se sentó en el compartimiento de al lado del de Ben. Mientras miraba el menú, Laurel se acercó a ella, pasando rápidamente por el lado de Ben sin mirarlo.

—Hola, Marilyn —dijo Laurel—, me alegro de verte. ¿Qué tal todo por el salón de belleza?

—Muy ocupados —dijo ella—. Me duelen los pies y solo es la hora de comer. He decidido tomarme un especial para aguantar toda la tarde —volvió a inspeccionar el menú—. Oh, Dios mío. No me digas que May ha preparado alguna de sus tartas.

Laurel sonrió.

—De acuerdo, no te informaré de que ha preparado una tarta de cerezas, pastel de calabaza con crema y una tarta de manzana para morirse. Las palabras no saldrán de mis labios.

—Qué cruel eres —dijo Marilyn riéndose—. Jamás he podido resistirme a la tarta de manzana de May desde que llegué a este pueblo, algo evidente si me miras las caderas. Ponme un trozo.

—De acuerdo —afirmó Laurel, escribiendo en la libreta—. Y a tus caderas no les pasa nada —hizo una pausa—. Marilyn, estoy pensando en cortarme el pelo.

—¡No! —dijo Ben antes de darse cuenta de que había hablado.

Laurel se giró hacia él totalmente sorprendida a la vez que Marilyn se giraba en el asiento para mirarlo y que Cadillac giraba su taburete con la misma intención. Jane Windsong estaba a punto

de dejar la hamburguesa de Ben en el mostrador y la mano se quedó suspendida en el aire.

Los tres hombres que estaban sentados a la barra al lado de Cadillac giraron las cabezas para mirar al sheriff Skeeter.

—Vaya. ¿No te parece bien que Laurel se corte el pelo, Ben? —preguntó Marilyn con un brillo en la mirada.

Ben sintió una gota de sudor que le corría por el pecho.

—Bueno… esto… —dijo él—. Laurel trabaja ante el público y los visitantes esperan ver nativos americanos cuando vienen a Willow Valley. Y bueno… su pelo… contribuye a esa imagen. Simplemente estaba pensando en el negocio.

—¡Ah! —dijo Marilyn, y tosió para ocultar la risa mientras se daba la vuelta en su compartimiento.

—¿Por qué será que no me lo creo? —murmuró Cadillac, meneando la cabeza.

—A ese joven le va a crecer la nariz —dijo Jane con un susurro antes de dejar el plato—. ¡Laurel, la comida de Ben está lista!

Ella fue a buscarla.

—Aquí tienes —dijo mientras la dejaba en la mesa—. Voy a por el café.

—Gracias —dijo él mientras se ponía una servilleta en el regazo.

Laurel se marchó y volvió con una taza. Se inclinó ligeramente mientras le servía el café.

—¿Qué diablos te pasa? —susurró—. Me has hecho pasar una vergüenza terrible, Ben Skeeter. Mi pelo no es asunto tuyo.

—No quise hablar en voz alta —dijo él en voz baja—. Me sorprendió tanto como a ti lo que dije… —agarró el bote de ketchup y lo agitó sobre las patatas—. ¿Estás pensando en cortártelo?

—Quizás sí —dijo ella, levantando la barbilla—. Quizás no. Todavía no me he decidido.

—No lo hagas, Laurel —dijo Ben, mirándola directamente a los ojos—. Tienes un pelo precioso, sedoso y… recuerdo su tacto… —se aclaró la garganta y miró hacia su comida—. Vaya, acabo de verter medio bote de ketchup en las patatas.

Laurel abrió la boca para decir algo, pero se dio cuenta de que no podía hablar.

Se fue corriendo detrás de la barra y dejó la cafetera en su sitio. Después, le sorprendió recordar que tenía que dejar la nota de Marilyn en su sitio. Cuando se giró, Cadillac y los otros tres hombres estaban mirándola con una sonrisa.

—¡Qué! —dijo enfadada.

—Yo tengo que ir a por mi pienso —dijo Cadillac, bajando de su taburete.

—Yo también —dijo el hombre que estaba a su lado.

—Tú no tienes cabras, Billy —dijo Cadillac.

—Vaya —exclamó Billy—, entonces, iré a ver cómo compras el pienso para las tuyas.

—Bien —aceptó Cadillac mientras dejaba dinero en la barra.

Los otros dos hombres decidieron que acompañarían a Cadillac. Ninguno de ellos se esperó por sus cambios ni miraron al sheriff mientras salían del café.

Ben dejó escapar un suspiro e intentó apartar el tomate de las patatas.

Si no hubiera sido porque realmente estaba hambriento, se habría marchado de allí. Vaya. Qué manera de hacer el estúpido. Acababa de hablar por primera vez con Laurel desde que regresó y solo había dicho tonterías.

Pero solo imaginarse que se iba a cortar su maravilloso pelo negro había sido demasiado.

Después, Laurel se había acercado a él llena de furia. Utilizaba la misma colonia de siempre y, cuando lo miró directamente a los ojos, él había tenido que utilizar toda su fuerza de voluntad para no pasarle la mano por el cuello y atraer sus labios a los de él y…

Se removió inquieto en su asiento al sentir el calor que lo recorría por dentro y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba mirándolo.

Cadillac y sus amigos debían de estar en la tienda, pensó sin aliento, contándoles a todos lo que había sucedido en el Windsong Café entre el sheriff y Laurel. Los turistas que allí hubiera no tendrían ni idea de lo que había sucedido, pero los del pueblo… ni siquiera quería pensar en ello.

Acabó su comida, dejó dinero en la mesa y agarró su sombrero y su radio. Se deslizó por el banco, se giró y se chocó de lleno con Laurel, que llevaba la comida de Marilyn.

La agarró por uno de los hombros con su mano libre para que no se cayera.

—Lo siento —dijo sin soltarla—, no te había visto. ¿He tirado algo? No. Bueno.

—¿Me dejas pasar, por favor? —dijo Laurel, mirando a un botón del centro de la camisa de Ben.

—Enseguida —dijo él sin apartar la mano de su hombro—. Siento mucho haberte avergonzado por lo del corte de pelo. Me pasé.

—Sí, te pasaste, sheriff Skeeter. Ahora, Marilyn está esperando su comida.

Ben se puso el sombrero, le quitó el plato y el vaso de leche para Marilyn y se lo dejó a la mujer encima de la mesa.

—Que aproveche —dijo Ben, y después se volvió hacia Laurel que lo miraba sorprendida—. ¿Me perdonas o no por decir en voz alta lo que pensaba sobre cortarte el pelo?

—No —negó ella, poniéndose en jarras—. Porque Cadillac y sus amigos ya estarán corriendo la voz. Y todo crecerá como una gran bola mientras va pasando de persona en persona.

—Bueno, sí, pero…

—Y ahora, —continuó Laurel—, si me corto el pelo, todos pensarán que lo hago porque tú dijiste que no debería hacerlo. Y, si no me lo corto, todos pensarán que estoy haciendo lo que tú dijiste que debía hacer.

Ben sonrió.

—Podría cortarte un poco las puntas, Laurel —dijo Marilyn—. Eso les haría un lío. Porque te cortas el pelo, pero no te lo cortas. ¿Qué te parece?

—Lo pensaré —dijo Laurel.

—Cómete tu comida, Marilyn —dijo Ben con el ceño fruncido.

Marilyn se rio.

—No te enfades, Ben. Tú eres el que ha formado este lío. Yo solo estoy intentando ayudar.

La radio que llevaba en la mano sonó, acabando con la conversación.

—Tengo que irme —se despidió él—, hasta luego.

Mientras salía, Laurel se quedó mirándolo. Después, comenzó a limpiar la mesa.

—Bueno, habéis tardado cuatro meses o así, Laurel —dijo Marilyn—. Y os habéis dicho más de tres o cuatro palabras. Interesante. Muy interesante.

—Cómete tu comida, Marilyn —soltó Laurel, lo que hizo que la dueña del salón de belleza estallara en carcajadas.

Para sorpresa de Laurel, las horas siguientes pasaron rápidamente y fue capaz de no pensar en nada. El café estaba lleno y las otras dos camareras y ella trabajaron sin parar. Jane y los ayudantes de la cocina no dejaron de preparar comidas en toda la tarde.

Durante la pausa antes de la cena, limpiaron la barra, las mesas, barrieron el suelo y lo fregaron y rellenaron los saleros.

Cuando Laurel tuvo que reemplazar el bote de ketchup que Ben había vaciado, volvió a recordarlo todo.

Ben no quería que se cortara el pelo, pensó mientras revisaba las servilletas. Incluso había dicho que tenía un pelo precioso y que recordaba su tacto…

Se sentó en un taburete de la barra y apoyó la cara en una mano.

¿Y qué le importaba a Ben lo que ella hiciera con su pelo? ¿Y por qué había recordado su tacto? Aquello no tenía sentido. Ben Skeeter la odiaba. Ella era la persona que le había roto el corazón al romper su promesa. Entonces, ¿por qué…?

—Pareces muy pensativa —dijo Jane, sentándose al lado de su hija—. Hemos estado tan ocupadas que no hemos tenido tiempo de hablar. ¿Te encuentras bien después de tu… encuentro con Ben?

Laurel suspiró.

—Me imagino que sí. Todo ha sido tan… raro. Menos mal que la mayoría de los clientes de hoy eran turistas y no tendré que soportar la mirada de toda la gente del pueblo.

—De todas formas tendrás que hacerlo —dijo Jane riéndose—. La gente os ha estado observando desde que volviste, esperando a que sucediera algo. Ahora, Ben Skeeter no quiere que Laurel Windsong se corte el pelo. Imagínate lo contentos que se van a poner todos con la noticia.

—Genial —dijo Laurel—. ¿Qué haríamos sin Cadillac? Deberíamos deshacernos de nuestros teléfonos.

—Solo te queda esperar a que suceda algo interesante —dijo Jane—. Algo como que… no sé… que alguien robe el banco.

—Eso no va a suceder —objetó Laurel.

—No —dijo Jane—. Vas a tener que sonreír y aguantar hasta que la gente se canse. Casi me caigo redonda cuando Ben dijo que no tenías que cortarte el pelo. Desde luego, parece que le importa, ¿verdad?

—¡Mamá! —exclamó Laurel mientras se levantaba—. Estás haciendo lo que todos los demás deben de estar haciendo ahora. Estás especulando sobre lo que sucedió y disfrutando con ello. Deberías avergonzarte. ¿Dónde está tu lealtad hacia tu única hija?

—Bueno, cariño —dijo Jane con una sonrisa—. Tienes que reconocer que ha sido todo un espectáculo.

—Ya que hablamos de esto, muchas gracias.

—Lo entiendo, cariño —aceptó Jane—. Ahora me voy a casa un rato a poner los pies en alto antes de que llegue la gente para la cena. Todo está preparado. ¿Quieres venir conmigo?

—No, gracias. Me siento intranquila —dijo Laurel—. Creo que voy a ir a dar un paseo y… ¡Sí, claro; una idea genial! Mientras paseo por la acera, todos me mirarán. Pensándolo mejor, me voy a ir contigo. Después, me voy a encerrar en el armario.

Capítulo 2

AL LLEGAR a la pequeña casa donde Jane y Jimmy Windsong habían vivido desde que se casaron, Jane decidió ir a ver a una vecina anciana que se encontraba un poco indispuesta.

Laurel se fue a su cuarto, se quitó los zapatos y se tiró en la cama, con la esperanza de dormir un rato; sobre todo para no tener que pensar en lo que había sucedido en el restaurante con Ben.

Después de mirar al techo durante quince minutos, dejó escapar un suspiro y decidió darse por vencida. Se sentó en la cama y se quedó mirando por la ventana que daba a un pequeño patio en la parte de atrás de la casa. Una brisa caprichosa empujaba a una hoja de castaño, que había caído de la rama del árbol, haciendo un remolino; después, la levantó alto y la llevó muy lejos hacia aventuras desconocidas.

Hacía diez años, pensó Laurel, ella había sido como esa hoja. Había dejado todo lo que conocía, su habitación, su casa, el encantador pueblo de Willow Valley, a su madre, a sus amigos y a Ben. Había cruzado el país para ir a la universidad en Virginia, donde le habían dado una beca. Había acabado su carrera y había empezado a trabajar como psicóloga infantil.

Entonces, estaba llena de optimismo y entusiasmo, segura de que iba a lograr grandes metas, que iba a ayudar a los jóvenes que la necesitaran, cambiar sus vidas. Ella iba a desenredar sus líos, solucionar sus problemas, llevar sonrisas a sus semblantes serios.

Laurel meneó la cabeza y se rodeó con los brazos sin apartar los ojos de la ventana.

Menudos sueños grandiosos había tenido, pensó. Había pasado por alto cuánto echaría de menos a sus seres queridos de Willow Valley; la nostalgia que la invadiría por las noches haciendo que se sintiera muy sola.

Por culpa del dinero no había podido regresar con mucha frecuencia durante los años que había estado fuera; pero, cuando volvía a casa, había saboreado cada momento. Había pasado muchas horas con su mejor amiga, había hablado hasta bien entrada la noche con su madre, había ido a dar largos paseos con el abuelo, escuchando atenta cada una de sus palabras cargadas de sabiduría.

Pero nunca había vuelto a hablar con Ben Skeeter.

No se habían dirigido la palabra en casi diez años. Hasta esa tarde en el café.

Diez años, pensó Laurel, mientras observaba a unas ardillas jugar en el patio. Diez años habían pasado y allí estaba ella, en su habitación. Había vuelto hacía cuatro meses en busca de consuelo. Su madre era la única persona del pueblo que sabía lo que había pasado en Virginia.

Ni siquiera se lo había dicho a su mejor amiga ni al abuelo. Pero los navajos nunca presionaban a nadie para que hablara. Según sus creencias, cuando a una persona se le hacía una pregunta cuatro veces seguidas, esta estaba obligada a responder; pero nadie iba a hacerle eso. Y ella se lo agradecía porque no soportaría tenerles que decir que no.

Se puso de pie.

Estaba volviendo a pensar demasiado, se amonestó. No debía volver al mismo tema porque solo servía para deprimirse. Tenía que dejar aquel papel de víctima y superar lo que había sucedido en Virginia para continuar con su vida.

¿Continuar? ¿Hacia dónde?, se preguntó mientras se dirigía hacia la puerta. ¿Hacia un futuro junto a su madre en el restaurante? Su madre parecía muy contenta con su presencia, pero…

—Deja ya de pensar, Laurel Windsong —se dijo en voz alta, enfadada—. Apaga tu mente y cállate.

El pasillo conducía a un pequeño salón comedor y a la cocina. Allí encontró a su madre sentada a la mesa con una taza de té y el periódico.

—Hola —saludó Laurel—. ¿Qué tal está la señora Henderson?

Jane sonrió.

—Estaba a punto de salir para ir a echar una partida de cartas. Tan bien como siempre.

—Me alegro —dijo Laurel, sentándose al otro lado de la mesa—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Su madre cerró el periódico.

—Claro.

—Papá se murió cuando yo tenía dieciséis años. ¿Durante todo este tiempo has pensado alguna vez en volver a casarte? Solo tienes cuarenta y seis años, mamá, todavía eres muy joven. ¿No te gustaría compartir tu vida con alguien?

—Dios santo —exclamó Jane—. ¿A qué viene esto ahora?

—No lo sé. Estoy intentando pensar en mi futuro; pero no lo tengo nada claro. Entonces, he pensado en ti. Me preguntaba si te

gustaba tu vida tal y como es.

Jane se rio.

—Ah, mi hija la psicóloga intentando meterse en mi mente. Bueno, que tengas buena suerte, mi vida. Para responder a tu pregunta te diré que sí, que estoy muy contenta y soy feliz. Con respecto a lo de casarme… No. Eso no sucederá nunca. Tu padre es el hombre de mi vida, aunque ya no esté. Me enamoré de él a los quince años y ya nunca podré amar a otro. Me casé a los dieciocho, te tuve a ti a los diecinueve, abrí el Windsong Café y ahí me quedaré hasta que esté vieja y arrugada.

Laurel escuchaba a su madre atentamente, sin interrumpirla.

—El amor que compartí con tu padre era especial y maravilloso, Laurel, y eso solo sucede una vez en la vida; nunca me conformaría con menos. Me imagino que el amor que Ben y tú compartisteis era de la misma naturaleza, pero… Oh, perdona, no debería haber dicho eso. Ha sido muy insensible por mi parte.

—Tienes razón —afirmó Laurel—, yo también pensé que lo nuestro era especial; pero estaba equivocada. Yo quería ir a la universidad, pero él no quiso entenderlo y esperar por mí. Me dio un ultimátum: o me quedaba en Willow Valley mientras él iba a la Academia de Policía en Fénix y me casaba con él cuando terminara o acabábamos. Y eso fue lo que sucedió. Nosotros no compartimos el mismo amor que papá y tú.

—Yo no estoy tan segura —dijo Jane.

—Mamá, es evidente. Yo estaba decidida a ir a la universidad y Ben… no importa. Sigo haciéndolo. Me paso el día soñando con el pasado y me voy a volver loca. Ahora solo debo pensar en mi futuro; en lo que voy a hacer con mi vida. Por favor, no te ofendas; pero no me gustaría pasarme toda la vida sirviendo cafés.

—Por supuesto que no —dijo Jane—. Este lugar no era tu sueño; era el de tu padre y el mío. Tú solo estás ahí de paso hasta que decidas qué hacer. Todavía tienes la herida abierta por lo que pasó en Virginia, Laurel. Ten paciencia. Sé amable contigo misma. Ve paso a paso y espera a que tu paz interior vuelva. Volverá.

—Tal vez —aceptó Laurel—. Pero no he progresado mucho desde que regresé. Hace mucho tiempo que debería haber dejado de sentir lástima por mí, por lo que sucedió. Pero vamos a cambiar de tema. ¿Había algo interesante en el periódico?

—Dove ha escrito un artículo precioso sobre las hojas del otoño y cómo nunca nos defraudan año tras año, como una promesa de la naturaleza. Nuestra Dove tiene mucho talento como escritora.

—Sí —asintió Laurel—. Escribe fenomenal. Y creo que las

alfombras y las mantas que teje en su telar son extraordinarias.

—Sí —Jane se acabó el café—. Ah, y hay otro artículo que habla de un robo en una de las casas de verano. Quienquiera que esté haciéndolo, sabe muy bien las casas que están vacías. Eso indica que debe de ser alguien de por aquí. Asusta pensar que alguien que vive entre nosotros esté haciendo algo así.

Laurel frunció el ceño y asintió.

—Según el artículo —continuó Jane—, Ben ha dicho que la policía ha incrementado las patrullas de vigilancia y que no descansarán hasta que den con el culpable —hizo una pausa—. Y dime, Laurel Windsong, ¿vas a cortarte esa magnífica melena?

Laurel se encogió de hombros.

—No lo sé. Me llega por la cintura cuando me lo suelto. No creo que llevar una trenza día tras día sea muy sofisticado para alguien de veintisiete años.

—Lo es —dijo Jane con una sonrisa— si eres mitad navajo. Tienes el pelo de tu padre, su piel morena y sus ojos negros como el azabache. Si no fuera porque tus facciones son suaves y porque eres alta y delgada, todos pensarían que no eras hija mía. Pero, de todas formas, es tu pelo y puedes hacer con él lo que quieras.

—¿Tú crees? Probablemente todo el pueblo sabe lo que Ben Skeeter opina de eso. Mira que… No me hagas hablar.

—Creo que la escena del café fue muy bonita —dijo Jane.

—Por favor, mamá —se quejó Laurel mientras se ponía de pie—. Voy a refrescarme antes de volver al trabajo.

Jane se quedó mirando a su hija mientras se alejaba, maravillada por su belleza.

—Oh, Jimmy —susurró—, nuestra niña está tan confundida, está tan triste… y yo no sé qué hacer para ayudarla.

Mientras el sol se ponía, Ben caminaba por la calle principal antes de acabar su jornada.

Siete vecinos le habían preguntado ya si iba a ir a cenar al Windsong Café. Algo que nunca solía hacer porque prefería prepararse algo en casa después de un día de trabajo. También se había dado cuenta de las sonrisas y las miradas divertidas de los dueños de las tiendas que incluso habían salido a la puerta de sus comercios para saludarlo.

Estaba claro que la noticia de su estúpido encuentro con Laurel había corrido como la pólvora. No había nada que él pudiera hacer o decir; solo cabía esperar a que sucediera algo interesante que atrajera la atención de todos.

Ben aminoró la marcha conforme se acercaba a la heladería.

Dios. Oh, Dios, pensó con un gemido. Laurel y él habían pasado incontables momentos allí, tomándose un helado, planeando su futuro juntos.

Eran tan jóvenes… Y habían estado tan seguros de que todo saldría como ellos querían; que sus sueños encajarían como un puzle para crear un hermoso cuadro.

Pero, entonces, Laurel había decidido que quería más de lo que él podía ofrecerle. Necesitaba algo más que su amor y la vida que podían tener en Willow Valley después de casarse. Todo se había roto, como si una mano invisible hubiera deshecho el puzle.

Durante los años que ella había estado ausente, él había intentado construirse una nueva vida, pero le faltaban algunas piezas. Su vida estaba incompleta sin ella. Había aprendido a vivir sin ella; pero ahora había vuelto y…

Ben se paró en seco al ver a un niño de unos cinco años que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Hola —lo saludó Ben—. ¿Dónde está tu mamá?

—En esa tienda —dijo el niño, señalando a la heladería—. ¿Eres un indio de verdad?

Ben asintió.

—Sí. Un navajo.

—¡Vaya! ¿Y eso es una pistola de verdad?

—Sí.

—¡Vaya! ¿Por qué llevas una pistola en vez de un arco con flechas?

—Verás, no me caben en el cinturón, por eso tuve que decidirme por la pistola.

—¡Vaya! —repitió el niño—. ¿Y disparas a los malos?

—Solo si es necesario.

—¿Tú eres malo o bueno?

—¿Yo? Yo soy muy bueno, de verdad.

—Me alegro.

—Jacob —llamó una mujer que salía apresurada de la heladería —. Te he dicho mil veces que no salgas sin mí —levantó los ojos hacia Ben—. Lo siento mucho, en cuanto me descuido…

—Es un indio de verdad, mamá —dijo Jacob—. Dispara a los malos con su pistola porque el arco y las flechas no le caben en el cinturón.

—Eso es —dijo Ben riéndose.

La mujer lo miró con una sonrisa compungida.

—Gracias por ser paciente con él. Y disculpe si lo ha molestado.

—En absoluto —respondió él.

—Bueno —dijo la madre—. Vamos, Jacob.

Ben se quedó mirándolos mientras se alejaban; la madre, explicándole que tenía que quedarse a su lado.

«Qué niño tan gracioso», pensó Ben mientras se calaba el sombrero. Laurel y él habían hablado de los hijos que tendrían. Sí, habían hablado mucho de eso. Qué broma tan pesada.

—Olvídalo ya —se amonestó entre dientes—. Es hora de volver a casa.

Ben vivía en una casa rodeada de árboles en el extremo del pueblo que lindaba con la reserva. La casa estaba apartada de la carretera y la estructura del frente tenía amplios ventanales con unas vistas espectaculares de la montaña.

El interior de la casa era abierto y ventilado. Tenía un salón con una chimenea rodeada por estanterías llenas de libros. Una cocina con comedor, un baño pequeño y una habitación.

Arriba había dos habitaciones con un baño entre las dos. El segundo dormitorio lo utilizaba de estudio y allí tenía un ordenador y más libros.

Estaba amueblado con muebles rústicos y sobre los suelos de madera había alfombras hechas a mano por los navajos. De una de las paredes colgaba un tapiz de Dove Clearwater. Entre los libros de los estantes había cerámica y cestas hechas por sus amigos de la reserva.

Entró en la casa a través del garaje que tenía una puerta que comunicaba con la cocina. Subió al dormitorio, se cambió su ropa de trabajo por unos vaqueros y una camiseta vieja, guardó la pistola en una caja de seguridad en su armario y volvió a la cocina para prepararse algo de comer.

Enseguida, estaba sentado a la mesa con una tortilla de jamón, queso y pimientos y un vaso de agua helada.

Después de comer, recogió la cocina y se sentó en su sillón favorito a ver las noticias. Aunque no logró concentrarse.

Laurel nunca había visto su casa, pensó mirando a su alrededor. ¿Qué pensaría? ¿Le gustaría para vivir allí? ¿O tendría una decoración demasiado masculina? Eso tenía fácil arreglo.

Mientras salían juntos, habían dibujado innumerables veces la casa de sus sueños. Ya habían decidido la habitación que sería la de ellos y…

—Maldición, Ben —se dijo en voz alta, dándole un golpe al sillón—, ¿qué estás haciendo?

Se llevó las dos manos a la cara y echó la cabeza hacia atrás, obligándose a pensar en otra cosa, a dejar de pensar en Laurel Windsong.

«Piensa en… en los robos en las casas de verano».

Había llamado a las comisarías de Flagstaff y Prescott por si acaso ellos estaban teniendo los mismos delitos. Pero le habían dicho que no tenían ningún problema. Parecía que el problema era solo suyo. Se llevaban cosas poco pesadas como las televisiones, los DVD, los ordenadores, rifles, incluso se habían llevado algún microondas.

¿Por qué? Aquellas cosas no valían demasiado cuando se vendían en el mercado negro y era un gran riesgo. Aquello significaba que probablemente eran jóvenes; adolescentes aburridos que lo hacían para entretenerse y que no sabían en el lío en el que se estaban metiendo. Porque él los atraparía; no le cabía la menor duda de eso. Tarde o temprano, cometerían un error y los atraparía. Oh, sí.

Entonces llegarían las lágrimas y las esperanzas de futuro rotas.

Una imagen de Laurel apareció con nitidez en su mente.

—Sí, bueno —se dijo pensativo—. Eso pasa muchas veces en la vida. Se toman decisiones y los bonitos rompecabezas que uno construye se destruyen de manera que ya no es posible recomponerlos.

Hizo una pausa.

—Maldición, estoy hablando otra vez solo —meneó la cabeza—. Quizás debería comprarme un perro.

Laurel entró en la cocina del Windsong Café y se dirigió hacia su madre que estaba preparando unas hamburguesas y unos filetes en una gran plancha.

—Si una persona más —dijo Laurel con las manos en las caderas—, si solo una persona más me pregunta si me voy a cortar el pelo, se va a caer el techo de los gritos que voy a dar.

Jane sonrió mientras le daba la vuelta a la carne.

—Sabías que iba a suceder, cariño —dijo Jane mirando a su hija—. Pensaba que estarías preparada para aguantar la avalancha.

—Yo también lo pensaba, pero esto es realmente ridículo —comentó ella.

—No —dijo su madre riéndose—. Esto es Willow Valley. Algunas cosas no cambian. Y el gusto por los rumores es una de ellas. La gente del pueblo lleva esperando cuatro meses a que suceda algo, cualquier cosa, entre Ben y tú. Y por fin ha sucedido.

Seguro que él está pasando por lo mismo que tú.

—Se lo merece —dijo Laurel—. Él es el que ha abierto la boca. Todavía no entiendo por qué lo ha hecho.

—¿Ah, no? —preguntó Jane, mirando a su hija con las cejas levantadas.

—Adiós —se despidió Laurel mientras se dirigía al comedor—. No pienso hablar más de esto; tengo clientes que atender.

—Adiós —contestó su madre, riéndose de nuevo—. O mejor aún, *hagoonee*, para que veas lo bien que hablo navajo.

May, una señora baja y regordeta de unos sesenta años, sacó un pastel del horno y lo dejó en una encimera para que se enfriara.

—Parece que Laurel está nerviosa, ¿verdad? —dijo con una sonrisa.

—Sí —afirmó Jane mientras les daba la vuelta a unos filetes—. Me encantaría que Ben y ella pudieran resolver sus diferencias; pero diez años es mucho tiempo.

—No para el amor —dijo May, riéndose—. Jane, ¿te acuerdas de cuando llevábamos a los niños al parque? Extendíamos una manta y los dejábamos jugar. Estaban Laurel, Ben, Dove y mi Joseph. Eran preciosos. Dios santo, los años han pasado volando, ¿verdad?

—Ni que lo digas.

Jane sirvió las hamburguesas y los filetes en unos platos y los llevó hacia la ventana que comunicaba con el restaurante.

—Me imagino que no vas a decirme por qué ha vuelto Laurel —le preguntó la mujer.

—Lo siento, May —dijo Jane—, se lo prometí.

—No importa, puedo esperar. Pero veo en sus ojos que está triste y eso me rompe el corazón. Tampoco creo que Ben sea muy feliz desde que Laurel se marchó. ¿Y la pobre Dove? ¿Con aquellos sueños de ir a la universidad y estudiar periodismo? Al final acabó en la reserva cuidando de sus hermanos después de la muerte de sus padres.

—Y los ha educado muy bien. Ahora, tendría que pensar un poco más en sí misma y buscar un marido.

—Yo pensé lo mismo de ti cuando murió Jimmy —dijo May.

—¿Qué? —preguntó Jane mirando a su querida amiga.

—Esperaba que te volvieras a casar, que tuvieras más hijos; Jimmy no habría querido que te quedaras sola, Jane, lo sabes.

—Pero no estoy sola —protestó Jane—. Estoy muy a gusto con mi vida. Es curioso, pero acabo de tener esta conversación con Laurel. ¿Qué os pasa a todos?

May se rio.

—Por cierto —dijo la mujer—, ¿se va a cortar el pelo?

Esa noche, Laurel se dio una ducha, se lavó el pelo, objeto de tantas murmuraciones, y se sentó en la cama para cepillárselo. Entonces, recordó lo que Ben le había dicho de él en el café: que era precioso y sedoso y que recordaba lo que se sentía cuando…

Ella sabía perfectamente lo que había querido decir. Después de hacer el amor, ella solía acurrucarse a su lado mientras él deslizaba los dedos por su pelo, repitiendo el gesto una y otra vez sin cansarse.

De repente, sintió que se acaloraba al recordar cuando Ben y ella hacían el amor. Se levantó de la cama y comenzó a caminar inquieta por la habitación, sin dejar de cepillarse el pelo.

No podía quedarse en Willow Valley, decidió. Tenía que marcharse, poner distancia entre Ben y ella. Pero, después de lo que había sucedido en Virginia, ¿adónde podía ir? ¿Qué podía hacer con su vida? Adoraba aquel pueblo y a su gente y había pensado que viviría el resto de sus días allí con Ben y sus hijos… pero…

—¡Dios! —exclamó Laurel, dejándose caer sobre la cama—. ¿Qué voy a hacer?

Capítulo 3

TE LO prometo, Dove —dijo Laurel—, si pesco un pez, me voy corriendo. No sé cómo he dejado que me convenzas. Solo he venido a la reserva para pasar una tarde de domingo tranquila contigo, ¿te acuerdas?

—Pescar es relajante —comentó Dove—. Estamos sentadas en la hierba, el cielo y el agua tienen un tono azul precioso, las hojas de los árboles tienen un color espectacular, hace un día de otoño muy agradable. Es tu actitud la que no cuadra.

—Tienes razón —afirmó Laurel entre risas.

—Bueno, siempre podemos volver a la casa y dejarme que te corte el pelo.

—Oh, no empieces —se quejó Laurel con un gruñido—. Estoy intentando olvidarme de ese tema.

—Tarde o temprano teníais que tener una conversación. Ese silencio era ridículo.

—Yo no diría que lo que sucedió fue exactamente «tener una conversación» —apuntó Laurel con el ceño fruncido—. Todo el pueblo habla de cómo Ben Skeeter le dijo a Laurel Windsong que no debía cortarse el pelo. Tú te lo cortaste hace un par de años, ¿te dijo Ben algo?

—No —negó Dove, moviendo la cabeza para menear su oscura melena que le llegaba por los hombros—. Me dijo que me quedaba muy bien; pero no está enamorado de mí.

—Tampoco está enamorado de mí, Dove —dijo Laurel con calma —. Lo que tuvimos fue hace muchísimos años. Lo que dijo en el café sobre el pelo fue por costumbre o un reflejo o lo que sea. Ah, olvídalo. No quiero seguir hablando de esto.

Laurel hizo una pausa.

—No quería hablarte de este tema porque estaba esperando a que lo sacarás tú. Pero ya que no lo haces tendré que preguntarte. Háblame de tus planes —dijo Laurel mirando a su mejor amiga.

—¿Qué planes? —preguntó Dove confundida.

—Eso es. No hemos hablado de que tengas ningún plan. Seguro que tienes que estar pensando en tu futuro —dijo Laurel—. Los mellizos han crecido y se han marchado y Eagle está acabando el instituto. Después, te toca a ti, Dove. Abandonaste todos tus planes para criar a tus hermanos y ya lo has conseguido. Querías ir a la

universidad y estudiar periodismo, ¿te acuerdas?

Dove se encogió de hombros.

—De eso hace diez años. Ahora ya soy mayor.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Laurel, dejando la caña a su lado en la hierba.

—No sé, Laurel. No estoy mal aquí en la reserva, viviendo en la casa en la que crecí. Escribo algunos artículos para el periódico y sacó un dinero de los tapices. ¿Para qué cambiar?

—Hay una gran diferencia entre no estar mal y estar bien —dijo Laurel—. A mí me suena como si te estuvieras conformando con mucho menos de lo que quieres solo porque es más fácil.

—Estás equivocada —dijo Dove—. Tenía grandes sueños cuando tenía diecisiete años, pero todo cambió cuando mis padres murieron. Crie a mis hermanos y me siento como una madre cuyo último pajarillo está a punto de dejar el nido. De acuerdo, ahora me toca a mí. Me toca vivir tranquilamente, sin tantas responsabilidades; pero no tengo energía para comenzar una vida totalmente nueva y diferente e irme a la universidad. Aquí estoy bien.

—Oh, Dove, eso me suena a una existencia bastante solitaria. Hace un par de semanas incluso me dijiste que no salías con nadie.

—Laurel —dijo Dove lanzando el anzuelo más lejos—, piensa en esto: salgo con alguien, luego queremos casarnos, después, llegarán los niños. Niños, Laurel. ¿No lo entiendes? Ya he criado a tres niños. Ya he hecho lo del ratoncito Pérez, los he ayudado con los deberes, he aguantado sus cambios hormonales de la adolescencia. No quiero tener que volver a pasar por todo eso. Y cualquier hombre con el que saliera en serio querría tener una familia; pero yo no puedo.

—Pero…

—No.

—Pensarías de otra forma si estuvieras enamorada —dijo Laurel.

—No —Dove hizo una pausa—. Hablando de planes, ¿cuáles son los tuyos?

Laurel meneó la cabeza.

—De momento vivo al día. Sé que quizás esté hiriendo tus sentimientos al no contarte lo que sucedió en Virginia; lo que me hizo volver a casa, pero no puedo hablar de eso aún.

—Lo entiendo —dijo Dove—. Estoy aquí para escuchar cuando estés lista. Solo me preguntaba si tus intenciones eran quedarte aquí y trabajar en el café.

—No. Ya se lo he dicho a mi madre para que no se sienta decepcionada cuando… cuando decida qué voy a hacer con mi vida.

—Hay cosas peores que vivir en Willow Valley o aquí en la reserva —dijo Dove—. Es muy tranquilo. Mi hermano piensa alistarse en el ejército cuando acabe el instituto. Creo que ese tipo de vida tan organizado le irá bien; es muy inquieto y quiere marcharse de aquí lo antes posible. Creo que le irá bien. ¿Y yo? Estaré encantada de no tener que preocuparme por más adolescentes. Cada día sucederá, más o menos, lo que yo quiero que suceda.

—Dove, eso suena más como la vida de una persona de ochenta y siete años, no de veintisiete.

Dove se encogió de hombros.

—Me gusta esa imagen. Volver a tener el control de mi vida. De una vida… tranquila.

Laurel no se quedó convencida.

Las dos amigas permanecieron varios minutos en silencio, perdidas en sus pensamientos.

—Me gusta Marilyn Montgomery —dijo Laurel por fin—. La conocí nada más volver y sentí una unión con ella instantánea, como si la conociera desde hacía mucho tiempo. Me dijo que llevaba aquí cinco años, pero nunca habíamos coincidido durante mis visitas.

—Es un encanto —aseguró Dove—. Y realmente relanzó la peluquería cuando la compró. Tiene mucho éxito.

—No me ha contado por qué se vino a Willow Valley —dijo Laurel—. Yo no le he preguntado. Me imagino que si quisiera que lo supiera, me lo habría dicho.

—Creo que nadie sabe de dónde viene o por qué se ha venido aquí; ni siquiera Cadillac —comentó Dove entre risas—. Él la llamó «la mujer misteriosa» durante una temporada, hasta que se aburrió del tema y pasó a otra cosa. No obstante, es una persona muy respetada y apreciada por todos.

—Me alegro —dijo Laurel.

—Parece que viene alguien —dijo Dove—. Quizá sea el abuelo. Suele venir algún domingo que otro para ver si estoy pescando en su sitio. Muchos domingos cenamos pescado —inclinó la cabeza agudizando el oído—. Sí, definitivamente alguien se acerca a caballo.

—El abuelo es fantástico —dijo Laurel—, todo el mundo lo llama así y en realidad es tu bisabuelo.

Dove se giró y se puso una mano sobre los ojos para protegerse del sol.

—Sí, es Thunder, el caballo del abuelo. No cabe duda, pero…

vaya…

—¿Vaya? —preguntó Laurel, girándose para mirar hacia donde estaba mirando su amiga—. Ese es… Dove, ese es Ben con el caballo del abuelo —miró hacia la derecha y a la izquierda—. No quiero que…

—Por favor, deja de buscar un lugar para esconderte. ¡Por el amor de Dios!, no creo que os pase nada por saludaros educadamente.

Laurel miró a su amiga, después volvió a mirar hacia atrás. Estaba sentada delante de un árbol de manera que él no podía verla.

Se alisó el jersey y los vaqueros y se pasó las manos por el pelo para asegurarse de que no se había despeinado. Miró a su amiga y vio que la estaba mirando con una sonrisa.

Ben paró el caballo a unos metros, desmontó y dejó las riendas en el suelo. Thunder comenzó a comer hierba.

—*Ya at eeh* —saludó Ben, caminando hacia Dove.

—Hola —contestó Dove, sonriendo—. ¿Por qué llevas el caballo del abuelo?

—Fui a hacerle una visita —dijo Ben—, y… —se dio cuenta de un movimiento y giró la cabeza—. Oh, hola, Laurel; no me había dado cuenta de que estabas ahí.

—Hola, Ben —saludó ella, y agarró su caña—. Estaba pescando.

—Si no te gusta pescar —dijo él con el ceño fruncido—, tienes miedo de atrapar a un pez y tener que quitarle el anzuelo.

—Caramba, caramba —exclamó Dove—, vaya memoria que tienes, Ben Skeeter.

—Bueno, sí —dijo él, encogiéndose de hombros. Se quitó el sombrero y volvió a ponérselo—. Será mejor que me marche. No quería interrumpiros.

—Por el amor de Dios —dijo Dove—, sois absolutamente ridículos. Ben, siéntate y cuéntanos por qué llevas el caballo del abuelo. Y tú, Laurel, deja de mirar al agua como si fuera la cosa más fascinante que has visto en la vida.

—Dove —la reprendió Ben, acomodándose en la hierba—, cuando te pones en plan maternal, pareces un sargento.

—No te quepa duda —aseguró Dove—. Mis hermanos estarían de acuerdo.

—El abuelo dijo que no se encontraba bien —explicó Ben— y que Thunder necesitaba hacer ejercicio. Yo le dije que lo podía sacar. Se quedó sentado en su mecedora favorita, sin hacer nada, lo cual no es muy típico de él.

—¿Te dijo que no se encontraba bien? —preguntó Laurel con los ojos muy abiertos—. El abuelo no se queja nunca de nada. ¿Ha ido al médico?

—Ya se lo pregunté —dijo Ben—, pero hizo como si no hubiera hablado. Había terminado y eso era todo.

—No me gusta nada —comentó Dove, meneando la cabeza—. Suena muy raro en él. Pasaré por allí esta tarde para llevarle la cena a ver qué me dice.

—Buena idea —Ben arrancó una paja del suelo y comenzó a mordisquearla—. Me dijo otra cosa justo cuando yo salía por la puerta.

—¿Qué? —preguntó Dove.

Tiró la paja al suelo y suspiró.

—¿Ben? —lo apremió Laurel, inclinándose ligeramente hacia él —. ¿Qué te dijo?

—*Neasjah* —dijo Ben lentamente, mirando a Laurel a los ojos.

—¿Búho? ¿El abuelo dijo búho?

—Sí.

—Oh, Dios mío —dijo Dove—. Búho significa muerte. Voy a verlo ahora mismo —añadió, haciendo el amago de levantarse.

—Dove, espera —la detuvo Ben—. Yo no lo haría. Si se imagina que he venido aquí a contarte esto, se cerrará y no dirá ni una palabra. Seguro. Espera a la hora de la cena; a ver si entonces te cuenta algo.

—De acuerdo. ¿Llevaba su medalla?

Ben asintió.

—Bueno, eso es algo normal; pero… ojalá no hubiera dicho búho.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo Ben—. Estamos acostumbrados a que tenga una salud perfecta. Pero ya tiene ochenta años y es normal que tenga algunos achaques.

—Pero ¿por qué iba a decir *neasjah*? —replicó Dove.

—Quizás no se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta y estaba pensando en otra cosa —explicó Ben—. O quizá se ha dado cuenta de que su salud ya no es tan buena y que su próximo viaje será…

—No —negó Dove meneando la cabeza.

—Todavía no —aseguró Laurel.

—Vamos a esperar —dijo Ben.

Los tres se quedaron en silencio, pensando en su querido abuelo.

—¡Oh! —gimió Laurel de repente al darse cuenta de que la caña que aún tenía entre las manos comenzaba a dar tirones.

—Agárrala fuerte —le pidió Ben—, por la forma en la que se curva, seguro que es una buena pieza, Laurel.

—No la quiero —gritó Laurel, agarrando la caña con las dos manos.

—Ni se te ocurra soltarla —dijo Dove—. Yo sí la quiero. Puedo preparar una cena fantástica con ese pez. Seguro que se trata de una trucha enorme y al abuelo le encantan las truchas asadas. Comienza a recoger el sedal. Vamos.

—No sé hacerlo —gritó Laurel.

—Ben, ayúdala —pidió Dove entre risas—. Esto es demasiado. ¿A que va a ser Laurel la campeona del día? ¡Oh, Dios mío!

—Echa la caña hacia ti —dijo Ben— al mismo tiempo que empiezas a darle vueltas al carrete.

Laurel se echó para atrás e intentó recoger el sedal, pero no lo consiguió.

—No funciona —dijo ella—, se me va a escapar. No es una trucha, es una ballena.

Ben se deslizó sobre la hierba y se sentó detrás de ella, colocándole una pierna a cada lado. Después la rodeó con los brazos para cubrir con una mano la mano que tenía la caña y con la otra, la del carrete.

Dove abrió los ojos encantada al ver lo que había hecho Ben.

—Creo que Thunder se está poniendo nervioso con tantos gritos —dijo mientras se ponía de pie—. Voy a darle un paseo hasta que consigáis sacar la ballena.

—Ben, no creo… —dijo Laurel.

—Chsss —la interrumpió él—. Concéntrate en la cena del abuelo. De acuerdo. Vamos a tirar de la caña a la vez que recogemos el sedal… Eso es. Suavemente.

Era hombre muerto, pensó Ben, mirando al cielo antes de volver a dirigir su atención a lo que estaba haciendo. Dios santo, era una delicia sentir a Laurel tan cerca. Su cuerpo se estaba volviendo loco, estaba encendido por el deseo, ardiendo.

El aroma de ella era fantástico: una mezcla de colonia, aire fresco y rayos de sol. Tenía la mejilla apoyada contra su pelo sedoso. Un pelo que evocaba demasiados recuerdos sensuales de cuando lo llevaba suelto sin trenza y él deslizaba los dedos entre los mechones. Laurel.

«Piensa en el pez», se dijo a sí mismo. «Piensa en cualquier cosa menos en lo que amabas a esta mujer y en lo que te está haciendo ahora».

Pescado. Abuelo. Cena.

Ben volvió a tirar de la caña, cubriendo aún las manos de Laurel.

«Por el amor de Dios», pensó Laurel. Se iba a caer desmayada. El corazón le latía tan rápidamente que le zumbaban los oídos. Tenía las mejillas ardientes y sabía que debían de estar coloradas. Estaba atrapada entre los brazos de Ben Skeeter y tenía una sensación maravillosa, exquisita y tan… tan… Aquello estaba muy mal. No; muy bien, no lo sabía… no podía pensar…

Lo deseaba. Oh, cuánto lo deseaba.

Recordó lo que era hacer el amor con él y las imágenes eran tan reales que podía sentir sus labios, su sabor, inhalar su aroma masculino. Y sus pechos… deseaba que se los acariciara. Sentir sus manos, su boca, su…

Ay, cuánto amaba a Ben Skeeter. Allí era donde quería estar. En sus brazos. El hombre con el que se habría casado, con el que habría tenido hijos y con el que habría deseado pasar el resto de su vida. Así era como debía haber sido si todas sus esperanzas y todos sus sueños se hubieran hecho realidad. Ben.

Pez. El pez, pensó Laurel. La ballena. La cena del abuelo. «Céntrate, Laurel. Céntrate en ese pez».

De repente, el pez dio un salto, hizo una pirueta en el aire y volvió a desaparecer en el agua.

—Vaya —dijo Ben—. ¿Has visto el tamaño de esa cosa? Precioso. El abuelo se va a dar un festín esta noche. Vuelve a tirar… así… despacio. Muy bien. Vamos a conseguirlo, Laurel.

Laurel giró la cabeza y lo miró, dándose cuenta demasiado tarde de lo cerca que estaban sus labios.

—No deberíamos… no deberíamos… —tartamudeó ella, luchando por recordar lo que quería decir—. ¿No necesitamos una red, o algo así?

—No importa —dijo él con la voz ronca.

Después, antes de darse cuenta de lo que iba a hacer, agachó la cabeza y capturó los labios de Laurel con los suyos. Le separó los labios y le introdujo la lengua para encontrar la de ella mientras ella le devolvía el beso con total abandono.

Laurel cerró los ojos para saborear todas las sensuales sensaciones que invadían su cuerpo. La erección de Ben presionaba su cuerpo con más fuerza conforme el beso adquiría intensidad.

Era excitante. Era fantástico. Era un beso por el que llevaban esperando diez años y ahora no deseaban que terminara nunca. Eran los recuerdos del pasado que volvían con fuerza apoderándose del presente.

Ben la rodeó con los brazos y ella soltó la caña para pasarle las

manos por el cuello. Él levantó la cara por un segundo para tomar aliento y, después, su boca volvió a cubrir la de Laurel.

La caña se deslizó por la hierba detrás del pez. Al rato, el pez saltó en el agua, libre del anzuelo; pero ni Laurel ni Ben pudieron verlo.

Oh, sí, pensó Laurel embriagada. Después, la realidad comenzó a abrirse paso entre la nube sensual que la envolvía. Oh, no. ¿Qué diablos estaba haciendo? Estaba besando al hombre al que amaba con cada fibra de su ser. El hombre que la odiaba con la misma intensidad porque pensaba que lo había traicionado al romper sus promesas y… No. No debería hacer aquello. Tenía que parar.

Laurel deslizó las manos hacia el pecho de él y lo empujó. Él se separó de ella y se quedó mirándola a los ojos, invadido por el deseo.

—Suéltame —susurró ella y, después, tomó aliento para cobrar fuerzas e intentar zafarse de su abrazo—. Ahora, Ben. Lo digo en serio.

Ben la soltó y ella se alejó de él, sin atreverse a levantarse porque sabía que las piernas no le sostendrían.

Ben tomó aliento, recogió las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas, haciendo un esfuerzo por recuperar el control. Levantó la cabeza lentamente y miró a Laurel.

—No… no debería haber sucedido —dijo ella, consciente de que su voz no era más que un murmullo.

—Pero ha sucedido —dijo él con la voz aún ronca por el deseo —. Y los dos lo hemos disfrutado; no intentes negarlo.

—Somos… somos jóvenes y estamos sanos; eso es todo. Se nos ha escapado de las manos y no debería haber sucedido, Ben. Y no volverá a suceder. Los diez años que han pasado no se pueden borrar de un plumazo. No; esto no puede volver a pasar.

—Ya veremos.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Olvídalo, —dijo Ben, echándose el sombrero para atrás—. Simplemente, olvida todo el maldito asunto.

—Eso pretendo —le aseguró ella y se arriesgó a ponerse de pie. Miró a su alrededor—. ¿Qué le ha pasado a la caña?

Dove se asomó detrás de un árbol y se dirigió hacia ellos, con las riendas de Thunder en una mano.

—Hola, hola, ya estoy aquí —saludó, haciendo un esfuerzo por no reírse—. ¿Dónde está la cena del abuelo?

Laurel frunció el ceño.

—No lo sé. Se marchó y se llevó la caña. Te compraré una

nueva, Dove. Realmente, era una ballena. Muy grande. Y fuerte.

—Muy fuerte tenía que ser para que el mismísimo Ben Skeeter no pudiera con él.

—Ya ves —dijo él—. Yo te compraré la caña, Dove.

—No os preocupéis —dijo ella, riéndose—. Era muy vieja. Además, ¿no hay nada más interesante de lo que hablar que no sea esa vieja caña?

—No —negaron Laurel y Ben al unísono.

—¿Ah, no? Entonces, respondedme a esta pregunta, queridos amigos —los dos apartaron los ojos de Dove—. ¿Qué le voy a hacer de cenar al abuelo?

—Yo me tengo que marchar —dijo él mientras se ponía de pie —. Adiós.

Agarró las riendas de Thunder y tiró de él.

Laurel se cruzó de brazos.

—Todo lo que tengo que decir —le dijo a su amiga levantando la barbilla— es que le prepares una sopa. Ahora, si me disculpas, tengo que marcharme. Adiós.

—Vaya, vaya —exclamó su amiga despidiéndose de ella con una mano—. Gracias por una tarde tan interesante, Laurel.

Laurel pasó a su lado, con la barbilla bien alta.

Dove se quedó mirándola mientras se alejaba de su vista y, después, dio un salto en el aire.

—Sí —afirmó Dove—. Sí, sí, sí. Ahora solo tienen que darse cuenta de lo enamorados que están. Sí, sí, sí.

Capítulo 4

ESA noche a las ocho, Jane Windsong apagó la televisión y se giró hacia su hija que estaba acurrucada en el otro extremo del sofá.

—De acuerdo, jovencita —dijo Jane—. Llevas unos diez o doce suspiros. Eso añadido a que solo has dicho tres palabras durante la cena, como mucho, me hace pensar que te pasa algo. ¿No lo pasaste bien con Dove esta tarde?

—Claro que sí —afirmó ella, quitándose un hilo imaginario de los vaqueros—. Siempre lo pasamos muy bien juntas. Atrapé un pez gigante; pero al final se marchó —volvió a dejar escapar un suspiro —. Eso es todo. Se marchó.

—¿Y cuándo apareció Ben? —preguntó Jane.

—Cuando estábamos pescando —Laurel miró a su madre—. Pero si no te he dicho que Ben estuviera allí.

—¿Es el que se «marchó»? —preguntó su madre, levantando las cejas.

—De acuerdo, detective —le dijo Laurel a su madre—. Llegó y se marchó.

—Así que tenía razón al sospechar que él era la causa de tus suspiros. ¿Lograsteis conversar civilizadamente?

—Entre otras cosas —murmuró ella.

Jane levantó las cejas.

—La conversación se centró en el abuelo —continuó Laurel antes de que su madre siguiera preguntándole—. Ben había salido a dar una vuelta con el caballo del abuelo porque le había dicho que no se encontraba bien.

—¿Quién?

—El abuelo. Se lo dijo a Ben. También le dijo *neasjah;* aunque Ben no estaba seguro de que se hubiera dado cuenta de que lo decía en voz alta. Dove irá a verlo esta noche.

—Ay, hija. El abuelo no se ha quejado en la vida. Voy a acercarme a la reserva para ver qué tal está. Ya no es un jovenzuelo. Tenemos que pensar en ello.

—No quiero —dijo Laurel.

Jane se rio.

—«No quiero». Pareces una niña tonta de tres años. Pensándolo bien, eras bastante tonta cuando tenías tres años.

—Muchas gracias, mamá —dijo Laurel con una sonrisa.

—¿Qué es eso? ¿Una sonrisa? Voy a llamar al periódico…

—Ya basta —la interrumpió Laurel—. De acuerdo, he estado un poco gruñona desde que volví. Es que tengo muchas cosas en la cabeza. Estoy preocupada por el abuelo y… y… Ben y yo… verás, el pez era realmente grande y yo no sabía cómo… así que Ben se sentó detrás de mí para ayudarme a sacarlo… pero entonces me giré para preguntarle algo y… la verdad es que no quiero hablar de esto.

—Vaya vaya —dijo Jane, mirando al techo antes de volver a mirar a su hija—. Todo indica que Ben Skeeter te besó. No, para ser más precisos, Ben y tú os besasteis. Antes dijiste «Ben y yo».

—Deberías trabajar para el FBI. Me gustaría que dejaras esa actitud; es realmente molesta.

—De acuerdo. Ben y tú os besasteis…

—Y no debería haber sucedido, eso es todo —dijo Laurel. Se puso de pie y comenzó a pasear por la sala—. Fue un error y lo estoy borrando de mi mente.

—¿Por qué fue un error?

Laurel se paró para mirar a su madre.

—Porque todavía estoy enamorada de él —dijo Laurel casi gritando—. Y él me odia, así que… —se golpeó la frente con la mano—. No me puedo creer que te lo haya dicho.

—¿Que todavía estás enamorada de Ben Skeeter? —preguntó Jane—. Por el amor de Dios, Laurel, tendría que ser tonta para no haberme dado cuenta.

—¿De verdad?

—Oh, Laurel, por el amor de Dios. Llevas cuatro meses evitándolo y él está haciendo lo mismo. Si no le importaras te habría saludado la primera vez que te vio. ¿Por qué crees que todos os están observando? Están esperando a que admitáis que vuestros sentimientos siguen vivos y que actuéis en consonancia; lo cual parece que ha sucedido hoy en el lago.

—No, estás equivocada —negó Laurel—. Todos estáis equivocados. Ben me odia porque me marché de aquí hace diez años. Lo dejé.

—Entonces, ¿por qué te besó?

—Porque estaba a un centímetro de distancia. Fue un acto reflejo o algo así. Te lo repito: no debería haber sucedido. Y nunca volverá a suceder —Laurel dejó escapar un suspiro—. Nunca.

—¡Oh! —exclamó Jane, agachando la cabeza para ocultar su sonrisa.

—Me voy a la cama —dijo Laurel, mientras se dejaba caer en el sofá—. No. No estoy cansada. ¿Por qué no enciendes la televisión

otra vez?

—Primero, quiero hablar contigo de algo.

—¿De qué se trata?

—Sé que no querías cruzar el país conduciendo el coche que tenías y por eso lo vendiste en Virginia.

—Así es.

—Verás, Laurel, esta tarde te has llevado el coche y yo me he dado cuenta de que tenía que ir al supermercado, pero no tenía forma de llegar hasta allí. Creo que te deberías comprar uno.

Laurel se sentó derecha en el sofá.

—Pero no sé qué comprar porque no sé ni dónde voy a vivir ni lo que voy a hacer. ¿Me compro un todoterreno o un coche pequeño para moverme por la ciudad? Todavía no puedo decidirlo.

—Cariño —dijo Jane con amabilidad—. No quieres tomar ninguna decisión sobre nada importante y eso no está bien. Estás estancada. Yo voy a obligarte a que tomes una decisión sobre el coche. Tienes que empezar por algo, Laurel.

—No estoy preparada. Pero tienes razón. ¿Quieres venir conmigo mañana a Flagstaff a mirar los coches? No tenemos que trabajar ninguna de las dos.

—No, no me parece una buena idea —negó Jane—. Ninguna de las dos entiende de coches. Cuando me compré el mío, Ben vino conmigo. Él entiende de eso.

—De ninguna manera —protestó Laurel, cruzándose de brazos —. Que te crees tú que voy a pedirle a Ben que me ayude a comprar un coche. Ni en sueños.

Jane se encogió de hombros.

—Él puede ayudarte. Por supuesto, quizás tenga que trabajar. O también existe la posibilidad de que no quiera ir contigo; como dices que te odia tanto…

—No tendría que hablar conmigo —dijo Laurel.

—No, olvídalo. Es una idea ridícula.

—Pero… solo se trataría de negocios —dijo Laurel—. Ya soy una mujer madura y puedo dejar los sentimientos personales a un lado. De él esperaría lo mismo.

—Ya entiendo —dijo Jane, riéndose—. Eso es muy maduro por tu parte. Por supuesto, la noticia correrá como la pólvora.

—Ya me he preocupado bastante por lo que diga la gente de Ben y de mí —comentó Laurel—. Que hablen lo que quieran; voy a empezar a dar los primeros pasos y no puedo permitirme que un pueblo lleno de gente aburrida me detenga.

—Eso está muy bien. Entonces, ¿vas a pedirle a Ben que te

ayude? Es la mejor elección y me alegro por ti.

—Yo también. Voy a llamarlo ahora mismo —Laurel se puso de pie—. No sé su número de teléfono.

—Está en el listín. No has visto la casa que Ben se ha construido. Hizo una fiesta de inauguración y es absolutamente preciosa. No se ve desde la carretera, así que quizás te invite a verla.

—No creo que lo haga y yo tampoco tengo ganas de verla —dijo Laurel—. Siempre quiso una casa de dos plantas llena de ventanas. ¿Es eso lo que…? No importa. No me importa. Ahora tengo que centrarme en conseguir un coche y eso es todo. Y voy a pedirle a la persona más entendida en ese tema que me ayude. Es sencillo.

Mientras se dirigía hacia la cocina a buscar el listín, Jane sonrió satisfecha.

—Jane —se dijo la mujer—. Eres muy buena. No, brillante.

Ben estaba sentado en su sillón, apurando las últimas cucharadas de helado mientras veía una película en la televisión.

Laurel y él habían visto esa película hacía años juntos. La recordaba bien acurrucada a su lado en el sofá de la sala de estar de su casa mientras compartían un cuenco de palomitas. Esa noche, Jane no estaba en casa, aunque no recordaba adónde había ido. Sí, la había visto con Laurel y recordaba cómo acababa. Lo que nunca se había imaginado era cómo iba a terminar su relación con Laurel. Los protagonistas de la película acababan casándose. ¿Y él? Maldición. El teléfono sonó sacándolo de sus sueños. Con el ceño fruncido, se dirigió hacia la cocina deseando que no hubiera ningún problema.

—Sheriff Skeeter —dijo al descolgar.

—¿Ben? Hola, soy…

—Laurel —dijo él, molesto consigo mismo por ser capaz de reconocer su voz tan rápidamente y, encima, delatarse.

—Sí. Verás… tengo que pedirte un favor. Voy a comprar un coche y necesito que me aconsejes. Si pudieras venir conmigo a Flagstaff para ayudarme te pagaría la gasolina y la comida. Siempre le estoy pidiendo a mi madre el suyo y ella lo necesita. ¿Qué me dices?

—Bueno… ¿has pensado que la gente va a hablar si nos vamos juntos?

—Estoy cansada de pensar en la gente. Necesito un coche. Y tú eres el mejor para ayudarme a elegir uno. Eso es todo. Nada personal. Y mientras tú y yo lo sepamos, no me importan los cotilleos.

Aquello era una locura, pensó Ben. Todo un día a solas con Laurel. Todo un día sin poder besarla de nuevo, sin tocarla, sin abrazarla… una estupidez.

O tal vez no. Ella le había dicho que no era nada personal. Quizás eso le ayudara a enterarse por fin, y que su corazón también se enterara, de que a Laurel Windsong no le interesaba él y que no le había interesado durante los últimos diez años. Sí, quizás fuera una buena idea.

—¿Ben?

—De acuerdo, Laurel. Te ayudaré a elegir un coche. Mañana estoy libre.

—¿De verdad? Qué bien, yo también. ¿A qué hora te viene bien?

—Te recogeré mañana a las nueve.

—Bien. Gracias, Ben. Oh, una cosa más. No he llamado a Dove todavía para preguntarle por el abuelo. ¿Has hablado con ella?

—Sí. Me dijo que el abuelo le agradeció la cena, pero que no tenía ganas de hablar, así que se marchó.

—Pero si le encanta tener compañía.

—Esta noche no.

—Estoy muy preocupada por él, Ben.

—Bueno, los tres tendremos que vigilarlo de cerca para ver si podemos averiguar lo que le pasa. Quizás dentro de unos días esté bien.

—Eso espero —dijo Laurel—. Bueno, te dejo. Gracias por tu ayuda.

—Buenas noches, Laurel.

—Buenas noches, Ben.

Ben colgó muy lentamente; pero no soltó el auricular para no romper completamente la conexión con ella.

«Maldición», pensó, apartando la mano por fin. La quería. No podía continuar así porque se estaba haciendo mucho daño. Al día siguiente todo cambiaría. Todas aquellas horas que iba a pasar con ella mientras Laurel lo trataba como a cualquier otra persona con la que hubiera crecido. Nada más y nada menos. Solo uno más.

Uno más al que había besado apasionadamente en el lago. No, no quería volver a pensar en eso. Tenía tendencia a pensar que aquel beso tenía que haber significado algo; pero no era así. Los había pillado a los dos desprevenidos. Había sucedido y habían respondido. ¡Vaya que si habían respondido! Pero Laurel había dejado bien claro que había sido un error y que no volvería a suceder. Así que tenía que hacerse a la idea. Al día siguiente irían a Flagstaff y él tendría que pasar todas aquellas horas junto a Laurel

mientras ella lo trataba como a uno… uno más.

A la mañana siguiente el viento soplaba con fuerza arrastrando unas preocupantes nubes oscuras y haciendo que las hojas castañas volaran por todas partes.

Después de una noche sin lograr conciliar el sueño, Laurel se puso unos vaqueros, un jersey rosa y unas zapatillas de deporte. Se cepilló el pelo hasta que le sacó brillo y después se hizo la trenza de siempre. Dejó el bolso y la chaqueta roja en el sofá y se dirigió a la cocina para desayunar.

—Buenos días, cariño —la saludó Jane, levantando los ojos del periódico al verla entrar—. No hace muy buen día.

—No importa —dijo Laurel, sentándose frente a su madre con una taza de café—. No necesito que brille el sol para elegir un coche. He decidido elegir algo que sirva para ir por carreteras heladas; aunque me vaya a vivir a Fénix o algún sitio cálido quiero poder venir a verte sin tener que preocuparme por el estado de las carreteras.

—Eso es una buena idea —dijo Jane, dejando el periódico a un lado—. Aunque no te imagino viviendo en Fénix; siempre has disfrutado mucho de las diferentes estaciones. Todavía me acuerdo de un día en el que Dove, Ben y tú os fuisteis a casa del abuelo para hacer un muñeco de nieve. Tendríais unos seis años.

—Ya me acuerdo —dijo Laurel, sonriendo—. Era un muñeco de nieve enorme. Nos sentíamos muy orgullosos de nuestra creación —dejó escapar un suspiro—. Éramos unos niños felices sin preocupaciones.

—¿Te apetece salir hoy con Ben, Laurel?

—Esta noche he decidido que será una buena idea pasar el día con él —explicó Laurel—. He estado evitándolo desde que llegué a casa y ha llegado el momento de que actúe como una adulta. Estoy enamorada de él y él no lo está de mí. Tengo que aceptarlo y continuar viviendo. Esas horas que pasaré con él demostrarán que lo que compartimos se acabó hace muchos años. Este viaje a Flagstaff será una buena terapia.

—Eres una buena psicóloga —dijo Jane.

—No, solo una mujer que intenta curar sus heridas. Tengo que tomar el control de mi vida; también de mis emociones.

El timbre sonó y Laurel dio un respingo.

—Ese debe de ser Ben —dijo Laurel con los ojos muy abiertos.

—Me imagino que sí.

—Justo a tiempo —dijo Laurel mirando al reloj de pared—.

Siempre ha sido muy puntual.

—Es cierto —Jane hizo una pausa—. ¿No crees que deberías abrirle?

—Oh —exclamó Laurel mientras se ponía de pie como movida por un resorte—. Sí, por supuesto. Voy a abrirle.

Jane se quedó riendo mientras Laurel iba a abrir la puerta.

Laurel dudó un instante, tomó aliento y dibujó lo que esperaba que fuera una sonrisa agradable. Abrió la puerta y la sonrisa desapareció.

¡Por el amor de Dios! Allí estaba Ben Skeeter con vaqueros y un jersey negro. El sombrero bien calado y una chaqueta de piel desabrochada. Menuda imagen. Estaba tan… tan masculino.

—Buenos días, Laurel —saludó él, mirándola directamente a los ojos—. ¿Estás lista para marchar?

«¿Contigo?», pensó Laurel aturdida. «Al fin del mundo».

—¿Laurel?

—¿Qué? Oh. Sí, estoy lista. Entra, voy a por mi chaqueta y a por el bolso.

—Hola, Ben —lo saludó Jane.

Laurel agarró su chaqueta y su bolso.

—Adiós, mamá.

—Que os divirtáis —se despidió la madre, pensando que estaban destinados a estar juntos.

El coche de Ben era un todoterreno negro que había equipado con una radio de policía bajo el salpicadero. También tenía una sirena azul que podía poner en el techo si surgía alguna emergencia.

—Esto es enorme —dijo Laurel mirando a su alrededor mientras se alejaban de la casa—. No quiero nada tan grande. Aunque me gustaría algo para circular por la nieve.

Ben asintió.

—Hay buenos coches con tracción a las cuatro ruedas. De todos los tamaños —hizo una pausa—. ¿Vas a vivir en algún sitio donde haya nieve? ¿Como aquí? ¿En Willow Valley?

—No lo sé —respondió Laurel, mirando por la ventanilla—. Pero quiero poder venir a ver a mi madre sin tenerme que preocupar del tiempo.

—Claro. Eso tiene sentido. ¿Por qué no tienes coche? ¿No lo necesitabas en Virginia?

—Lo vendí antes de volver a casa —dijo Laurel—. También vendí todos los muebles. Tomé una maleta y me vine para acá.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —preguntó Laurel, todavía sin mirarlo.

—¿Por qué lo vendiste todo? ¿Y por qué viniste a casa?

—Había llegado el momento de cambiar —dijo con calma.

—¿Así que dejaste el trabajo sin tener otro?

—Sí, Ben, eso es lo que hice —dijo ella, y se giró para mirarlo—. Punto final. No quiero pasar por un interrogatorio.

—Estamos charlando —protestó él con el ceño fruncido.

—Muy bien. Vamos a charlar sobre otra cosa.

—Vaya, parece que estás un poco susceptible.

—Simplemente no quiero hablar de mí; eso es todo. Vamos a hablar de ti. ¿Lograste lo que querías al ser policía? ¿Ha salido todo como esperabas? ¿Es difícil estar al cargo de Willow Valley y de la reserva? ¿Te construiste la casa de tus sueños? ¿Por qué no te has casado?

—Caramba, Laurel —dijo Ben riéndose—. ¿Y tú me acusas de interrogarte?

—Solo estamos charlando.

—De acuerdo, lo he pillado. La diferencia entre nosotros es que yo no tengo secretos y, obviamente, tú sí. Así que te diré que sí; que ser el sheriff es lo que yo esperaba que fuera. Sí, la responsabilidad del pueblo y de la reserva es muy grande; pero tengo buenos ayudantes. Sí, tengo la casa de mis sueños; la que te enseñé en dibujos. Ya está.

—No has respondido a la última pregunta —dijo Laurel, mirándolo intensamente.

Ben aceleró mientras se incorporaba a la autopista.

«Porque todavía estoy enamorado de ti y no puedo imaginarme compartiendo mi vida con ninguna otra persona. Y, a menos que pueda superar eso, me voy a pasar el resto de la vida solo. Igual que lo he estado los últimos diez años».

—No he tenido tiempo para buscar una mujer. Pero lo haré. Algún día. El trabajo me mantiene muy ocupado. ¿Y tú? ¿No había ningún hombre que te gustara en Virginia?

—Mi trabajo me mantenía muy ocupada —dijo Laurel, volviendo a mirar por la ventanilla.

«Y ninguno de los hombres que conocí se parecían a ti, Ben», pensó Laurel.

Ninguno de los dos dijo nada durante los siguientes quince minutos.

—Rojo —dijo Laurel por fin, sorprendiendo a Ben.

—¿Qué?

—Quiero un coche rojo. Sí. Que sea rojo.

Ben la miró sonriendo.

—¿Significa eso que si encontramos un buen coche lo dejarás si no es rojo?

—Sí.

—Genial —dijo él, meneando la cabeza—. ¿Quieres uno nuevo o de segunda mano?

—Uno nuevo; no quiero ningún problema.

—Eso es muy inteligente.

—Soy una mujer muy inteligente.

—Sí, lo sé, Laurel —afirmó Ben serio—. Una persona no se convierte en psicólogo haciendo un par de cursos. Reconozco tu valía.

—Gracias.

—Laurel, me gustaría que me respondieras a una pregunta personal. Solo una. Nunca te he preguntado esto y… ¿te parece bien? ¿Solo una pregunta?

—Depende de qué se trate —dijo ella con el ceño fruncido.

—Me pregunto por qué decidiste ir a la universidad, tan lejos de… de Willow Valley. Podrías haber ido a Flagstaff o a Fénix. ¿Por qué te marchaste a Virginia?

—No tenía elección. Ya te lo dije en su momento.

—No; no me lo dijiste.

—Sí, estoy segura, Ben. Estabas furioso porque me iba y no importaba nada más —giró la cara hacia la ventanilla—. ¿De qué sirve sacar el tema ahora?

—No. Estaba furioso porque ibas a poner todo el país entre nosotros. Si hubieras querido estudiar en algún sitio más cerca, podríamos haber continuado, podríamos haber buscado una solución y… ¿por qué dices que no tenías elección?

—Estás tergiversándolo todo —dijo Laurel, levantando la voz—. Me dijiste que, si me iba de Willow Valley, acabábamos.

—No. Te dije que, si te ibas a Virginia, lo cual significaba que no podrías venir cada fin de semana, acabábamos. Hay una gran diferencia, señorita Windsong.

—Eso no es lo que dijiste.

—Sí. Eso fue lo que dije, maldición. Y tú elegiste Virginia.

—Yo no quería irme lejos —dijo Laurel, casi gritando—. Pero el señor Chapman, el jefe de estudios, encontró que había buenas becas allí para mujeres pertenecientes a minorías que tuvieran buenas notas. Yo soy mitad navajo y tenía todo con sobresalientes. Me fui a Virginia porque conseguí una beca y eso significaba que no tendría que trabajar mientras iba a clase. ¿No lo entiendes, Ben?

Quería conseguir mi sueño igual que tú y quería hacerlo rápidamente para poder volver a casa cuanto antes. Pero tú cortaste porque yo me marchaba. Te expliqué por qué tenía que ser Virginia.

—Yo… —Ben se aclaró la garganta, consciente de que el corazón le latía a toda velocidad—. No te oí decir esas palabras, Laurel. Me imagino que solo te oí que te marchabas y que no íbamos a poder continuar con nuestros planes de futuro. Te marchabas lo más lejos posible.

—No, Ben —dijo ella más calmada—. No era así. Todos estos años… Dios mío. ¿Todos estos años has pensado que yo..? ¿Habrías continuado conmigo si hubiera ido a Flagstaff o a Fénix? Eso no fue lo que me dijiste.

—¿Para qué iba a molestarme? Ya me habías dicho que te ibas a Virginia —dijo él agarrando el volante con fuerza—. No me lo puedo creer. ¿Perdimos todo lo que teníamos; nuestras esperanzas y planes, nuestro futuro, por un malentendido? ¿Por una falta de comunicación?

—Eso parece —aseguró Laurel con voz temblorosa—. Ben, ¿qué hicimos?

—Hacer nuestros sueños pedazos —dijo él con voz ronca mientras los latidos le retumbaban en las sienes—. Sueños que no se pueden recomponer.

«Porque tú no me amas. Aunque yo te sigo queriendo, Ben», pensó Laurel, girando de nuevo la cara hacia la ventanilla para ocultar las lágrimas que amenazaban con salir. «Oh, Ben».

«Que nunca volveremos a recuperar», pensó Ben con una dolorosa sensación en el pecho. «Aunque yo no he dejado de amarte, tú ya no estás enamorada de mí. Oh, maldición, Laurel».

Capítulo 5

EL TRAYECTO entre Willow Valley y Flagstaff solía durar unos noventa minutos si no había mucho tráfico y las condiciones atmosféricas no requerían que se fuera muy despacio.

La siguiente media hora, después de las increíbles revelaciones de Ben y Laurel sobre lo que había sucedido hacía diez años, la pasaron en silencio total y absoluto. Cada uno perdido en sus pensamientos, dándole vueltas a lo que acababan de descubrir e intentando asimilarlo.

Laurel decidió, mientras Flagstaff aparecía en el horizonte, que no iba a darle más vueltas. No quería pensar más en lo que habría sucedido si… el resultado seguiría siendo el mismo; el daño estaba hecho y no se podía dar marcha atrás. Tal y como Ben había dicho, habían hecho pedazos sus sueños y no podían volver a poner las piezas juntas.

Ben entró en la ciudad y fue directo a un concesionario de coches. Aparcó y apagó el motor. Después se cruzó de brazos.

—He estado intentando asimilar lo que acabamos de descubrir hoy —dijo mirando a Laurel—. El abuelo diría que lo que ha sucedido era lo que tenía que pasar y que ahora tenemos que aceptarlo.

—¿Eso diría? —preguntó Laurel en voz baja—. Espero que podamos… que al menos podamos… ser amigos, Ben; en lugar de estar evitándonos todo el tiempo.

—Amigos —dijo Ben mirando al cielo gris—. De acuerdo.

—De acuerdo —repitió Laurel sintiéndose muy desgraciada.

—Quizás —dijo él abriendo la puerta—. Vamos a ver si te encontramos un coche rojo.

«No», pensó Laurel mientras salía del coche y cerraba la puerta. «Vamos a casa para que me pueda meter en la cama y permanecer allí durante cinco años». Amigos. ¿Cómo iba ella a comportarse como una amiga con el hombre al que amaba? ¿Cómo iba a lograrlo? Aquel día iba a ser espantoso. Solo esperaba que al menos pudieran encontrar ese coche rojo.

Necesitaron ir a tres concesionarios y tres horas para encontrar lo que quería. Al final, localizó un monovolumen de los pequeños. Ben y ella se dieron una vuelta para probarlo y los dos lo condujeron.

—Se lleva bien —dijo Ben—. No tienes tanto espacio como en los modelos más grandes, pero creo que te puede servir y puede ir muy bien sobre las carreteras heladas. ¿Qué opinas?

—Huele bien —aseguró ella—. Me encanta cómo huelen los coches nuevos.

Ben se rio.

—Eso lo dice todo. Pasa la prueba del olor y es rojo. ¿Qué más puedes pedir?

—Voy a comprarlo —respondió ella decidida—. Sí. Me siento bien al tomar una decisión. Estoy en una nube desde que volví a Willow Valley. Mi madre sabía lo que estaba haciendo cuando insistió en que me comprara un coche.

Ben asintió y apagó el motor, lo cual significaba que el comprador podía acercarse hacia donde estaban.

—¿Qué dicen, amigos? —dijo el hombre con una gran sonrisa mientras Laurel y Ben salían del vehículo—. ¿Cuál es el veredicto?

—Me lo quedo —dijo Laurel—. Pagaré una parte ahora y el resto voy a financiarlo.

—Ha hecho una elección muy acertada —dijo el vendedor—. Vamos a mi oficina.

Firmaron los documentos y el vendedor les dijo que quería lavar el coche.

—Muy bien —estuvo de acuerdo Ben—. Ahora vamos a comer y volveremos en una hora.

—Perfecto —dijo el vendedor mientras estrechaba la mano de Laurel—. Dejaremos su coche bien brillante, señorita Windsong; aquí fuera se ensucian un poco.

—Gracias —le agradeció Laurel.

Dejaron el concesionario y, al rato, estaban sentados en un restaurante mexicano. Laurel mojó un nacho en el pequeño bol de salsa y se lo llevó a la boca.

—Ummm —exclamó—. Tan rico como lo recordaba. Es mi restaurante favorito de Flagstaff.

—El mío también —dijo Ben.

—Lo sé —afirmó Laurel mientras tomaba otro nacho.

—Sabes muchas cosas de mí —dijo Ben—. Recuerdo cuando te contaba todo lo que se me pasaba por la cabeza.

—De eso hace mucho tiempo, Ben —dijo Laurel mientras le daba vueltas a la cuchara—. No me parece una buena idea que hablemos del pasado. Lo que pasó, pasó. Ahora haremos bien haciendo caso de esa filosofía del abuelo con respecto a lo que sucedió. Quizá no estábamos destinados el uno para el otro —hizo

una pausa—. No creo que debamos discutir esto de nuevo.

—Sí —dijo Ben, girándose para mirar por la ventana—. De acuerdo.

—¿Vamos a… vamos a ser amigos, Ben?

—No lo sé, Laurel —dijo él mirándola a los ojos—. Realmente no te puedo responder a eso ahora mismo.

—La comida está lista —dijo la camarera, dejando los platos delante de ellos—. Que aproveche.

Laurel agarró su tenedor y se quedó mirando las enchiladas de queso que había pedido, dándose cuenta de que se le había quitado el apetito. Se obligó a llevarse un trozo a la boca, sonrió con aprobación y volvió a cargar el tenedor.

Ben se comió la mitad de su burrito y tres tacos de ternera; después, apartó el plato. Se recostó en el asiento y se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa, Ben? —preguntó Laurel—. Jamás te había visto dejar ni siquiera una migaja en el plato cuando hemos comido aquí.

—¿Qué pasa? No tengo hambre —se echó para adelante y apoyó los brazos en la mesa—. ¿Qué pasa? Que yo no soy el abuelo. No soy tan sabio como él. Solamente soy Ben Skeeter y estoy muy enfadado con lo que sucedió hace diez años, Laurel. Estábamos muy unidos, éramos almas gemelas y ahora resulta que no sabíamos ni hablar. ¿Almas gemelas? ¡Ja! Menudo chiste.

—Éramos muy jóvenes, Ben —dijo Laurel—. Cometimos un error. No escuchamos lo que el otro estaba diciendo porque estábamos demasiado concentrados en nuestra perspectiva. Es muy triste, pero enfadándote no vas a cambiar nada. Quizás nos habría ido muy mal si nos hubiéramos casado.

—¿De verdad crees eso? —preguntó él, acercándose más a ella.

—No… no lo sé. No puedo saberlo. Y nunca lo sabremos, Ben, ya no somos las mismas personas. Diez años es mucho tiempo y hemos cambiado; los dos. Ahora somos casi desconocidos. Sí, tenemos una historia en común, pero no tenemos presente ni… ni futuro.

—Desconocidos —repitió Ben, con la voz un poco ronca—. ¿Qué sugieres? ¿Que olvidemos todos los recuerdos que pertenecen a esa historia, Laurel? ¿Cómo vamos a olvidarnos de lo que sentíamos cuando hacíamos el amor? Respóndeme a eso.

—Ben, no —susurró ella—. Por favor, no.

—No puedo quedarme aquí sentado más tiempo —dijo Ben deslizándose fuera del compartimiento—. Acaba tu comida. Nos encontraremos en el aparcamiento.

—No, Ben, espera —le suplicó Laurel—. No puedo comerme esto. Déjame que pague, como te prometí.

Ben tomó la nota de la mesa.

—¿Como prometiste? Tú no sabes el significado de esa palabra, Laurel.

Ella se puso de pie.

—No te atrevas a decir eso. Lo que sucedió fue tanto culpa tuya como mía —miró a su alrededor y se dio cuenta de que varios clientes los estaban mirando—. Vámonos de aquí.

Ben dejó unos billetes en la mesa como propina y se dirigió hacia la entrada del restaurante para pagar. Laurel lo siguió, con el corazón oprimido y las lágrimas amenazando con salir de sus ojos.

Caminaron hacia el coche en total silencio. Antes de llegar, Ben se paró y Laurel se giró para mirarlo.

—Necesito tiempo para hacerme a la idea —dijo con la voz cortante—. Justo ahora estoy muy enfadado. Simplemente… no quiero que te acerques a mí.

—Pero…

—Aléjate de mí, Laurel —dijo tirando de su sombrero para abajo —. ¿Entiendes? Simplemente mantente alejada de mí.

Ben comenzó a andar de nuevo, en dirección a la oficina del concesionario.

El vendedor le entregó a Laurel una carpeta con los papeles del coche y le dio las llaves. Ella le dio las gracias y Ben le pidió que lo siguiera hasta Willow Valley por si acaso tenía problemas con el coche.

—De acuerdo —dijo Laurel, sin mirarlo—. Te agradezco que hayas venido conmigo y que me acompañes de regreso a casa.

—Haría lo mismo por cualquier extraño —le aseguró Ben, después se giró y se dirigió hacia donde había aparcado su coche.

Mientras se dirigían a Willow Valley, Laurel sintió ganas de reírse al darse cuenta de que el color de su chaqueta era exactamente del mismo tono que su nuevo coche.

—¿Es eso hortera o gracioso? —se preguntó en voz alta y después dejó escapar un sollozo.

«Laurel Windsong», pensó. «No te atrevas a llorar». Iba a darse de morros contra un árbol con su flamante coche si comenzaba a llorar.

Pero estaba tan triste…

Solo pensar que Ben se habría comprometido con ella y la habría esperado si se hubiera quedado a estudiar cerca de Willow Valley… sin embargo, había pensado que ella había elegido irse lo más lejos

posible a propósito. Aquello era realmente triste.

Ella le había hablado de su beca en Virginia, pero él no la había escuchado; había dejado de hacerlo cuando ella le dijo que se marchaba.

Dios, diez años. Diez años de dolor de corazón, de noches sin dormir y de horas llorando; todo por un malentendido. Ben tenía razón, pensó sintiéndose desgraciada: tenían que hacerse a la idea.

Ella se sentía triste y él enfadado hasta el punto de decirle que no se acercara a él. Diez años. Y ahora eran unos desconocidos. Ella estaba enamorada de Ben entonces, pero no conocía al Ben de ahora. Aquello era muy triste.

Estaban a unos veinte minutos de Willow Valley, cuando él puso el intermitente y salió de la autopista hacia una zona de descanso. Laurel lo siguió con el ceño fruncido, preguntándose si le pasaría algo a su coche.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Tengo una rueda desinflada o algo así?

—No, no; el coche está bien —le aseguró él—. Lo llevas muy bien.

Ben se quitó el sombrero, se pasó la mano por el pelo y volvió a colocárselo. Una racha de viento barrió el aparcamiento y Laurel tiritó.

—¿Por qué has parado? —preguntó ella, rodeándose con los brazos—. Me estoy helando.

Ben dejó escapar un suspiro y se quedó mirando al cielo durante un momento antes de volver a mirarla a ella a los ojos.

—He sido muy… muy duro contigo —dijo él, y parecía arrepentido—. He estado dándole vueltas desde que salimos de allí y quiero pedirte disculpas por tratarte así —meneó la cabeza—. Tenías razón, Laurel: lo que sucedió fue tanto culpa mía como tuya. Te cargué a ti con toda la responsabilidad y no fui justo.

—Bien —aseguró Laurel, con la voz temblándole ligeramente—. Gracias, Ben.

—Pero una cosa sigue siendo cierta: somos unos desconocidos. Sí, tenemos recuerdos en común… Lo que estoy intentando decir es que esos recuerdos pertenecen a las personas que éramos hace diez años. Nosotros ya no somos esas personas. Me gustaría que olvidaras lo que dije sobre lo de mantenerte alejada de mí —dijo frunciendo el ceño—. Lo dije sin pensar. Nos veremos y debemos tratarnos con educación y también podemos vigilar junto a Dove al abuelo. Podemos tratarnos civilizadamente, por el amor de Dios.

—Igual que lo harían dos desconocidos que acaban de conocerse —dijo Laurel, mirándose a los zapatos—. ¿Es eso lo que quieres decir, Ben?

—Sí. Me imagino que más o menos es eso.

—Claro —aseguró Laurel, trazando una línea en la tierra con la zapatilla—. Eso tiene sentido. Unos desconocidos que se soportan civilizadamente y… bien. Está claro.

—De acuerdo —Ben asintió—. Escucha, me estaba preguntando si podría parar en tu casa para ver qué opina tu madre después de su visita al abuelo. Quizá tenga buenas noticias. ¿Te importa?

—En absoluto —dijo ella, mirándolo.

—¿Te has dado cuenta de que el color de la chaqueta es igual que el del coche? —le preguntó él, con una sonrisa.

—Sí, pero todavía no sé si eso es hortera o gracioso.

Ben levantó la mano como para acariciarla, pero volvió a dejarla en su sitio.

—Gracioso —aseguró él—. Guay, como diría Eagle.

—Qué más se puede pedir —dijo ella.

Se quedaron allí mucho tiempo, mirándose a los ojos, ajenos al viento y al frío. Sin moverse y apenas sin respirar. Después, un trueno rompió el silencio.

Ben se aclaró la garganta.

—Será mejor que nos vayamos. Creo que va a llover y se te va a ensuciar tu coche nuevo.

Laurel asintió.

Enseguida comenzaron a caer grandes gotas de lluvia y Laurel corrió hacia su coche.

—Adiós, Ben —murmuró para sí—. Adiós, extraño.

Ben aparcó justo detrás de Laurel.

Jane salió a la puerta con un paraguas y se dirigió hacia Laurel.

—Bonito coche, hija.

Laurel no dijo nada. Se cobijó en el paraguas de su madre y fueron juntas hasta la ventanilla de Ben.

—¿Qué tal has encontrado al abuelo, Jane? —preguntó él sin bajarse del automóvil.

—No estaba en casa —respondió ella—. Sabes que nunca cierra la puerta, así que le llevé la comida que le había comprado a la cocina. Su camioneta no estaba allí. Fui a ver a Dove y después volví a casa del abuelo, pero aún no había vuelto.

—De acuerdo —dijo Ben—. Gracias.

—¿Quieres pasar? —lo invitó Jane—. He preparado una sopa de

verduras para cenar.

—No, muchas gracias. Voy a pasarme por la reserva para ver si ha vuelto el abuelo y después iré a casa para encender el fuego. Parece que se avecina un temporal.

—Espero que no dure mucho tiempo, si no nos quedaremos sin turistas.

—Quizá pase rápido —dijo él—. Será mejor que me vaya. Adiós.

—Adiós —musitó Laurel, y se dirigió hacia la casa.

«Estos dos», pensó Jane mientras el coche se alejaba. Parecía que llegaban del dentista en lugar de haber pasado un buen día juntos.

Cuando Ben llegó a la casa del abuelo, había empezado a llover con más fuerza. En ese momento, Dove bajaba los escalones de la casa prefabricada donde vivía el abuelo. Al ver el coche de Ben, corrió hacia él y se montó en el asiento del pasajero.

—Lluvia, frío y viento —enumeró temblando—. Las hojas se caerán muy rápido y eso no será bueno para la reserva. Los turistas no vendrán hasta que empiece la temporada de esquí.

—Sí —estuvo de acuerdo Ben, con el ceño fruncido mirando hacia la casa—. ¿Todavía no ha llegado? Las luces están apagadas.

—No. Jane me dijo que le trajo comida, pero que no estaba y he venido a ver si había vuelto. Me encontré a Cadillac en el pueblo y me dijo que lo había visto dirigirse hacia el sur.

—¿Al sur? —preguntó Ben incrédulo—. ¿Habrá ido a Fénix? Eso no tiene mucho sentido: odia la ciudad. ¿Por qué iba a haber ido a menos que…?

—¿Que no quiera que todos nos enteremos de lo enfermo que está? —preguntó ella horrorizada.

—No saquemos conclusiones precipitadas —dijo Ben, meneando la cabeza—. Hay otras razones para ir a Fénix.

—Dime una.

Ben abrió la boca y volvió a cerrarla al darse cuenta de que no tenía una respuesta.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Qué vamos a hacer, Ben? —preguntó Dove.

—No hay mucho que podamos hacer. El abuelo no hablará hasta que no esté preparado, así que continuaremos con nuestro plan, Laurel, tú y yo nos mantendremos alerta.

—De acuerdo —dijo Dove—. Estoy muy preocupada por él y me siento impotente.

—Lo sé.

—Jane me dijo que Laurel y tú fuisteis a Flagstaff a comprar un

coche. ¿Habéis encontrado algo?

—Un monovolumen. Uno pequeño —dijo Ben, apartando los ojos—. Es rojo. Como su chaqueta.

—¿Lo habéis pasado bien juntos? —preguntó Dove.

Ben sonrió con amargura.

—No exactamente. Ni siquiera parecido.

—¿Qué ha pasado?

Utilizando el menor número de palabras posibles, Ben le relató lo que habían descubierto.

Dove lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿No oíste que había conseguido una beca para ir a Virginia y que ese era el único motivo por el que se iba tan lejos? ¿No la oíste?

—No.

—Así que tú no le dijiste que, si se iba más cerca, esperarías por ella. Oh, Dios mío, Ben, eso es terrible. Podríais haber llegado a un acuerdo para que ella estudiara y… no puedo creérmelo —hizo una pausa—. De acuerdo, de acuerdo; me calmaré. Ahora que los dos sabéis la verdad podéis reparar el daño.

—No, Dove. Es demasiado tarde para eso. Diez años es mucho tiempo. Laurel y yo somos dos personas diferentes, unos desconocidos. No podemos dar la espalda a eso y fingir que… no quiero seguir hablando de esto. Será mejor que vuelvas a casa antes de que la carretera se llene de barro.

—Pero…

—Muévete, Dove.

—Los navajos sois unos cabezotas —dijo Dove—. Cualquiera diría que tú eres el familiar del abuelo y no yo. Me sacas de quicio.

—¿Ah, sí? ¿Qué me dices de ti? Cada vez que te pregunto qué vas a hacer cuando se gradúe Eagle me das largas y me dices que así estás bien.

—Así estoy bien.

—Eres una india muy cabezota, Dove Clearwater.

—Me voy a casa —dijo ella, abrió la puerta del vehículo y se marchó.

Ben se quedó mirándola hasta que se alejó en su coche; después volvió a mirar a la casa vacía del abuelo durante un rato antes de volver a su casa.

—Y eso es lo que sucedió —relató Laurel, dándole vueltas a la sopa.

—¡Todo fue un malentendido! —exclamó Jane incrédula—. Ben y tú llegasteis a conclusiones equivocadas… oh, Laurel, esto es

tan… tan…

—Triste —dijo Laurel en voz baja.

—Sí, cariño; pero ahora ya sabéis la verdad. Nadie traicionó a nadie. Las promesas no se rompieron. Simplemente fue un caso de falta de comunicación. Ahora Ben y tú podéis…

—No —negó Laurel—. Es demasiado tarde. Diez años es mucho tiempo; ahora somos unos desconocidos.

—Pero todavía lo amas.

—Estoy enamorada del Ben de hace diez años. Además, él no me ama a mí, lo cual es algo a tener en cuenta, ¿no te parece? Ahora, vamos a cambiar de tema, por favor. No tengo nada más que decir.

—Te está saliendo tu lado navajo cabezota, señorita —dijo Jane con el ceño fruncido—. Me recuerdas a tu padre en este momento.

—Eso está bien —dijo Laurel, levantando la barbilla.

—Cómete la sopa —le aconsejó Jane—. Realmente me gusta tu coche.

—A mí también, pero… —Laurel levantó las manos—. Para rematar este día horrible y triste, está lloviendo sin parar y se va a ensuciar. Me voy a la cama a llorar durante unos cuantos años. Buenas noches.

Después de dar vueltas y vueltas en la cama, Ben por fin se quedó dormido. No había pasado ni media hora cuando el teléfono sonó despertándolo.

—Sheriff Skeeter —respondió con voz ronca.

—¿Sheriff? Soy Bobby. Perdone que le despierte.

Ben encendió la lámpara de la mesilla y se sentó al oír la voz de uno de sus ayudantes.

—¿Qué pasa, Bobby? —preguntó apretando el teléfono con fuerza.

—Otro robo en una de las casas de verano. Pero esta vez todo es diferente. No tiene sentido… me gustaría que usted lo viera, ¿podría venir?

—Voy para allá ahora mismo —dijo Ben, apartando la ropa de la cama.

Capítulo 6

PARA ahorrar tiempo, Ben se puso la ropa que había llevado a Flagstaff en lugar de su uniforme. Seguía lloviendo mientras conducía hacia la casa de los Madison y el viento soplaba aún con más fuerza. Corrió desde el coche hasta la puerta. El coche patrulla estaba cerca de la entrada donde él había aparcado y había otro en la puerta de la vivienda.

Bobby lo recibió dentro y le dijo que otro ayudante, Mike, estaba fuera buscando huellas, lo cual probablemente resultaría infructuoso por la lluvia.

—Sí, muy bien —dijo Ben—. ¿Qué has encontrado tan diferente en este robo, Bobby?

—Se lo mostraré —respondió Bobby, caminando hacia la cocina —. Entró por la ventana de la cocina, la rompió y abrió el cerrojo, como siempre.

Cuando llegaron a la cocina, Ben miró con el ceño fruncido hacia donde Bobby le indicaba.

—¿Lo ve? Trajo todo hasta aquí: el DVD, la televisión, el microondas, todo; pero todo sigue ahí. Y mire el suelo. Eso es sangre, sheriff; pero no hay sangre alrededor de la ventana ni en los cristales, por lo que no debió de cortarse. Por otro lado, el escurridor está aquí roto en el suelo y la tostadora y la cafetera están colgando por los cables.

Ben se echó para atrás el sombrero con el pulgar y se cruzó de brazos mientras estudiaba la escena.

—Muy bien. Dime lo que estás pensando, Bobby.

—Bueno, señor; a mí me parece que ha habido una pelea. Son dos tipos y no uno y, por algún motivo, se han peleado. Lo que no sé es por qué dejaron aquí el botín. Hay bastante sangre. Podría ser una nariz rota. No quiero pensar en algo peor… un cuchillo o algo así. No sé, sheriff. Parece que no tiene mucho sentido.

—Creo que has llegado a unas conclusiones muy acertadas, Bobby. Obviamente hay dos personas y algo sucedió que hizo que se pelearan. Vamos a tomar unas muestras de la sangre y a buscar huellas, como hicimos con las otras casas y que no nos llevó a ninguna parte.

—Sí, señor —dijo Bobby.

El otro ayudante entró en la cocina. Llevaba una capa de

plástico amarilla que chorreaba agua.

—¿Ha habido suerte, Mike? —preguntó Ben.

—No, señor. La lluvia ha borrado las huellas. Y ese viento sigue arrancando todas las hojas. Eso va a causar muchos problemas a los negocios del pueblo.

—Sí —asintió Ben, observando las cosas que los ladrones habían dejado en la cocina—. Mike, busca algo para tapar la ventana. Bobby, toma muestras de la sangre y busca huellas. Llamaré a los Madison por la mañana y les diré lo que ha sucedido. No tiene ningún sentido despertarlos en mitad de la noche.

Los dos ayudantes asintieron.

—No quiero que habléis con nadie de los detalles de este robo —les advirtió Ben—. Yo enviaré un comunicado al periódico explicándoles que ha habido otro robo y que estamos siguiendo varias pistas y blablablá. No quiero que nadie sepa nada de la sangre ni que pensamos que hay dos tipos involucrados, nada de eso.

—Entendido —dijo Mike.

—Quiero que estos dos piensen que no nos hemos dado cuenta de la pelea. Fijaos si alguien tiene algún moratón; probablemente en la cara. Si esta sangre es de una nariz, esa nariz estará hinchada y rota y probablemente tenga los ojos morados.

—¿Y si ha habido un cuchillo? —preguntó Mike.

—Le preguntaré al médico si alguien ha ido a verlo. Pero creo que no. Estoy casi seguro de que se trata de adolescentes.

—Puede ser —dijo Mike, asintiendo.

—Por la mañana iré al instituto a la hora de la entrada. Llegaré temprano para ver a los que llegan de la reserva en el autobús. Después, si no he visto nada, iré a hablar con el director para ver quién falta.

—Caramba —dijo Bobby—, eso es muy inteligente —entonces se rio—. Por eso usted es el sheriff y yo soy uno de los ayudantes.

—Habéis hecho un buen trabajo hoy, Bobby —reconoció Ben—. Creo que estamos cerca de atrapar a estos delincuentes. Nunca pensé que hubiera dos porque todo lo que se llevaban era pequeño, que lo podía llevar una sola persona. Bueno, ahora me marcho. Recordad que no vamos a decir nada. ¿Alguna pregunta?

—Solo una —dijo Mike—. ¿Quería Laurel un coche rojo o era el único color que había para ese monovolumen?

—Dios santo —exclamó Ben meneando la cabeza—. Tiene que encantarte vivir en este pueblo —dejó escapar un suspiro—. Laurel se compró el coche rojo porque le hacía juego con la chaqueta.

—Caramba —exclamó Bobby—. Eso solo lo hace una chica, ¿verdad? Nunca entenderé a las mujeres. Ni aunque viva los años del abuelo.

—Estaba bromeando —dijo Ben, meneando la cabeza—. Quería un coche rojo y se lo compró rojo; después se dio cuenta de que le hacía juego con la chaqueta. Pero, por lo que se refiere a entender a las mujeres; eso nunca va a suceder —hizo una pausa—. ¿Habéis oído algo sobre la salud del abuelo?

Los dos hombres menearon la cabeza.

—De acuerdo —dijo Ben—. Escribid los informes sobre lo que ha sucedido cuando acabéis aquí. Os veré luego.

—Sí, señor —dijeron los dos hombres al unísono.

—Buen trabajo, chicos —dijo Ben, y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, Ben estaba apoyado en la pared al lado de la puerta del instituto. Había dejado de llover, pero el cielo seguía cubierto. Odiaba la posibilidad de que un par de alumnos del instituto hubieran complicado sus vidas entrando en las casas de verano. Pero las pruebas indicaban que se trataba de chavales intentando sacar algo de dinero.

Le había explicado al director por qué iba a estar allí. Se trataba del mismo director de cuando Laurel y él eran estudiantes. ¡Dios!, aquel edificio estaba realmente viejo y se le notaba perfectamente el paso del tiempo. Necesitaba reparaciones por todas partes: o, mejor aún, un instituto nuevo. Bueno, aquello no iba a suceder porque no había dinero.

«El instituto», pensó Ben mientras saludaba a un par de alumnos que lo miraban curiosos. En aquella época, Laurel y él habían pensado que todo lo que habían planeado se haría realidad. Era muy sencillo: ellos lo querían y así sucedería. Habían estado tan enamorados…

«No empieces», se amonestó. No servía para nada pensar en el pasado, en lo que podría haber sido. Pero, Dios santo, solo pensar que todo se había estropeado porque Laurel y él no se habían comunicado bien…

«Olvídalo».

—Hola, sheriff Skeeter —le dijo una jovencita—. ¿Está vigilando el instituto o algo así?

—O algo así —contestó Ben, sonriendo—. Nada en particular. Simple rutina.

—Eso es lo que dicen en la televisión —repuso la chica—. Pero nunca se trata de rutina. Nunca antes le había visto en esta puerta.

—Solamente estoy recordando los días que yo pasé aquí, cuando

tenía tu edad —dijo Ben.

—¿De verdad? ¿Este edificio es tan viejo? ¿Usted vino al instituto aquí?

—Desde luego, eso me ha arreglado el día —declaro Ben, meneando la cabeza—. Será mejor que entres. Aquí hace frío.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Ha visto cuántas hojas se han caído ya de los árboles? Mis padres están preocupados porque los turistas no tendrán nada que ver —no pudo evitar que le castañetearan los dientes—. Me estoy helando. Adiós.

Ben asintió. Después, se enderezó al ver que llegaba el autobús de la reserva. Por mucho que le costara admitirlo, temía que los robos los hubieran cometido muchachos de allí. El nivel de pobreza era cada vez mayor y la tentación de saltarse la ley para sacar dinero era muy grande.

Una docena de alumnos miraron a Ben al pasar por su lado. Detrás de ellos iban el resto.

Ben dio un paso hacia el frente y el corazón comenzó a latirle a toda velocidad al ver al hermano de Dove, Eagle, que se paró en seco mirando a su alrededor desesperado. Eagle, que tenía los dos ojos morados y la nariz hinchada, se giró y comenzó a correr.

—Eagle —gritó Ben—. Quédate ahí ahora mismo.

Eagle continuó corriendo y Ben salió detrás de él.

Eagle corría deprisa, pero Ben corría aún más rápido y atrapó al muchacho al otro extremo del patio del colegio, agarrándolo por la chaqueta. Un grupo de chicos se quedó mirándolos.

—Suélteme —gritó Eagle.

Ben le dio la vuelta y lo llevó hasta la valla.

—Tranquilízate, Eagle —dijo Ben—. Solo quiero hacerte un par de preguntas.

—Voy a llegar tarde a clase —dijo el muchacho con la respiración entrecortada—. ¿Va a detenerme?

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Ben, sin soltarlo.

—Me golpeé contra la puerta de mi cuarto.

—¿Eso es lo que le has dicho a Dove? —preguntó Ben.

—Sí.

—Pues yo no te creo —le aseguró Ben—. No he visto al resto de chicos de la reserva porque has salido corriendo. ¿Cuál de ellos está como tú, Eagle?

—No sé de lo que me está hablando —dijo el muchacho—. No me di cuenta de que la puerta de mi habitación estaba a medio abrir. ¿Puedo marcharme?

—No —Ben dejó escapar un suspiro—. Dios mío, Eagle, ¿en qué

estabas pensando? Tienes unas notas excelentes y estás a punto de marcharte al ejército. ¿Has tirado todo eso por la borda para robar en las casas de verano?

—Yo no he sido, sheriff —dijo Eagle, mirando a Ben—. Se lo juro —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Este año acabo y ya tengo todo planeado. Además, nunca haría algo así. No está bien y mi hermana se enfadaría mucho. La quiero. Es la mejor, ¿sabe?

—Lo sé —dijo Ben con calma, cruzándose de brazos—. Está muy orgullosa de ti, Eagle. De acuerdo, muchacho, ¿qué te ha pasado en la cara?

Eagle meneó la cabeza.

—No puedo decírselo.

—Bien —declaró Ben, apretando la mandíbula—. Yo te lo diré. Tú y uno de tus amigos habéis estado robando en las casas. En todas. Anoche, por algún motivo, tú y tu compinche os peleasteis en la casa de los Madison. ¿Quién es el otro, Eagle? Te aseguro que lo voy a descubrir.

—Está equivocado —dijo el chico, sollozando.

—Pues sácame de mi error. Aquí o en la comisaría. Tú eliges.

El timbre del colegio sonó y los alumnos que se habían quedado cerca, observando lo que sucedía entre el sheriff y Eagle, se marcharon.

—No he hecho nada malo —insistió el muchacho.

—De acuerdo, vámonos —dijo Ben, agarrándolo del brazo.

—¿No irá a llamar a Dove, verdad?

—Sí —dijo Ben mientras abría la puerta de atrás del coche patrulla—. Ella es tu tutora legal y tiene que estar delante mientras yo te interrogo.

—Dios mío. Oh, Dios mío —dijo el muchacho mientras se sentaba en el asiento trasero—. No lo entiende.

—Por supuesto que no —repuso Ben cansado.

El pequeño edificio donde estaba la comisaría de Willow Valley se encontraba en el mismo estado decadente del instituto. Era viejo, la calefacción no siempre funcionaba y los escritorios de metal y las sillas de cuero eran verdaderas antigüedades. En la parte de atrás del edificio había cuatro celdas con barrotes y Ben llevó a Eagle a una de ellas.

Ben se sentó en su asiento y llamó a Dove. Nadie respondió. Repiqueteó con los dedos en la mesa, pensando dónde podría estar tan temprano. Las tiendas todavía no estaban abiertas y se le ocurrió que quizá se hubiera ido a desayunar al Windsong Café. Tenía que intentarlo.

Ben marcó el número de teléfono del café, que se sabía de memoria.

—Windsong Café —dijo Laurel con tono alegre.

—Soy Ben, Laurel —dijo él al reconocer su voz—. ¿Está ahí Dove?

—Sí —respondió Laurel—. Está desayunando mientras espera a que abran… ¿Qué pasa, Ben?

—Necesito que venga a la comisaría —dijo Ben—. ¿Estás muy ocupada? Esto no va a ser fácil para ella y me gustaría que estuvieras a su lado. ¿Puedes acompañarla?

—Por supuesto —contestó Laurel—. Me estás asustando, Ben, ¿qué pasa?

—Se trata de Eagle —dijo Ben—. Creo que está metido en un lío.

—No, no; tiene que haber algún error —replicó Laurel, meneando la cabeza.

—Tráete a Dove. Por favor.

—Ahora mismo.

—Gracias, Laurel.

Laurel fue a explicarle a su madre lo que había sucedido.

—No puedo creer que Eagle haya hecho nada malo —le dijo su madre—. Ve con ella y no te preocupes por el restaurante.

Laurel asintió y se dirigió al compartimiento donde estaba su amiga.

—¿Te vas a tomar un descanso? —preguntó Dove con una sonrisa.

—No es eso —dijo Laurel—. Dove, Ben acaba de llamarme y… no te preocupes. Ha sucedido algo y parece que… que Eagle tiene problemas.

Dove abrió mucho los ojos.

—¿Qué problemas?

—No lo sé —dijo Laurel—. Vamos a averiguarlo. Yo conduciré.

—¿Qué le ha pasado a Eagle?

—Está en comisaría con Ben.

—Pero… pero si ha ido al colegio… —dijo Dove confundida mientras salía del compartimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Cadillac, girando su taburete.

—¿Quieres más café, Cadillac? —preguntó Jane, haciendo que se volviera a mirarla.

Laurel tomó su chaqueta y condujo a su amiga hacia la comisaría.

—No entiendo nada —dijo Dove.

—Enseguida vamos a descubrir lo que pasa —repuso Laurel.

La comisaría estaba a cuatro manzanas y Laurel aparcó en la puerta.

Ben se puso de pie cuando entraron.

—¿Ben? —dijo Dove.

—Siéntate, por favor —dijo él señalando hacia las dos sillas que tenía delante del escritorio.

—No —negó Dove—. ¿Tienes aquí a Eagle?

—Sí. Dove, siéntate —le ordenó Ben.

Dove se sentó en una de las sillas y Laurel se sentó en la otra.

Ben dejó escapar un suspiro.

—Mira, no tenemos pruebas definitivas; pero necesito ciertas respuestas. No puedo hablar con él sin que tú estés delante, Dove, porque es un menor —hizo una pausa—. Dove, ¿le has visto la cara esta mañana?

—¿La cara? —preguntó ella, inclinándose hacia la mesa—. Sí, la he visto. Se levantó por la noche para beber agua y se golpeó con la puerta. No se dio cuenta de que estaba medio abierta. Quizá se haya roto la nariz porque tiene los ojos morados y… ¿por qué me preguntas por su cara?

—¿No oíste ningún ruido? Debió de hacer bastante ruido; un golpe tan fuerte debe de doler mucho.

—No, no oí nada.

—¿Has visto sangre en su pijama?

—No, ya estaba vestido cuando… ¿dónde está, Ben? —preguntó Dove—. ¿Qué has hecho con él?

—Está en una celda de atrás y…

Dove se puso de pie de un salto.

—¿Has metido a mi hermano pequeño en una celda?

Laurel le tiró del brazo e hizo que se sentara de nuevo.

—Ben —protestó Laurel—. ¿Puedes ir al grano? ¿Qué crees que ha hecho? ¿Desde cuándo se encarcela a alguien por romperse la nariz?

Ben levantó las dos manos para tranquilizarlas y después les contó lo que habían descubierto en la casa de los Madison la noche anterior.

—¿Piensas que mi hermano y alguien más han sido los que estaban robando en las casas? —preguntó Dove casi gritando—. Ben Skeeter, has perdido la cabeza.

—Eso me gustaría, Dove —dijo Ben—. Pero necesito que Eagle me explique por qué tiene así la cara.

—Te lo ha dicho —gritó Dove.

—No me lo creo, Dove —dijo Ben—. Lo habrías oído si hubiera

sucedido lo que te ha dicho. Además, no me lo imagino recogiendo la sangre del suelo en mitad de la noche.

—Dios mío.

—Bueno, vamos a traerlo a ver qué nos cuenta —dijo Ben.

Dove asintió y Laurel abrazó a su amiga. Enseguida, Ben volvió con Eagle y otra silla que colocó al lado de Dove. Eagle se sentó y se cruzó de brazos.

—Desde el principio, Eagle —dijo Ben, volviendo a su asiento—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Ya se lo he dicho —murmuró Eagle.

—No te creo —dijo Ben.

—Bueno.

—Eagle, siéntate derecho y responde a Ben… al sheriff. Él cree que tú y otra persona sois los que han estado robando en las casas de verano. Esto no es divertido, Eagle. Es muy serio y tienes que contarle la verdad. Ahora mismo.

Eagle se enderezó.

—Yo no he robado nada. No entré en ninguna de esas casas. Lo juro.

—¿Estuviste en la casa de los Madison anoche? —preguntó Ben.

—No es… no es lo que usted cree.

—¿Estuviste allí? —preguntó Ben.

—Sí, pero…

—Por el amor de Dios —dijo Dove, llevándose la mano a la boca.

—Dove; no, espera —dijo el muchacho—. Yo no he robado nada. No haría nada así, lo sabes. Solo estaba intentando… no quería… —meneó la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Olvídalo.

—¿A quién quieres proteger, Eagle? —le preguntó Laurel con calma—. La lealtad y el código de honor son muy loables, pero no si eso significa que vas a destruir tu futuro. Fuiste a la casa de los Madison para intentar detener a alguien que te importa e impedirle que robara, ¿verdad? —al ver que el muchacho no respondía, Laurel continuó—: eres un buen amigo, Eagle; pero has hecho todo lo que podías por esa persona. Ahora él tiene que pagar las consecuencias de sus elecciones, ¿entiendes? Si no lo hace, continuará así, creyendo que está bien lo que hace porque nadie le pilla. ¿Quieres ser el responsable de que él piense así?

Todos se quedaron en silencio.

Esa era la respuesta, pensó Ben mirando a Laurel que estaba mirando a Eagle. Laurel lo había visto. Maldición, era una buena

psicóloga y se sentía muy orgulloso de ella en aquel momento. Él solo había pensado que Eagle había destruido su futuro, pero Laurel… oh, Dios. Quería a aquella mujer.

Eagle sollozó.

—Intenté pararlo. De verdad. Me había contado que iba a conseguir mucho dinero con todo lo que había robado y yo le advertí que si le pillaban iría a la cárcel; pero no quería escucharme. Me contó que iba a ir a la casa de los Madison y yo fui para intentar detenerlo. Nos peleamos porque yo no quería que sacara nada de aquella casa y él me rompió la nariz de un puñetazo. Yo le torcí el brazo y… no quería rompérselo, pero lo empujé y cayó mal. Después se levantó y se marchó.

—¿Quién es, Eagle? —preguntó Ben con suavidad.

—Mi… mi primo Jazzie Slowtalker.

—Oh, no —gimió Dove—. La tía Bethanie se va a morir.

—Lo sé —dijo Eagle—. Yo la quiero mucho. Siempre me cuenta historias de cuando mamá y ella eran pequeñas. Además tiene que trabajar muy duro para comprar comida para todos, pero Jazzie nunca tiene suficiente. Intenté convencerlo, Dove, pero no quería escucharme. Anoche fui para… pensé que podría detenerlo pero… lo siento. He armado un buen lío e incluso le he roto el brazo y… lo siento, Dove. Lo siento muchísimo…

—Bueno, cariño. Lo que has hecho ha sido maravilloso —dijo Dove—. Me siento muy orgullosa de ti.

—¿De verdad? —preguntó Eagle.

—De verdad, hermanito —dijo Dove con una sonrisa—. ¿Podemos irnos ya, Ben? Quiero que el doctor le eche un vistazo a esa nariz. ¿Te parece bien?

Ben asintió.

—Necesito una declaración, pero ya lo haremos más tarde. Encontraremos a Jazzie —se puso de pie—. Eagle, yo también me siento muy orgulloso de ti. Vete ahora con Dove.

Laurel se puso de pie y abrazó a su amiga y luego al chico. Después, se quedó mirándolos mientras se marchaban.

—Eres una psicóloga estupenda, Laurel —le aseguró Ben—. Tienes un don, un sexto sentido o algo así. Entendiste perfectamente lo que sucedía. Sí, eres realmente buena.

Laurel miró al suelo y, después, cuando levantó la cara, Ben se dio cuenta de que se había quedado pálida.

—No, no lo soy. No lo soy. Conozco a Eagle desde que nació y por eso sé que no podía haberlo hecho él. No tiene nada que ver con mi profesión. Nada.

Ben la miró con el ceño fruncido.

—Yo también lo conozco desde que nació, pero pensé que podía haberlo hecho. ¿Por qué no quieres que te diga que eres una buena psicóloga? Eres muy buena.

—No… no lo soy —dijo ella, dando unos pasos hacia atrás—. No quiero… no quiero hablar de esto. Me alegro de que Eagle sea inocente y… tengo que volver al café.

—Laurel, espera —le dijo él, y bordeó el escritorio—. ¿Qué te pasa? Estás pálida y estás temblando.

—Tengo que irme —Laurel se giró y salió corriendo de la habitación.

Ben se llevó una mano a la nuca mientras miraba con el ceño fruncido hacia la puerta por donde había desaparecido Laurel.

El misterio de los robos había quedado resuelto. Ahora solo quedaba el misterio de Laurel. ¿Por qué se había derrumbado allí, delante de sus ojos? ¿Por qué se había marchado corriendo a la cafetería? ¿Por qué había vuelto corriendo a Willow Valley desde Virginia?

Capítulo 7

ERAN casi las once cuando Ben consiguió marcharse a casa. Estaba cansado, más agotado emocionalmente que físicamente, y el estómago le crujía porque no había comido ni cenado.

Había encontrado a Jazzie Slowtalker acurrucado en un cobertizo de madera que había detrás de su casa, con el brazo roto. Cuando lo encontraron tenía frío, estaba hambriento y el brazo le dolía horrores; en cuanto vio a su madre y al sheriff, rompió a llorar. Rápidamente confesó sus delitos, explicando que solo quería conseguir algún dinero para dejar la reserva después de acabar el instituto.

Su madre lo había abrazado, con lágrimas corriéndole por las mejillas, y le había dicho que estaría a su lado.

Ben había ido a casa para cambiarse de uniforme y los había llevado a Prescott. Jazzie ingresó en un centro de menores y se le asignó una joven abogada que, posteriormente, se ofreció para llevar a Bethanie de vuelta a Willow Valley.

Cuando Ben llegó al pueblo, envió un comunicado al periódico explicando que ya había sido apresado el responsable de los robos; pero, que como era menor, no podían dar su nombre. Ben sabía muy bien que ya todos en el pueblo debían de saber la historia al completo; pero, al menos, la información no había salido de la oficina del sheriff.

Ben fue a casa de Dove para recoger la confesión oficial de Eagle y se dio cuenta de que era demasiado tarde para ir a ver qué tal estaba el abuelo. Volvió a la oficina para escribir los informes.

—A casa, a comer y a dormir —murmuró Ben mientras se acercaba a su casa.

Se metió en el camino que mantenía la casa alejada de la carretera y le sorprendió ver que las luces automáticas que había instalado estaban encendidas. Pensó que algún animal las habría disparado al pasar por delante de la casa. Por eso le sorprendió tanto ver el coche rojo de Laurel. Aparcó a su lado y ella salió a su encuentro.

—Hola —dijo Ben—. No quiero parecer grosero, Laurel, pero ¿qué haces aquí?

—He venido directamente desde el café. Sabía que volverías a casa. Pero has tardado mucho.

—Sí. ¿Por qué..? —dejó escapar un suspiro—. Mira, me muero de hambre y, obviamente, tienes algo que contarme, así que ¿por qué no entras mientras me preparo algo?

—Sí, claro. Gracias.

Ben encendió las luces, metió la pistola en una caja de seguridad, se quitó el sombrero y se dirigió hacia la cocina.

—Tienes una casa preciosa —comentó Laurel mirando a su alrededor mientras lo seguía—. Es realmente preciosa, Ben. Igual que la casa que solías describirme.

—Sí —afirmó Ben, y abrió el frigorífico—. ¿Tienes hambre? —le preguntó mientras comenzaba a sacar cosas.

—No.

—Bueno, siéntate en la mesa mientras me preparo algo. Después, podrás decirme por qué has acampado en la puerta de mi casa para esperarme.

Ben no tardó mucho en sentarse al lado de Laurel, con un enorme sándwich en un plato y un vaso grande de leche. Le dio un mordisco al sándwich y levantó los ojos hacia ella mientras masticaba, indicando que estaba dispuesto a escucharla. Laurel entrelazó las manos en su regazo y lo miró.

—He venido a pedirte disculpas por mi comportamiento en tu oficina —dijo ella con voz temblorosa—. Fuiste muy amable conmigo al decirme que pensabas que era una buena psicóloga y yo actué como una idiota. Lo siento mucho, Ben. Sabía que no iba a poder dormir hasta hablar contigo. Así que aquí estoy para decirte cuánto lo siento —comenzó a levantarse.

—Siéntate —le ordenó él, señalando la silla.

Ella se dejó caer en el asiento.

—De acuerdo, sientes haber actuado como lo hiciste —dijo él con una expresión bastante neutra en el rostro—. Pero creo que me debes algo más, Laurel. ¿Por qué te comportaste así? Me imagino que tendrá algo que ver con tu repentina vuelta a Willow Valley. ¿No crees que haya llegado el momento de que me cuentes lo que te pasa?

—No —dijo Laurel, meneando la cabeza—. No estoy preparada para hablar de eso. Ni siquiera se lo he contado a Dove y ella no me ha presionado. Tengo algunas cosas que solucionar y…

—¿Cosas? —la interrumpió Ben—. ¿Qué es eso de cosas? —se acabó el vaso de leche y lo volvió a dejar en la mesa—. Por favor, no me vengas con esas.

Laurel se puso de pie.

—Estás cansado y me imagino que debes de estar preocupado

por Jazzie. Solo pensé que necesitaba desahogarme y no pensé en ti. Lo siento otra vez, Ben. Ahora me siento culpable por ser tan egoísta. Te dejaré en paz.

—Laurel —dijo él cansado—. No he tenido mucha paz desde que te marchaste hace diez años. Apareces aquí de repente sin ninguna explicación y, encima, descubrimos que lo que sucedió hace diez años se debió a una falta de comunicación —meneó la cabeza.

—Ben…

—¿Qué? —preguntó él. Se levantó y fue hacia donde ella estaba —. ¿Qué más quieres decirme, Laurel? ¿Sabes lo que más me molesta? Que sigues sin comunicarte conmigo. No quieres explicarme por qué has venido a casa, por qué saliste corriendo cuando hice referencia a tus habilidades como psicóloga. Has vuelto al pueblo, haciendo que te desee hasta dolerme, haciendo que todos los recuerdos de lo que compartimos vuelvan a mi mente y tienes tantos secretos que todavía me pregunto cómo pudo seguir funcionando.

—Yo…

—Bueno, hay una cosa que sé de cierto, Laurel Windsong —dijo Ben con la voz ronca, mientras la agarraba por los hombros—: cuando te besé en el lago, me respondiste. Completamente, sin guardarte nada. Me deseabas tanto como yo a ti. Y eso es un hecho. Ahí no hay ningún secreto.

Ben la acercó a él y capturó sus labios con su boca.

Ella se sorprendió; pero, enseguida, se dejó llevar por las sensaciones, le rodeó el cuello con los brazos y cerró los ojos.

Ben sintió que había vuelto a casa después de un día agotador para encontrarse a Laurel esperándolo; justo como tenía que ser. Ella había estado a su lado mientras comía algo y ahora la tenía en sus brazos antes de subir arriba para hacer el amor. De manera dulce, suave y lenta, justo como tenía que ser.

Laurel estaba allí, como tenía que ser.

Apartó la cabeza unos milímetros, lo justo para poder hablar:

—Te deseo —dijo él con voz ronca junto a la boca húmeda de ella—. Quiero hacer el amor contigo, Laurel.

—Yo también te deseo, Ben —dijo ella—. De verdad —dejó escapar un suspiro y se separó de él—. No; lo estoy volviendo a hacer: solo pienso en lo que yo quiero y eso no es justo. No tengo nada que ofrecerte, Ben. Mi vida es un caos en este momento. No sé lo que voy a hacer o lo que quiero o… —meneó la cabeza—. Será mejor que me vaya antes de que… lo siento.

—¿Quieres dejar de disculparte cada dos segundos? —preguntó

él.

—Tengo que hacerlo porque me equivoco todo el tiempo.

—¿Es una equivocación desearme, Laurel? —dijo él, pasándose la mano por el pelo—. ¿Lo es? No, porque yo también te deseo. Ahora. Esta noche. Sin promesas. Sin arrepentimientos. Sin hablar del mañana. Solo nosotros juntos esta noche. ¿Cómo puede estar eso mal?

—No sé si… si puedo pensar con claridad.

—Laurel, cerré la puerta. Dejé al resto del mundo al otro lado. Solo existimos nosotros dos.

Ella asintió lentamente.

—Sin promesas. Sin arrepentimientos. Solo esta noche.

—Esta noche —Ben le rodeó la cara con las dos manos y la miró a los ojos—. Tú decides. Di sí o no. La decisión es tuya.

Pero no había ninguna decisión que tomar, nada que pensar, se dijo Laurel mientras el calor la sofocaba. Deseaba hacer el amor con Ben con todo su ser. Esa noche. Su noche. Sin promesas. Sin arrepentimientos. No quería pensar en nada, solo quería sentir, saborear, entregarse a aquel momento robado y considerarlo un precioso regalo que atesorar.

Todo lo que tenía que hacer era decir…

—Sí —susurró—. Sí, Ben. Solo esta noche. Esta noche nada más. Sí.

Ben sintió que algo se retorcía en su pecho mientras la besaba intensamente. Después, se separó de ella para rodearla con sus brazos y llevársela de la cocina.

Subieron a la habitación de él.

La tormenta había pasado y la luna y las estrellas brillaban en el cielo.

Ben apartó la ropa de la cama y le ofreció una mano para dejar que volviera a decidir. Ella le agarró la mano, después lo miró a los ojos y una sonrisa se formó en sus labios.

Ben entrelazó sus dedos con los de ella y cerró los ojos durante un instante, saboreando lo que iba a suceder a continuación, lo que le iba a consumir, a tocar su corazón, su mente y su alma.

Sin decir una palabra, comenzaron a quitarse la ropa, rápidamente, con urgencia, dejándola caer en cualquier sitio.

Permanecieron desnudos el uno frente al otro, sin miedos, recorriéndose con la mirada, observando los sutiles cambios ocasionados por el paso del tiempo.

—Eres preciosa, Laurel Windsong —dijo Ben con la voz cargada de pasión.

—Y tú eres magnífico —dijo ella con admiración.

Ben se puso detrás de ella y, con manos ligeramente temblorosas, comenzó a deshacerle la trenza. Pasó los dedos por su pelo sedoso, observando cómo los mechones de seda negra se deshacían. La giró hacia él y le pasó el pelo por encima de los pechos.

—*Nizhonigo, nanina* —dijo él.

—*Ahehee* —susurró ella.

—No me des las gracias, eres preciosa —la tomó en sus brazos y la dejó en el centro de la cama; después, se tumbó a su lado. La besó, separando sus labios, introduciendo su lengua en la dulce cavidad de su boca. Allí encontró la lengua de ella y se entrelazaron en un baile, haciendo que el calor invadiera sus cuerpos.

Él le apartó el pelo para acariciar uno de sus pechos. Después, se llevó un pezón a la boca. Luego siguió con el otro. Ella deslizó las manos por su espalda, disfrutando de las sensaciones. Él dejó sus pechos para continuar en sentido descendente hacia su vientre. De los labios de ella escapó un gemido de placer.

Era algo familiar; evocaba recuerdos que no querían permanecer en la oscuridad. Sin embargo, al mismo tiempo, todo era nuevo y maravilloso.

Se acariciaron, se besaron, exploraron sus cuerpos disfrutando de lo que ya conocían y descubriendo nuevas cosas. Cuando ya no pudieron soportarlo más, Ben penetró el cuerpo ansioso de Laurel, llenándola de él, comenzando un ritmo al que ella se unió en perfecta sincronización.

Era puro éxtasis. La tensión fue creciendo dentro de ellos, llevándolos cada vez más alto juntos. Más arriba. Con una cadencia cada vez más primitiva, más terrenal.

Y, entonces, llegaron a la cima más alta y la razón estalló ante el esplendor de lo que estaban viviendo.

—¡Ben!

—¡Laurel mía!

Se quedaron abrazados un rato y, lentamente, se fueron separando. Ben besó a Laurel y reposó su cabeza en su pecho.

El tiempo perdió su significado y el sueño se apoderó de ellos.

—Tú eres el único —dijo Laurel mientras se le cerraban las pestañas— con el que he hecho el amor. No sé por qué te lo digo, pero necesito hacerlo.

—Y tú eres la única mujer con la que he hecho el amor, Laurel —dijo él—. No ha habido nadie más desde que te marchaste de Willow Valley. Y ahora has vuelto.

—Solo por ahora, Ben. No sé dónde estaré en el futuro.

—No estamos hablando del futuro. Solo de esta noche.

Laurel abrió los ojos y le dio un beso.

—¿Te arrepientes?

—No —dijo ella. ¿Cómo podía arrepentirse? Lo quería con toda el alma y siempre lo amaría—. No —repitió.

—Bien —dijo él. Cuánto deseaba decirle lo que sentía, declararle su amor igual que había hecho hacía tantos años. Pero no podía hacerlo porque no serviría de nada—. Eso está bien.

—Sin embargo, es muy extraño. Hacer el amor en esta casa que solo era una fantasía, un sueño que se ha hecho realidad. Es raro, no puedo explicártelo.

—Entiendo lo que quieres decir. Estuve a punto de no construirla porque se suponía que iba a ser para los dos. Te fuiste y ahora estás aquí.

—Solo por esta noche.

—Esta noche esta casa se ha convertido en un hogar.

Laurel no habló porque tenía un nudo en la garganta.

Ben alargó la mano y los arropó a los dos.

Y se quedaron dormidos.

La luz del sol entró por la ventana, despertando a Laurel. Abrió los ojos y frunció el ceño al darse cuenta de que no sabía dónde estaba. Enseguida, empezó a despejarse y se sentó en la cama de un salto.

—¡Oh, no! —dijo ella al ver la hora en el reloj de la mesilla. Casi las ocho.

Laurel apartó las mantas, salió de la cama y comenzó a buscar su ropa por toda la habitación.

—Cálmate, Laurel —dijo Ben desde la puerta del cuarto. Tenía el pelo mojado de haberse dado una ducha y llevaba un uniforme impecable.

—Llego tarde al trabajo —dijo ella—, y mi madre debe de estar muy preocupada. No pensaba quedarme toda la noche durmiendo. Maldición, ¿dónde están mis zapatos?

—Laurel —Ben caminó hacia ella—. Tranquilízate. Llamé a tu madre y le dije que llegarías tarde. Me dijo que ya se lo había imaginado y que no te preocuparas. Parecía muy contenta.

—No puedo creérmelo —dijo Laurel, dejándose caer a los pies de la cama para ponerse los zapatos recién encontrados—. Le dije que venía para acá para hablar contigo y ha debido de imaginarse… ¿Y sonaba contenta?

—Sí —Ben hizo una pausa—. ¿Quieres desayunar?

—No.

—No estás de muy buen humor, Laurel. Al menos tómate un café.

—Ben Skeeter —dijo ella poniéndose de pie—. Sabes muy bien que todos se van a enterar de que he pasado la noche contigo.

—¿Tú crees? —preguntó él sonriendo.

—Lo sé —le aseguró ella—. Y tú también lo sabes, maldición. ¿Por qué no estás enfadado?

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué sentido tendría? He vivido aquí toda mi vida y sé cómo funcionan las cosas. Déjalos que disfruten.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Yo soy la única culpable; debería haberme marchado después de… no importa. Lo hecho, hecho está.

—No menosprecies lo que hemos compartido, Laurel —dijo él con calma—, fue demasiado especial, demasiado hermoso. Sin arrepentirse, ¿recuerdas?

—Tienes razón —aseguró ella, asintiendo—. Me imagino que después de un tiempo la gente se cansará de mirarnos. Simplemente no comentaremos nada si nos preguntan. Tú y yo sabemos que fue solo una noche, una noche robada.

Ben se acercó a ella.

—¿Por qué? —le preguntó mirándola directamente a los ojos.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué tiene que ser solo una noche? Los hechos están claros. No sabes si te vas a quedar en Willow Valley o te vas a marchar, así que no podemos hacer planes de futuro. ¿Por qué no vivimos el presente? ¿Día a día? ¿Noche a noche?

—No estoy segura de que sea una buena idea.

—Ninguno de los dos tiene nada que perder, Laurel, porque los dos sabemos lo que hay. Lo que tuvimos hace diez años terminó. Ya no somos las mismas personas; pero ¿quiénes somos ahora? Estamos a gusto juntos y no puedes negarme que anoche lo pasamos muy bien. Quizás te marches la semana que viene, pero, mientras tanto… piénsalo. Respetaré tu decisión. Ahora tengo que marcharme. Tómate algo si quieres.

—No. Tengo que marcharme, darme una ducha y cambiarme. Hacer algo con este lío de pelo y…

—No te arrepientas de lo de anoche. Por favor, Laurel, no lo hagas. Fue nuestra noche. Fue fantástico. Si vamos a estar juntos o no es decisión tuya, pero no estropees lo que compartimos. Por favor —le rogó él pasándole un dedo por la mejilla.

Laurel tomó aliento.

—Tienes razón. Fue maravilloso. Y nuestro. No me arrepiento, Ben. Te lo prometo.

Él asintió, rozó los labios de ella con los suyos y salió de la habitación.

Enseguida, Laurel oyó el ruido de la puerta al cerrarse y se tumbó sobre la cama. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Oh, Dios, Ben —dijo con un sollozo—. No siento lo de anoche porque te quiero tanto.

Apartó las lágrimas de sus mejillas y se quedó mirando al cielo.

¿Podría hacer lo que le había propuesto? ¿Podría continuar con él aunque no tuvieran un futuro juntos? ¿Vivir al día? ¿Noche a noche? ¿Sin pensar en un mañana lleno de soledad cuando ella por fin se curara del dolor que le había producido lo de Virginia y continuara con su vida?

¿Podría hacerlo de verdad?

No sabía. Simplemente no podía saberlo.

Mientras Ben conducía su coche iba muy pensativo. Le había pedido a Laurel que continuara siendo su amante mientras estuviera allí. Sin ataduras. Ni siquiera se había dado cuenta de que iba a sugerir tal cosa hasta que las palabras salieron de su boca.

Solo pensar que Laurel podía marcharse de su casa para no volver nunca había sido demasiado insoportable. Había intentado sonar casual al hacerle aquella propuesta cuando lo que más deseaba era estar con ella y…

Dios, estaba tan enamorado… y ella ni siquiera podía confiarle el secreto que la atormentaba.

Era patético. Pero no importaba. Esperaba que ella aceptara quedarse con él, hasta que se marchara de nuevo. Después él tendría los recuerdos para ayudarle a pasar sus días… y noches… solo.

¿Y si Laurel volviera a amarlo como antes? ¿Y si pudieran recomponer sus sueños y conseguir todo lo que habían planeado hacía tantos años? Y si… No; se estaba haciendo ilusiones. Laurel no confiaba en él y, por supuesto, tampoco lo amaba ni volvería a hacerlo.

Así que se tragaría su orgullo de navajo y esperaría a que ella aceptara continuar con él mientras estuviera allí.

Al menos, ella no sabía que todavía la amaba. Al menos, no sabría que todavía poseía su corazón, la esencia misma de su alma, y que siempre sería así.

Al menos, no sabría eso.

Capítulo 8

LAUREL estaba en la puerta de atrás del Windsong Café, ensayando una expresión distendida. Durante el viaje de la casa de Ben a la suya, durante la ducha, mientras se trenzaba el pelo y mientras se ponía ropa limpia, se había recordado que tenía que mostrarse relajada, como si no pasara nada.

Los rumores con respecto a Ben y a ella y a la noche anterior crecerían pronto sin que hiciera falta que añadiera más leña al fuego mostrándose nerviosa o con cara de culpabilidad.

Entró en la cafetería, colgó la chaqueta en la oficina y se dirigió a la cocina.

—Buenos días a todos —saludó con voz cantarina.

—Hola, cariño —contestó Jane, mirando a su hija mientras preparaba unos trozos de beicon y unos huevos fritos—. No hay mucha gente hoy. Dove está tomándose una taza de café y un donut.

—Voy a ver qué tal está Eagle hoy —dijo ella mientras agarraba un bloc de notas y un lápiz—. ¿Hay algo nuevo que debería saber?

—La gente está hablando de Jazzie, por supuesto —respondió Jane, mientras ponía el beicon en un plato—. Todo el mundo espera que el juez de Prescott no sea muy duro con él. Todos están muy orgullosos de Eagle y de cómo intentó salvar a su primo.

—Dove debe estar muy orgullosa —dijo Laurel—. ¿Es eso… todo?

—No, no todo —negó Jane, añadiendo los huevos al plato.

—¿No? —preguntó Laurel con voz débil.

—Todos estamos preocupados porque ya se han caído la mayoría de las hojas del otoño y eso afectará a los negocios. Los turistas no tendrán nada que ver y los propietarios de las tiendas, incluida yo, estamos preocupados por la pérdida de ingresos —se giró hacia su hija y le entregó el plato de huevos al que añadió unas tostadas—. Toma. Llévale esto a Cadillac.

Laurel tomó el plato.

—¿No están hablando de nada más?

Jane se encogió de hombros.

—Que yo sepa, no. Vete antes de que se enfríe la comida.

Laurel salió de la cocina con el ceño fruncido y dejó el plato delante de Cadillac.

—¿Cuáles son las noticias de hoy?

—Estamos esperando para ver qué tal le ha ido a Jazzie en Prescott —respondió el hombre—. ¿Café?

—Aquí tienes —dijo Laurel, rellenándole la taza—. ¿Qué más?

—Ya he acabado de hablar porque voy a desayunar —dijo el hombre, lanzándose sobre el plato.

—Que aproveche —dijo Laurel, mirándolo por si le decía algo más.

Pero el hombre se dedicó a su comida y ella se dirigió hacia donde estaba su amiga.

—Hola, Dove —la saludó—. ¿Qué tal está Eagle?

—Parecía un mapache con los dos ojos morados —dijo Dove mientras le daba un sorbo a su té—. Estamos muy preocupados por Jazzie —meneó la cabeza—. No solo eso, he traído varias mantas y ninguno de mis clientes se ha quedado con ninguna porque están esperando a ver cuántos turistas llegan durante el fin de semana. En Fénix ya se habrán enterado de que las hojas han desaparecido.

—Y todavía queda mucho para que llegue la nieve y los esquiadores —comentó Laurel.

Dove asintió y se llevó a la boca un trozo de donut.

—Me imagino que el tema de Jazzie y de la situación con los turistas será lo único de lo que está hablando el pueblo.

—Ajá —asintió Dove.

Laurel se inclinó hacia delante.

—¿No has oído nada más, Dove?

—Nadie parece saber nada del abuelo —dijo Dove—. Creo que vamos a tener que ir a verlo.

—Oh —Laurel miró a su alrededor—. Esto está muy tranquilo. Voy a ver si alguien quiere más café.

—Acabo de ver a Susie sirviendo café a la gente —dijo Dove—. Mesa por mesa.

—Ah.

—¿No te parece sorprendente cómo la casa de Ben ha resultado ser exactamente como él quería? —preguntó Dove—. Hizo casi todas las cosas él mismo. Le llevó mucho tiempo, pero mereció la pena. Me invitó a verla cuando estaba terminada y creo que la claraboya del techo de su habitación es preciosa, ¿no te parece?

Laurel abrió mucho los ojos sorprendida.

—¿Qué?

—Oh, Laurel —exclamó Dove, riéndose—. Deberías ver la expresión de tu cara. Se pueden contar con los dedos de una mano las personas que no saben que pasaste la noche en casa de Ben.

—¿Pero nadie habla de ello? —preguntó Laurel—. Nadie me mira con sonrisitas y… ¿qué está pasando?

—Laurel —le dijo Dove alargando la mano para tocar a su amiga —. La gente lleva esperando cuatro meses a que esto suceda, y por fin ha ocurrido. Están satisfechos porque sienten que ya todo está como tiene que estar. Punto y final.

—Pero no es así de sencillo. Lo que quiero decir es que… no sé qué voy a hacer.

—A mí me parece —le aseguró Dove con una sonrisa— que ya has hecho algo.

—No te pases de listilla —protestó Laurel, entrecerrando los ojos.

—Nadie va a hablar de vosotros —la tranquilizó Dove—. Vuestra vida privada va a ser respetada. Verás, el hecho de que parezcas tan preocupada sugiere que hay cosas que tenéis que solucionar. Yo estoy para cuando me necesites, pero no voy a presionarte. Nadie lo hará.

Laurel asintió y miró a su amiga con una ligera sonrisa.

—Qué bien viene a veces formar parte del grupo, ¿verdad?

—Pues sí —admitió Dove—. Tengo que preocuparme de cómo voy a darle de comer a Eagle si el pueblo se queda sin su fuente de ingresos —dejó escapar un suspiro—. Todos estamos cansados de no saber lo que pasará cada año, de depender del tiempo. Es un sentimiento tan deprimente, pero siempre es igual.

—Me imagino que llevo tanto tiempo fuera que me he olvidado de lo duro que puede ser —dijo Laurel—. Lo siento, Dove. Solo estaba pensando en mí.

—No seas dura contigo misma, Laurel —dijo Dove—. Sé que lo que pasó entre Ben y tú anoche fue muy importante para los dos y por supuesto tendrás muchas dudas; pero los dos tenéis que buscar en vuestros corazones las respuestas. Nadie puede hacerlo por vosotros.

—Eres muy inteligente —aseguró Laurel—. Está claro que eres familia del abuelo —hizo una pausa—. Me imagino que, cuando todo lo de Jazzie acabe, tendremos que ir a visitarlo para ver qué le pasa.

—Sí —Dove agarró su bolso—. Ahora me marcharé a casa con mis mantas. Pronto sabremos qué tal le ha ido a Jazzie.

—Las vidas de las personas pueden cambiar tan rápidamente que asusta.

—Por eso es mejor tener fe y esperanza y pensar que lo que está por pasar, pasará. Hasta luego.

—Adiós, Dove. Dale un abrazo a Eagle de mi parte.

El resto de la mañana y de la tarde discurrió con lentitud mientras todos en Willow Valley y en la reserva esperaban al resultado del juicio de Jazzie.

Laurel y su madre se quedaron en el restaurante entre la comida y la cena en lugar de irse a casa para no perderse nada de lo que sucediera en Prescott.

Justo antes de las seis de la tarde esa noche, Cadillac entró en la cafetería. No había ningún turista en aquel momento, así que Cadillac se puso en un extremo del mostrador para compartir su noticia con todos los presentes.

—El sheriff Skeeter ha arreglado muy bien el tema de Jazzie —dijo Cadillac, disfrutando de ser el centro de atención—. Jazzie no sabía cómo iba a vender lo que robó, así que lo amontonó todo en una cueva en las montañas. Ben Skeeter le dijo al juez que lo devolvería todo; después habló muy bien de Jazzie. Dijo que nunca había tenido ningún problema y que era la primera vez que la liaba… o algo así. Dijo que él se iba a encargar de vigilarlo y que era un buen chico y eso. Continuó diciendo cosas como si fuera su padre. Después, el juez le echó una buena reprimenda a Jazzie y le dijo que más le valía no meterse en líos y que tenía mucha suerte de tener a un sheriff de su lado y a una madre que lo quería mucho. Le dijo que devolviera todo lo que había robado y que tenía que hacer cien horas de servicio comunitario cuando le quitaran la escayola del brazo.

Todos se quedaron mirándolo expectantes. Sin decir nada.

—Eso es todo —dijo levantando las manos—. Jazzie está en casa con su madre y Ben Skeeter hizo un buen trabajo en Prescott delante del juez. Ahora, no me hagáis preguntas porque ya he hablado bastante por hoy. El sheriff viene para acá para cenar, así que podéis molestarlo a él si queréis.

Cadillac se puso un brazo por delante del estómago y otro por la espalda y se inclinó ante su público antes de girarse para desaparecer por la puerta. La gente gritó y aplaudió entusiasmada y Laurel corrió a abrazar a su madre.

—Jazzie está bien —dijo Laurel—. Gracias, Dios mío.

—¿Y Ben? —preguntó Jane con una sonrisa—. Parece que hizo mucho más por Jazzie que la abogada. Bethanie debe de sentirse muy aliviada. Espero que Jazzie se haya dado cuenta de lo cerca que ha estado de destruir su vida. Dios, las elecciones tan estúpidas que hacemos a veces —hizo una pausa—. No le cobres a Ben esta

noche; la casa invita.

Laurel asintió y sonrió justo cuando la gente volvía a aplaudir al entrar Ben en la cafetería.

Él dudó un instante, sorprendido por la reacción de la gente, después, meneó la cabeza ligeramente.

—Me imagino que Cadillac ya ha estado aquí —saludó a todos con la mano y se sentó en el primer compartimiento.

Laurel corrió a su lado.

—Oh, Ben —exclamó con los ojos brillantes—. Has hecho tanto por Jazzie hoy… Según nos ha contado Cadillac, estuviste genial.

Ben se rio.

—Parece que funcionó y eso es lo importante. Voy a encargarme de que cumpla con las horas de servicio comunitario y de asignarle tareas.

—Cadillac dijo que parecías su padre. Puedo creérmelo; serías un padre fabuloso.

—En este momento simplemente soy un hombre hambriento —dijo Ben, pasándose las dos manos por la cara—. Ha sido un día muy largo. Tenía miedo de que el juez le hiciera quedarse una temporada en el centro de menores, pero todo ha salido bien. Gracias a Eagle. Y gracias a que tú supiste entenderlo.

—Este final feliz no tiene nada que ver conmigo —dijo Laurel—. ¿Qué te parece un filete, ensalada, maíz y pastel de cereza? Mi madre dice que invita la casa por lo que hiciste hoy.

—Es muy amable por su parte y lo que me has dicho suena perfecto.

Cuando Laurel volvió con la comida, Ben aspiró el aroma maravilloso que emanaba del plato.

—¿Puedes sentarte? —le dijo a Laurel.

Ella miró a su alrededor y vio que todo estaba controlado. Se sentó enfrente de él y Ben empezó a comer.

—¿Debería llamar a Dove para darle la noticia de Jazzie? ¿O crees que ya lo sabrá?

—Paré en su casa después de dejar a Jazzie y a Bethanie —dijo Ben entre bocado y bocado—. La sonrisa de Eagle era como la de un niño pequeño el día de Navidad —hizo una pausa—. Hay que ser muy valiente para hacer lo que él hizo; realmente es un joven muy maduro.

—Dove los educó bien —comentó Laurel—. Y eso que ella aún era una niña.

—Sí, pero se ha cansado. Dice que sus días de madre se terminarán cuando Eagle se marche al ejército en la primavera.

—A mí también me lo ha dicho —repuso Laurel, cruzando las manos encima de la mesa—. Creo que eso es muy triste. Pero bueno, Dove no está enamorada de nadie en este momento. Quizá en el futuro cambie de opinión. Podría conocer a alguien, enamorarse y querer tener un hijo. Podría suceder.

—O no —dijo Ben—. Cuando hablamos de este tema el año pasado dijo que estaba cansada. Yo le estaba diciendo que quería una casa llena de niños y ella me dijo que ya había tenido su casa llena de niños y que había tenido suficiente. Creo que ahora me comería ese trozo de pastel, señorita.

—Enseguida, sheriff —dijo ella sonriendo, y salió del compartimiento.

«El año pasado», pensó mientras cortaba un gran trozo de pastel para Ben. Le había dicho a Dove que le gustaría tener un montón de niños. Siempre había pensado así y estaba segura de que sería un padre estupendo.

Cuando Laurel volvió a la mesa de Ben con el pastel, vio que una pareja se había sentado en su asiento y estaba hablando con él. Le dejó el postre en la mesa y volvió para rellenarle la taza de café; después se alejó y acabó detrás del mostrador, limpiando lo que ya estaba limpio.

Cuando Ben acabó de comer, fue a darle las gracias a Jane por la comida.

—Te lo mereces por lo que hiciste por Jazzie. Los chicos de la reserva necesitan ilusionarse con algo.

—Espero que algún día se le ocurra a alguien una solución para ellos.

Se despidió y se acercó al mostrador para despedirse de Laurel.

—Buenas noches, Laurel —dijo él llevándose los dedos al borde del sombrero—. ¿Estás bien? ¿Por lo de anoche? Ya sabes.

—Sí, muy bien —le aseguró, con una sonrisa en los labios—. Gracias por preguntar.

—¿Has pensado en lo que te dije sobre…? —miró a su alrededor y bajó la voz—. ¿Vivir el presente y continuar viéndonos? ¿Has pensado en ello?

—Necesito más tiempo.

—Claro —dijo Ben—. Lo último que quiero es presionarte. Bueno, ahora me voy a casa. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ninguno se movió ni dijo nada y apenas respiraban mientras se miraban a los ojos. Sus corazones comenzaron a latir con fuerza mientras los recuerdos de la noche que habían compartido invadían

sus pensamientos.

—Perdone, sheriff —dijo Billy, haciendo que los dos se volvieran a mirarlo—. Podría darle un beso ya para que yo pueda pagar.

—Oh, por Dios —exclamó Laurel, ocultando la cara entre las manos.

—Tienes toda la razón, Billy —dijo Ben, echándose el sombrero hacia atrás con el pulgar.

—¿Ah, sí? —dijo Laurel mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Oh, sí, señorita —dijo Ben—. La tiene. No podemos dejar que el Windsong Café pierda su reputación por hacer esperar a los clientes. Gracias por indicárnoslo, Billy.

—Me alegro de ayudar —aseguró el hombre, encantado consigo mismo.

Ben rodeó la cara de Laurel con las dos manos.

—Pero… —se quejó ella.

—Chsss —la acalló Ben mientras capturaba sus labios con un beso. Después, dio un paso atrás y volvió a calarse el sombrero. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta mientras Laurel lo miraba atónita, con la cara roja de vergüenza.

Intentó ignorar el hecho de que Ben Skeeter saliera del Windsong Café con el clamor de los aplausos de la gente, igual que lo habían recibido cuando entró.

Capítulo 9

LAUREL libraba al día siguiente, así que se pasó la mañana limpiando la casa. Después, preparó un guiso para cuando su madre llegara; por una vez, a Jane le apetecería que alguien cocinara para ella.

Acababa de terminar de tomarse un sándwich y una taza de sopa cuando el teléfono sonó.

—¿Sí?

—Soy Ben. He llamado al restaurante y tu madre me ha dicho que no tenías que trabajar. Dove está aquí en la comisaría. ¿Puedes venir?

—Sí, pero ¿qué pasa? —preguntó Laurel, apretando el auricular con fuerza.

—Tenemos que hablar sobre el abuelo, Laurel —dijo Ben—. Ahora.

—Oh —Laurel se llevó una mano a la frente—. Oh, Dios. Voy para allá, Ben.

Cuando Laurel entró en la oficina de Ben se encontró a Dove sentada en una silla con un pañuelo en la nariz. Obviamente había estado llorando.

Ben estaba en su sillón, al otro lado del escritorio, con el ceño fruncido.

—¿Dove? —agarró una silla y se sentó al lado de su amiga—. ¿Qué pasa? ¿Qué le ha pasado al abuelo?

Ben dejó escapar un suspiro y se inclinó hacia delante.

—Dove fue a ver al abuelo —explicó Ben— y vio que salía humo de su *hogan*.

—¿Su *hogan*? —preguntó Laurel, sintiéndose desfallecer—. ¿Ha dejado su cabaña y se ha ido al *hogan*?

—Sí —dijo Dove, y sollozó—. Me sentí tan desconcertada que ni siquiera fui a hablar con él. Me vine directamente para acá. Oh, Dios, Laurel, ¿sabes lo que eso significa? Todos lo sabemos.

Laurel asintió y luchó por controlar las lágrimas.

—Abuelo… abuelo —susurró Dove, con un nudo en la garganta—. Se está muriendo. Se marcha de su cabaña porque sabe que muchos navajos de la reserva no entrarían allí y, mucho menos, vivirían en un lugar donde alguien ha muerto porque tienen miedo del *chendi*.

—El abuelo se está asegurando de que alguien pueda quedarse con la cabaña cuando él… no quiero pensar en ello —dijo Laurel meneando la cabeza.

—Creo que los tres deberíamos ir a verlo —sugirió Ben.

—Sí, por supuesto, tienes razón —afirmó Dove, mientras se ponía de pie.

Laurel también se levantó de su asiento.

Dove y Ben se dirigieron hacia la puerta.

—Un momento —dijo Laurel—. ¿No deberíamos hablar de esto primero? ¿Decidir lo que vamos a decirle?

—Su mensaje es muy claro —dijo Ben colocándose el sombrero —. Lo que queremos es que nos cuente qué le pasa. Ahora ya sabemos por qué iba a Fénix.

—Debía de ir a ver al médico —comentó Dove.

—Eso pienso yo —dijo Ben, asintiendo—. Vamos.

—Pero… —comenzó a protestar Laurel.

—Laurel —dijo Ben—. ¿Por qué tienes tantas dudas? Tenemos que hablar con él.

—Pero planear todo esto a sus espaldas no es muy respetuoso — declaró ella, un poco nerviosa—. Quizás debería ir Dove sola porque es su biznieta. Es su familia.

—Te necesitamos allí, Laurel —le aseguró Dove, levantando la voz—. Tú eres psicóloga. Quizás oigas algo importante que a Ben y a mí se nos podría escapar. ¿Qué te pasa? ¿No quieres ayudar al abuelo?

—Claro que sí, Dove. Pero… —se dirigió a Ben que estaba mirándola intensamente—. Pero no creo que yo pueda… oh, no importa. De acuerdo, de acuerdo, vamos.

Ben tomó la radio y los tres salieron de la comisaría. Sin decir una palabra más, subieron a sus respectivos coches y comenzaron la procesión hacia la reserva.

El *hogan* del abuelo era una choza circular que había construido hacía muchos años con ramas y barro cerca de su cabaña. Del centro del techo salía una chimenea de metal oxidado de la que salía humo. Como todos los *hogan* de los navajos, la entrada miraba al este para que el ocupante pudiera ver el sol naciente. El suelo era de barro seco y paja y a menudo se cubría con alfombras hechas a mano. El abuelo había cambiado la manta de la entrada por una puerta de madera para protegerse del frío.

Laurel, Dove y Ben aparcaron al lado de la cabaña del abuelo y se reunieron a cierta distancia del *hogan*.

—Las ventanas están cubiertas con cartones —dijo Ben mirando

a la cabaña—. El abuelo ya no vive aquí; ni piensa volver

—Dios mío —susurró Laurel.

Dove cerró los ojos.

—No voy a llorar. No voy a llorar —volvió a abrirlos y tomó aliento para calmarse—. Espero no llorar.

Caminaron hacia la puerta del *hogan* y se pararon a una cierta distancia, como era la costumbre de los navajos.

—*Ya at eeh*, abuelo —dijo Ben en voz alta a modo de saludo—. Somos Dove, Laurel y Ben y le pedimos permiso para entrar.

Pasaron unos minutos en silencio. Después, la puerta de madera se abrió hacia fuera, aunque el abuelo no se asomó.

—Vamos —dijo Ben.

Dove y Ben comenzaron a andar y se dieron cuenta de que Laurel no se había movido. Se giraron para mirarla.

—¿Laurel? —preguntó Dove—. ¿Vienes?

—Yo… —se rodeó el estómago con los brazos al sentir un escalofrío—. Sí.

Los tres entraron en la choza, que era lo suficientemente grande para que Ben pudiera permanecer de pie, y cerraron la puerta.

El abuelo estaba sentado con las piernas cruzadas en una alfombra delante de la hoguera que ardía en el medio. Tenía las manos sobre las rodillas y miraba fijamente al fuego. Tenía el pelo plateado recogido en dos trenzas que colgaban por su espalda y llevaba unos vaqueros viejos, una camisa de franela y unos mocasines.

Tenía la cara morena y arrugada por los años que había pasado al sol.

—¿Podemos sentarnos, abuelo? —le preguntó Ben.

El abuelo asintió.

Los tres se sentaron en una alfombra al otro lado del fuego. Se quitaron los abrigos y los dejaron caer a sus espaldas. Dove abrió la boca para decir algo, pero Ben le tocó un brazo, meneando la cabeza.

Esperaron a que el abuelo hablara.

—Cuando erais niños —dijo el abuelo por fin, sin apartar los ojos del fuego— me gustaba veros jugar juntos en la puerta de mi casa. Erais muy felices y vuestra risa me hacía feliz a mí. Ben era *Moasi*, el gato, se movía con facilidad. Dove era *Naastsosi*, el ratón, tan tímida y temerosa. Laurel era *Dahetihhi*, el pájaro carpintero. Siempre curiosa revoloteando aquí y allá. ¿Recordáis esos nombres?

—Sí —respondieron Dove y Ben al unísono mientras Laurel asentía.

—Eso está bien —aseguró el abuelo— porque esos nombres todavía os pertenecen.

El abuelo se quedó en silencio un rato y ninguno dijo nada.

—He visto —dijo después de unos minutos— el *neasjah*.

—No —negó Dove sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. No, abuelo, el búho no. Por favor, no digas eso.

—No hay motivo para sentirse triste, Dove —dijo el abuelo—. El *neasjah* no me da miedo. El mensaje es claro y estoy preparado. Por eso me he venido a mi *hogan*; para que alguien pueda quedarse con mi cabaña cuando me marche.

Dove meneó la cabeza.

—¿Qué tiene, abuelo? —preguntó Ben con calma.

—Los antiguos navajos lo llamaban la enfermedad del desgaste —dijo él—. Ahora se conoce por cáncer.

—¿No pueden los médicos hacer algo? —preguntó Ben—. ¿Alguna operación? ¿Algún tratamiento?

El abuelo asintió.

—Me han aconsejado que lo haga, pero yo no quiero. Tomo unas pastillas para el dolor, pero no me voy a operar ni tampoco voy a seguir uno de esos tratamientos tan duros de los que me han hablado.

—¿Por qué no? Quizás puedan salvarle la vida.

—No —les dijo el abuelo—. Debéis entenderlo: quiero morir con dignidad aquí en la tierra que quiero; no en un frío hospital rodeado de desconocidos. Estoy satisfecho y en paz con mi vida, con lo que he hecho. No tengo miedo a cruzar el puente del arco iris que me llevará a la vida de más allá —hizo una pausa—. Ahora quiero quedarme solo. Estoy cansado. Gracias por vuestra visita.

—Pero… —protestó Dove.

—Ahora no, Dove —dijo Ben, mientras se levantaba—. Tenemos que marcharnos. *Hagoonee*, abuelo. Volveremos a verle.

El abuelo asintió y cerró los ojos.

Los tres recogieron sus abrigos y salieron. Caminaron en silencio hasta los vehículos y, entonces, Ben se plantó delante de Laurel, mirándola furibundo.

—No has dicho ni una maldita palabra mientras estábamos allí, Laurel —dijo con voz dura—. Nada. Estaba claro que ni siquiera querías venir. ¿Qué te pasa? —señaló hacia el *hogan*—. Ese era el abuelo, Laurel. Nuestro querido abuelo. Tú eres psicóloga, por el amor de Dios, podrías haber hecho algo.

Ben se giró y se alejó tres pasos. Después se volvió y se acercó a ella.

—¿Por qué no me di cuenta antes? —dijo con voz rasposa—. Eres fría, egoísta, sin sentimientos. ¿Es eso lo que aprendiste en Virginia, Laurel? ¿A pensar solo en ti?

—Ben, basta —lo cortó Dove mientras le ponía una mano en el brazo—. Estás diciendo cosas que no sientes y después te arrepentirás.

Ben apartó la mano de Dove.

—Estoy diciendo lo que tengo que decir. Quiero respuestas, Laurel. ¿Por qué no has hablado con el abuelo? ¿Por qué no has utilizado tus conocimientos? ¿Por qué? ¿Por qué has vuelto a Willow Valley si nosotros no significamos nada para ti? ¿Cómo puedes volverle la espalda al abuelo?

Laurel se cubrió las orejas con las manos.

—Déjame en paz. No puedes entender por qué no puedo ayudar al abuelo… no lo puedes entender. Y no es asunto tuyo por qué he vuelto a Willow Valley. Déjame en paz, Ben Skeeter. No hables conmigo ni vengas conmigo. Nunca más.

Corrió hacia su coche y se marchó, dejando una nube de polvo a sus espaldas.

—Maldición —rugió Ben, y le dio un puñetazo al coche.

—Basta ya —exclamó Dove—. Nunca te había visto actuar de esa manera desde que te conozco. Laurel no se merecía lo que acabas de hacerle, el odio de las cosas que le has dicho. Estás enfadado porque el abuelo se va a morir y ha tomado la decisión de hacerlo con dignidad. Todos lo sentimos, incluida Laurel. Te sientes frustrado porque sabes que nada de lo que digamos lo hará cambiar de opinión y lo has pagado con Laurel.

—Ella podría haber llegado a él, haberlo convencido —dijo Ben, apretando la mandíbula—. Ni siquiera lo intentó, Dove. No dijo ni una maldita palabra.

—No había nada que decir —lo contradijo Dove con los ojos llenos de lágrimas—. Tenemos que respetar su decisión, Ben. Laurel lo entendió perfectamente. Yo no quiero aceptarlo, pero lo haré y tú también tienes que hacerlo —meneó la cabeza con disgusto—. Le debes una disculpa a Laurel por hablarle de ese modo. Estás muy equivocado, Ben. Espero que te perdone.

—¿Que le debo una disculpa? Sí, quizás he sido muy duro, pero ¿qué me dices de lo que ella ha hecho? ¿Volver al pueblo trayendo consigo todos los recuerdos de lo que compartimos? ¿Abriendo antiguas heridas? Se niega a explicar por qué está aquí, cuánto se va a quedar, cuáles son sus planes. ¿Que le debo una disculpa? ¿Sabes lo que me ha hecho a mí su vuelta? ¿Lo sabes?

—Sí —dijo Dove con suavidad—. Lo sé porque todavía estás enamorado de ella; porque nunca has dejado de amarla. ¿Se te ha ocurrido pensar lo difícil que puede haber sido para ella? ¿Verte a ti, recordar lo que habíais compartido? Oh, no importa. No estás en condiciones de oír ningún razonamiento. Eres tan cabezota como el abuelo.

—¿Por qué ha vuelto a casa, Dove? ¿Por qué se marchó de Virginia como… como una niña asustada?

—No lo sé, Ben. Pero no está preparada para hablar todavía.

—No quiere contártelo ¿y aun así la consideras tu amiga? —dijo levantando las cejas—. ¿No lo entiendes? Su amistad, su amor, todo lo hace sin tener en cuenta los sentimientos de las otras personas.

—Yo no pienso así —protestó Dove—. La verdadera amistad, el amor verdadero, es paciente. Tú eres el que no entiendes nada, Ben. Quieres las respuestas ahora. Quieres que el abuelo se ponga en tratamiento. Quieres, quieres, quieres. Te sentirías mucho mejor si la gente hiciera las cosas a tu manera; ¿por qué no se callan y lo hacen? Será mejor que te mires a ti mismo, Ben Skeeter.

Ben levantó la cara hacia el cielo durante un buen rato, después se volvió a mirar a Dove.

—Esto es un lío y acabo de fastidiarlo —dijo él—. No sé qué pensar; ahora mismo nada tiene sentido.

—¿Te gustaría venir a mi casa y tomar un té? Podríamos hablar.

—No —dijo Ben—. Gracias, pero voy a tener que solucionar esto yo solo. Además, tengo que volver al pueblo y ver al médico.

—¿Al médico? —preguntó Dove sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque me acabo de romper la mano —dijo con un gesto de dolor.

El día siguiente fue viernes. Después llegó el sábado y, al mediodía, ya todos se habían dado cuenta de que sus miedos se habían hecho realidad: los turistas habían oído que ya no había hojas en los árboles y que los preciosos colores del otoño se habían esfumado.

También se había corrido la voz sobre la enfermedad del abuelo y su decisión de irse a vivir al *hogan*. La gente le llevó a la puerta comida, plumas, mantas y cestas, pero nadie lo molestó pidiendo permiso para entrar. Mientras el humo continuara siguiendo, sabían que el abuelo estaba con ellos.

Al mismo tiempo, una docena de historias diferentes sobre cómo el sheriff Skeeter se había roto la mano circulaban por el pueblo; algunas eran horribles, pero Ben nunca dijo nada al respecto.

En el Windsong Café no había mucho trabajo y Laurel pensó que no sería justo despedir a uno de los empleados habituales y que sería mejor que fuera ella la que se marchara. Pasó muchas horas en su habitación, dándole vueltas a lo que había pasado con Ben al lado del *hogan* del abuelo; incapaz de olvidarse de sus duras palabras que aún retumbaban en su cabeza.

El sábado, Laurel le contó a su madre lo que le había pasado con Ben.

—No quería preocuparte —dijo Laurel, dejándose caer en un extremo del sofá mientras su madre se sentaba en el otro—. Pero me voy a volver loca. No puedo olvidar sus palabras y… —meneó la cabeza.

—Oh, cariño —exclamó Jane—. Nada de lo que le hubieras dicho al abuelo lo habría hecho cambiar de opinión. Tenemos que respetar sus deseos y, tarde o temprano, Ben lo entenderá.

—Pero yo no dije nada —se quejó Laurel—. Ni siquiera que lo comprendía y respetaba su decisión. Me quedé helada. Tenía tanto miedo de decir algo que estuviera mal que no podía hablar. No le dije cuánto lo quería, cuánto lo echaría de menos… nada. El abuelo debe de pensar lo mismo que Ben me dijo: que soy una egoísta, que no me preocupo…

—Ya basta —la interrumpió Jane—. Estamos hablando del abuelo, ¿te acuerdas? Es el hombre más sabio que he conocido —la miró con una sonrisa—. Mucho más sabio que tu padre. El abuelo no tiene dudas en su corazón sobre lo que tú sientes por él y debería darte vergüenza pensar otra cosa. El abuelo se merece que pienses mejor de él.

Laurel se rodeó con los brazos y asintió.

—Tienes razón. Por supuesto que tienes razón. Pero Ben… no importa.

—Ben tiene que saber la verdad de por qué has vuelto. De lo que ocurrió en Virginia. Tu silencio se está convirtiendo en un muro entre los dos.

—Ojalá pudiera hablar con el abuelo sobre Ben, sobre Virginia —dijo Laurel—. Siempre me escuchó, desde que papá murió. Pero no puedo ir a molestarlo con mis problemas. Ahora que está tan enfermo.

—Mi querida niña, estás muy equivocada —dijo Jane—. Al abuelo le encantará saber que todavía crees en su sabiduría aunque su cuerpo esté enfermo. Ve a verlo. Si tiene dolores o está muy cansado cuando vayas, te dirá que vayas en otro momento. Sabes que el abuelo está ahí para ti. Pienso que él sabe que tienes

problemas y está esperándote.

—Yo… no sé qué hacer.

—Piénsalo. Al menos, prométeme que lo pensarás.

—Sí. Lo pensaré.

—Al menos es algo —Jane hizo una pausa y, luego, se rio—. Billy me ha dicho que está seguro de que el caballo del abuelo le mordió a Ben la mano y se la rompió.

—¿Thunder? —preguntó Laurel con los ojos muy abiertos—. Esa es la tontería más grande que he oído. Eso por no hablar de que Cadillac va diciendo por ahí que se le presentó el fantasma del coyote y lo asustó haciendo que se cayera y se rompiera la mano —frunció el ceño—. No sé por qué Ben no dice cómo sucedió y frena todas esas historias.

—Porque le da vergüenza —dijo Jane—. Estaba tan enfadado después de ir a ver al abuelo que le dio un puñetazo a su coche.

—Estás de broma.

—No. Dove me contó lo que le pasó. Ella le echó un buen rapapolvo por tratarte como lo hizo. Por haber desahogado su frustración contigo… y con su coche. Ben Skeeter no va a confesarle al mundo que se ha comportado como un niño de cuatro años.

—Tampoco va a cambiar de opinión con respecto a mí —dejó escapar un suspiro—. Cree todo lo que me dijo.

—Eso no lo sabes, Laurel.

—Sí lo sé porque, cuando pienso en cómo me comporté, llego a las mismas conclusiones. No le culpo por verme como a una persona egoísta, demasiado pendiente de mí para pensar en el abuelo.

—Entonces cuéntale la verdad.

—Es la hora de las noticias, mamá. ¿Por qué no enciendes la televisión?

Jane miró al techo con frustración y tomó el mando a distancia.

Capítulo 10

EL ALCALDE de Willow Valley no se había reunido con el Consejo durante los últimos cinco años debido a que no había nada que discutir.

El alcalde, Donald Smith, tenía sesenta años y también era presidente de la Cámara de Comercio.

Hacía muchos años se había decidido que sería mejor que el pueblo tuviera un alcalde y concejales y él había aceptado el puesto. El Consejo estaba compuesto por cinco empresarios, Jane entre ellos.

La reunión que se había celebrado hacía cinco años había sido para nombrar a una persona que se encargara de revisar el número de habitantes cada año.

El lunes por la mañana, el alcalde estaba sentado en el café, tomándose una taza de café con un rollito de canela. Don, que era bajito, redondo y calvo, se disfrazaba todas las Navidades de Santa Claus para la fiesta que se celebraba en el instituto. Era un hombre alegre que siempre tenía la sonrisa en los labios. Pero no esa mañana.

—Entonces, ¿estás de acuerdo conmigo, Jane? —dijo Don.

—Por supuesto —le respondió Jane mientras le llenaba la taza de café—. No recuerdo haber visto una temporada de otoño tan corta. Esa tormenta acabó con todas las hojas.

Don asintió.

—Como alcalde, siento que debería hacer algo. Celebrar una reunión para ver qué podemos hacer. A mí no se me ocurre ningún plan.

—A mí tampoco. Dependemos del tiempo y nada va a cambiar eso. Simplemente, tendremos que sobrellevarlo lo mejor que podamos —hizo una pausa—. Sin embargo, me preocupa que en la reserva haya gente que vaya a pasar hambre, que no tenga dinero porque no hayan podido vender sus artesanías en las tiendas.

Don asintió y le dio un mordisco al bollo.

—No le digas a mi mujer que me he comido esto. El médico dice que tengo que perder quince kilos. Solo porque él tiene setenta años y pesa lo mismo que cuando iba al instituto piensa que todos deberíamos estar tan delgados como un palo. Además, esto me ayuda a tranquilizarme. Estoy muy preocupado por la gente del

pueblo y de la reserva.

—Yo también —aseguró Jane con el ceño fruncido.

Ben entró en el restaurante y se sentó en el taburete de al lado de Don.

—Buenos días, Ben —lo saludó Jane—. ¿Un café?

—Por favor —dijo él—. ¿Qué tal estás, Don?

—Ahogando las preocupaciones en este rollo de canela —dijo Don—. Entre los problemas económicos y el disgusto por el abuelo, es difícil sentirse bien.

—Sí, ya sé lo que quieres decir —dijo Ben, logrando sujetar la taza con la mano derecha a pesar de la escayola.

—He oído que te rompiste la mano mientras estabas echando un pulso con uno de tus ayudantes. No recuerdo con quién; pero, ahora que lo pienso, no tiene mucho sentido porque tú eres el más grande y más fuerte.

Ben le dio otro sorbo a su café.

—No es así como me rompí la mano, Don.

—Ya me lo imaginaba —dijo el hombre—. ¿Quieres contarme la historia, sheriff?

—No.

—También me lo imaginaba —dijo Don, llevándose el último trozo de pastelillo a la boca—. Será mejor que vuelva a la tienda. A ver si se te ocurre una idea genial sobre lo que podemos hacer para generar ingresos, Jane.

—Por supuesto —le aseguró ella—. Saluda a Maryellen de mi parte.

Don se marchó y Jane se dedicó a rellenar las tazas de café de la gente del mostrador, después, volvió junto a Ben.

—Laurel ya no trabaja aquí —le dijo—. No podía permitirme pagarle.

—Ajá —gruñó Ben, mirando su taza.

—Tiene la casa tan limpia que brilla y cuando llego me tiene la cena preparada.

—Ajá.

—Creo que se está aburriendo —continuó Jane—. Es una pena que no tenga un hobby como Dove.

—Ajá —repitió Ben, y se acabó el café.

—Vaya, Ben —exclamó Jane plantando la mano izquierda en la cadera—. No hables tanto.

Ben la miró a los ojos.

—Perdona —se disculpó—. Me imagino que tengo muchas cosas en la cabeza. Todos estamos muy preocupados y yo además estoy

intentando… —se aclaró la garganta—. No importa.

Jane se acercó a él y bajó la voz.

—¿Pensar en la discusión que tuviste con Laurel? ¿Has pensado que deberíais hablar sobre eso? ¿Aclarar los malentendidos?

—Está claro —le aseguró Ben, y después se colocó el sombrero —. Laurel y yo tenemos un problema de comunicación desde hace mucho tiempo. No se nos da bien hablar.

—¿Por eso no crees que merezca la pena aclarar las cosas? Me imagino que no te importa lo suficiente como para intentarlo.

—Eso no es cierto —protestó Ben—. Yo…

—¿Tú qué?

—Tengo que volver al trabajo —dijo Ben, poniéndose de pie. Dejó un billete en el mostrador—. Gracias por el café.

—Ajá —le dijo ella, mirándolo a los ojos.

Una vez fuera, Ben miró a ambos lados de la calle. Apenas había gente. La situación era muy mala y eso iba a traer problemas. Y la gente con problemas de dinero tenía la tendencia a ahogar sus penas en alcohol y, después, a desahogarse, con lo que más querían. Tenía que haber una solución, pero no sabía cuál era.

Ben condujo el coche por el pueblo.

No pasaría por la calle donde vivía Laurel; aunque, pensándolo mejor, no era justo para los demás propietarios que él no fuera a echar un vistazo y…

«Cállate. ¿A quién quieres engañar?», se amonestó en silencio.

Al acercarse a la casa de Laurel, abrió los ojos como platos y pisó el freno. Aparcó el coche y corrió hacia donde Laurel estaba subida a una escalera de madera.

—¿Qué diablos estás haciendo ahí arriba? —le gritó desde abajo.

—¡Ah! —gritó Laurel, agarrándose al desagüe con las dos manos. Después, miró hacia abajo—. Maldición, me has dado un susto de muerte, Ben Skeeter.

—Respóndeme —le exigió él.

—Estoy quitando las hojas de los desagües —dijo ella, dejando caer un montón que aterrizó justo al lado de él—. ¿Qué te parece que estoy haciendo?

—Me parece que estás intentando pasar una temporada en el hospital después de caerte de una escalera que probablemente fue construida el siglo pasado —dijo él, hablando muy alto—. Puedes llamar a alguien para que haga eso, Laurel.

—Alguien que cobra —dijo ella soltando otro puñado de hojas en su dirección—. Tenemos que ahorrar, y como no estoy trabajando he decidido hacerlo yo. Y como no es nada que vaya en

contra de la ley, sheriff, te sugiero que vayas a atrapar a algún ladrón y te ganes el sueldo.

—Si me das con una de esas hojas, solo una —le advirtió él—, voy a denunciarte por agresión a un policía y llevarte a la cárcel.

—¿En serio? —le preguntó ella tirando unas cuantas hojas por encima de su hombro.

—No estoy bromeando, Laurel Windsong. Baja ahora mismo.

—No.

—Entonces subiré yo.

—Ni se te ocurra. Esta escalera apenas puede sostenerme a mí. ¿Quieres tener una colección de escayolas por todo el cuerpo? Por cierto, ¿le hiciste un bollo al coche al golpearlo?

—¿Quién te dijo que..? —la miró con los ojos entrecerrados—. Dove.

—No he visto a Dove.

—Bueno, entonces se lo dijo a alguien que se lo dijo a alguien que te lo dijo a ti —replicó él—. Ya sé cómo funciona esto —hizo una pausa—. Laurel, por favor, sé razonable. Esa escalera es peligrosa. Mira, cuando acabe, traeré mi escalera y limpiaré esos desagües.

—No, gracias.

—Bien —dijo Ben levantando las dos manos—. Entonces me quedaré aquí para llamar a la ambulancia cuando te caigas. ¿Qué te parece?

—Lo que quieras —dijo ella, agarrándose para sacar más hojas.

Laurel se estiró demasiado hacia la derecha y la escalera se tambaleó, después el eslabón en el que estaba apoyada se partió por la mitad y ella perdió el equilibrio. Al siguiente segundo, estaba volando por el aire.

Ben dio un paso hacia el frente y la pudo agarrar antes de que cayera al suelo. Con un brazo bajo sus rodillas y el otro en la espalda, se tambaleó antes de recuperar el equilibrio.

Laurel estaba tan sorprendida por la caída que no se movió. Tenía los ojos abiertos como platos y los labios ligeramente separados.

—Laurel —dijo Ben—. Respira.

Ella tomó aliento y él la acercó más a su pecho.

—Dios mío —exclamó ella, girando la cabeza para mirarlo—. Qué susto. Gracias, Ben. Te agradezco mucho… —Laurel se olvidó por completo de lo que iba a decir al darse cuenta de que los labios de él estaban a pocos centímetros de los suyos y que sus ojos oscuros radiaban un deseo tan intenso que la hacían enrojecer.

—Espero que no te hayas hecho daño en la mano al sujetarme —dijo ella consciente de que su voz sonaba muy extraña.

—No.

—Estabas muy enfadado conmigo, Ben, y yo te dije que no te acercaras a mí; pero aquí estás en mi casa y eso no tiene ningún sentido.

—No —dijo él mientras inclinaba la cara hacia ella—. Pero esto sí.

Los labios de Ben se fundieron con los de Laurel. Introdujo la lengua en su boca y se encontró con la de ella en un apasionado baile. Ella le pasó un brazo por el cuello y el beso cobró intensidad; era puro fuego avivado por el deseo que crecía dentro de ellos. Sus corazones latían acelerados y les costaba respirar con normalidad.

—¡Caramba, sheriff Skeeter! —gritó un hombre desde la acera —. ¡Menudo beso!

Ben levantó la cara y Laurel se puso en tensión.

—Qué vergüenza —susurró ella, sin aliento.

—Ah, maldición —murmuró Ben, después la dejó en el suelo—. ¿Estás bien? ¿Se te ha pasado el susto?

—Sí, estoy… estoy bien —dijo ella, alisando su chaqueta roja para evitar mirarlo—. Gracias por…

—Laurel, lo siento —la interrumpió Ben—. Me pasé mucho contigo después de ver al abuelo. Nadie va a hacerlo cambiar de opinión y me sentí enfadado y frustrado. Pero eso no es excusa. Por favor, perdóname por portarme con un imbécil. Por favor.

—Por supuesto —le aseguró ella—. Yo debería haberle dicho algo, cualquier cosa. Hacerle saber que lo quiero, que lo respeto. También yo siento mucho la manera en la que me comporté en el *hogan*. Tengo intenciones de visitar al abuelo y asegurarle que entiendo sus deseos.

—Laurel, mírame —le pidió Ben.

—Oh, no creo que sea una buena idea en este momento.

—Mírame —repitió él.

Laurel levantó la cabeza lentamente para encontrarse con los ojos de Ben y contuvo el aliento al ver el deseo que irradiaba de los ojos de él, sabiendo que los de ella debían de transmitir lo mismo.

—Sé que me dijiste que me mantuviera lejos de ti —dijo él—, pero no podía. No puedo. Quiero estar contigo, hablar y reírnos, darte apoyo y recibirlo de ti con respecto a lo que le está pasando al abuelo. Quiero… quiero hacer el amor contigo durante horas y horas y… Ah, maldición, Laurel, ¿no lo entiendes? Todavía te quiero; nunca he dejado de quererte. Ya está. Lo he dicho. Te

quiero, Laurel Windsong. Siempre te he querido y siempre te querré.

A Laurel se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo también te quiero, Ben —dijo ella con un sollozo—; no tengo la energía suficiente para negarlo. Pero, Ben, ya no somos las mismas personas de hace diez años.

—Tú eres Laurel —afirmó él con la mandíbula apretada—. Mi Laurel. Eso es todo lo que necesito saber.

—No; no es todo lo que necesitas saber —lo contradijo ella con las lágrimas corriéndole por las mejillas—. Algo sucedió en Virginia que… —se llevó una mano temblorosa a los labios y meneó la cabeza.

Ben intentó agarrarla por los hombros, pero ella dio un paso hacia atrás.

—No te alejes de mí —dijo él—. Habla conmigo. Cuéntame lo que sucedió en Virginia. Lo resolveremos, Laurel. Juntos.

—No, no, no. Es algo que tengo que hacer sola. Todo ha cambiado: no sé quién soy ni lo que voy a hacer con mi vida. De acuerdo, sí, te quiero; pero no puedo estar contigo y fingir que soy la misma persona que era antes porque no lo soy. Simplemente no… necesito tiempo…

—Entonces te esperaré —dijo él, colocándose el sombrero—. Te he esperado diez años y puedo esperar más. Al diablo con mi orgullo. Hasta que me digas que ya no me quieres o que vas a volver a dejarme, esperaré.

—No puedo prometerte nada —dijo ella, sin dejar de llorar—. Estoy buscando una paz interior que no consigo encontrar. Y no sé si lo conseguiré.

Ben se quedó mirándola y, después, cruzó la distancia que los separaba y le rozó los labios con los suyos.

—Te esperaré, Laurel —dijo con la voz ronca por la emoción.

Después, se giró y caminó hacia el coche. Se subió y se alejó sin volver a mirar atrás.

Laurel se quedó mirándolo, con el corazón encogido con una mezcla de felicidad y tristeza. Felicidad porque Ben todavía la quería, pero no podía ignorar que quizá ella nunca volviera a ser la mujer que deseaba, la mujer que él se merecía.

—Oh, abuelo —exclamó, llorando abiertamente—. Necesito tu ayuda, tu sabiduría. Por favor, abuelo, ayúdame.

A la mañana siguiente, después de una noche que había pasado dando vueltas en la cama, Laurel se dirigió hacia la reserva y fue a visitar a su amiga Dove, la cual la invitó a tomar una taza de té.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Dove.

—Muchas gracias —dijo Laurel, con una leve sonrisa que desapareció inmediatamente—. ¿Qué tal está Eagle?

—Bien.

—¿Y Jazzie? —preguntó Laurel.

—Creo que ha aprendido una lección muy importante y que ahora va por buen camino; realmente creo que sí.

—Muy bien —dijo Laurel—. Eso está muy bien.

—El abuelo les ha pedido a Eagle y a Jazzie que lleven a Thunder a casa de Molly. Tiene un establo decente y Thunder va a vivir allí ahora. Creo que eso es lo último que tenía pendiente.

—Oh, Dove, es muy difícil hacerse a la idea de que el abuelo va a dejarnos —se quejó Laurel, meneando la cabeza.

—Ya lo sé.

—Dove, he hablado con mi madre y le he dicho que me gustaría ir a ver al abuelo para contarle mis problemas, como siempre he hecho; pero no quiero molestarlo. Ella me ha dicho que estoy equivocada, que el abuelo estará encantado de que confíe en él. ¿Qué opinas tú?

—Estoy completamente de acuerdo con tu madre —dijo Dove—. Al abuelo le gustará que vayas a verlo.

—Me gustaría hablar con él de Ben —declaró Laurel, pasando el dedo por el borde de la taza—. Ben… bueno, me ha dicho que todavía me quiere. Después, yo le dije que yo también lo quiero a él, pero, después de lo que sucedió en Virginia, ya no soy la que era antes. Estoy muy confundida.

Dove se puso de pie, tomó la chaqueta de Laurel y se la dio.

—Adiós, Laurel —le dijo—. Dale recuerdos al abuelo.

—Pero…

—Adiós —repitió Dove, cruzándose de brazos.

—Me imagino —dijo Laurel, levantando la barbilla—, que voy a ir a ver al abuelo ahora.

—Me alegro —repuso Dove, sonriendo.

Cuando Laurel llegó al *hogan* del abuelo, se quedó allí un rato parada, sin atreverse a anunciar su llegada. Estaba intentando convencerse de que quizá sería mejor ir otro día cuando la puerta de madera se abrió y el abuelo apareció, apoyado en un bastón.

—Entra, *Dahetihhi* —dijo él—. No te marches volando como el pájaro carpintero.

Laurel tomó aliento y caminó hasta ponerse delante de él.

—¿Está bien para escuchar mis problemas?

—Sí, mi Laurel Windsong. Ya es hora de que me cuentes tus

problemas. El secreto que guardas desde que llegaste a casa. Entra, hace frío.

Laurel sonrió y entró en el *hogan*. Se quitó el abrigo y se sentó al lado del abuelo, en una alfombra delante del fuego.

—Aquí hay mucha paz —dijo con calma—. Me gustaría que… oh, abuelo, le voy a echar tanto de menos.

—Chsss —la calló el abuelo con gentileza—. Algunas cosas no pueden cambiar, otras sí. Tenemos que aceptar lo que es verdad —hizo una pausa—. Cuéntame, Laurel, ¿tienes miedo del *chendi*? ¿El espíritu de la muerte?

—No. Mi padre me enseñó a no tenerle miedo.

—Eso está bien —dijo el abuelo—. Jimmy Windsong era un hombre muy sabio. Cuando yo deje a la Madre Tierra, quizás quieras volver a este *hogan* antes de que lo sellen. Hay mucha paz que puedes encontrar aquí.

—Gracias, abuelo. Lo… lo recordaré.

—Quiero mostrarte algo.

El abuelo buscó en el bolsillo de su camisa de franela y sacó una turquesa. Era del tamaño de una moneda y tenía casi un centímetro de grosor en el centro.

—Es preciosa —dijo Laurel—. Es mi color favorito.

—Mi madre me la dio cuando me iba a la guerra. Era muy joven, como Eagle o Jazzie —dijo el abuelo, cerrando la mano alrededor de la piedra preciosa—. Mi madre me dejó claro que no era una piedra con poderes mágicos.

Laurel asintió, sin apartar los ojos del abuelo.

—Sabía que habría momentos en los que yo tendría miedo, que estaría confundido, deseando escapar y volver a casa. El propósito de la piedra era hacerme parar, tocarla y pensar. Buscar la fuerza y la valentía que sabía que tenía dentro de mí. Mis manos se fueron a la piedra en muchas ocasiones mientras estaba fuera. La sujetaba con fuerza —la volvió a poner en el bolsillo.

Laurel pestañeó con fuerza para alejar las lágrimas.

—Te estoy contando esto, Laurel Windsong, mi pequeña *Dahetihhi*, porque estás asustada, confundida y porque has huido de tus miedos sin hacerles frente. No has buscado dentro de ti la fuerza que tienes, que yo sé que tienes. Tienes que hacerlo si quieres liberarte de los fantasmas que te tienen atrapada.

—No sé si tengo la fuerza de la que me habla, abuelo —dijo Laurel, con voz temblorosa—. No lo sé.

—Cuéntame tu historia —dijo él—. Es el momento.

Ben recorrió la reserva para comprobar que todo estaba bien. Paró en casa de Molly y le dio dinero para la comida de Thunder. La mujer le dijo que el caballo empezaba a mostrar los primeros síntomas de la edad.

Ben cepilló al animal mientras le hablaba con voz suave y tranquila.

De vuelta, decidió pasar por el *hogan* del abuelo para asegurarse de que todavía salía humo de la chimenea.

—¡Laurel! —exclamó en voz alta al ver el coche rojo aparcado cerca.

Aquello estaba bien, pensó con el corazón acelerado. Laurel estaba hablando con el abuelo, buscando sus sabios consejos. ¿Le estaría diciendo que lo amaba y que él la amaba a ella? ¿Estaría contándole lo que le había pasado en Virginia? Oh, eso esperaba. Su futuro, su futuro juntos, podría depender de lo que allí sucediera.

Ben apagó el motor del coche patrulla y se cruzó de brazos encima del volante, sin apartar los ojos de la choza, deseando poder oír lo que estaban hablando.

Tenía que saberlo, pensó mientras abría la puerta del coche. Caminó hacia el *hogan* diciéndose que aquello estaba mal, pero estaba desesperado. Se acercó a la puerta y se inclinó para escuchar.

—Tienes que luchar contra tus demonios interiores, Laurel, buscar la fuerza de la que te he hablado —oyó Ben decir al abuelo —. Has venido a Willow Valley, pero has dejado tu corazón en Virginia. Con problemas, muchos problemas. Tienes que liberarte de los demonios que te atormentan para poder recibir el amor del hombre que te está esperando para darte su amor para siempre. ¿Entiendes?

—Sí, abuelo, lo entiendo —dijo Laurel—. Gracias. Muchas gracias.

Ben volvió corriendo al coche patrulla y se alejó de allí, apretando el volante con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

¡No! Oh, Dios, no. Laurel había dejado su corazón en Virginia. Amaba a un hombre que estaba esperándola para darle su amor para siempre. No. Ella le había dicho que lo quería; pero también le había dicho que en Virginia había sucedido algo que la había cambiado y que ahora no tenía nada que ofrecerle. Quería a otro hombre más de lo que lo quería a él. Un hombre que mantenía su corazón cautivo.

Por algún motivo desconocido, se había alejado de ese hombre y el abuelo le estaba diciendo que alejara a los demonios que le

habían hecho hacer eso para que pudiera…

No.

Pisó el freno y apoyó la cabeza en el volante.

Había perdido a su Laurel hacía diez años, pensó sintiendo un escalofrío, y ahora volvía a perderla. Ella escucharía al abuelo, como siempre había hecho, y volvería a Virginia para solucionar los problemas con el hombre que poseía su corazón. El hombre al que ella amaba más de lo que lo quería a él.

Él había tenido la esperanza de que al final Laurel y él pudieran hacer sus sueños realidad. Pero ahora era imposible. Nunca podría suceder.

Levantó la cara y se pasó la mano por los ojos para limpiarse las lágrimas. Después, siguió conduciendo, plenamente consciente del peso de la soledad que lo consumía.

Capítulo 11

TRES días después, el sonido de un tambor comenzó a resonar con un ritmo lento en la reserva. Al tambor se le unió otro y luego otro y luego veinte más y luego más hasta que cientos de tambores resonaron al unísono, llenando el aire con un sonido triste y extraño. El viento lo llevó por toda la reserva y por Willow Valley.

La gente del pueblo se paraba en las aceras y los propietarios de las tiendas salían a la calle. Todos miraban hacia la reserva, nadie hablaba, solo escuchaban los tambores. Todos sabían.

El humo había cesado de salir del centro del *hogan*. Su querido abuelo había cruzado el puente del arco iris. Había muerto. Se había ido. Las lágrimas corrieron como un río, pero nadie dijo nada porque no había palabras para expresar el terrible sentimiento de pérdida.

Laurel estaba en el patio de su casa, con la cara llena de lágrimas, rodeándose con sus propios brazos mientras miraba hacia la reserva.

Jane se unió a otros en la acera delante del Windsong Café y se cubrió la boca con una mano temblorosa mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Dove se sentó en el suelo fuera de su casita, tocando el tambor mientras las lágrimas caían en sus manos.

Ben se obligó a subirse al coche para conducir en dirección a la reserva. Cuando llegó al *hogan* del abuelo, la gente estaba allí reunida, manteniendo una distancia respetuosa, esperándolo a él. Permaneció de pie en la puerta y llamó al abuelo tres veces, después, al no obtener respuesta, entró.

—*Hagoonee* —susurró Ben mientras envolvía al abuelo con una manta que Dove había hecho para él. Después, lo tomó en brazos—. Adiós, abuelo.

Ben lo llevó fuera y lo dejó en el suelo para que todos lo vieran. Cadillac se acercó con una carreta, seguido de cuatro mujeres ancianas que iban a prepararlo para el funeral.

En unos días, cerrarían la puerta del *hogan* para asegurarse de que el *chendi* se quedaba dentro.

Los tambores continuaron sonando durante la noche.

Al día siguiente por la tarde, en uno de los extremos de la reserva donde estaba el cementerio, unas dos mil personas

escucharon las palabras de despedida del párroco de la iglesia de Willow Valley y miraron en silencio la danza de la muerte de los navajos.

Todos pasaron por el ataúd de madera donde estaba su querido abuelo al que habían vestido con el uniforme que tan orgullosamente había llevado durante la guerra. Mientras la Madre Tierra recibía su regalo la gente iba arrojando a la tumba puñados de tierra.

Los tambores cesaron.

La gente se fue alejando lentamente con gran pesar en sus corazones.

—Vámonos, Laurel —susurró Jane—. Está empezando a hacer frío.

—No, ve tú —dijo Laurel, limpiándose las lágrimas de la cara—. Voy a ir al *hogan* del abuelo un rato. Todavía no han sellado la puerta y tengo que ir.

—No enciendas el fuego —dijo Jane—. La gente se asustaría.

—No lo haré. Allí hay mantas. No me quedaré mucho tiempo, mamá. Solo quiero despedirme del abuelo a mi manera.

Jane abrazó a su hija y después caminó hacia su coche. Ben estaba allí.

—Laurel va a ir al *hogan* del abuelo, Ben —dijo Jane—. Necesita despedirse a su manera.

Ben asintió.

—Lo echaremos mucho de menos —declaró Jane—. Es difícil imaginarse la vida sin él —hizo una pausa—. ¿Estás bien, Ben?

—Me imagino que igual que los demás —dijo con la voz entrecortada—. Es un día muy triste para todos.

Jane asintió, le tocó el brazo a Ben y siguió su camino. Ben se quedó mirando a Laurel; después, se giró y caminó hacia su coche.

Laurel condujo hacia el *hogan*, dudó un momento y, después, entró. Hacía calor dentro. Se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo sin mirar dónde caía. Después se arropó con una manta y se sentó con las piernas cruzadas, mirando a las cenizas en el círculo del centro. Recordó su conversación con el abuelo la última vez que había estado allí con él, lo escuchó decirle que debía luchar contra los demonios que la tenían atrapada después de lo sucedido en Virginia, que debía buscar en su interior.

—Lo estoy intentando, abuelo —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy intentándolo, pero los demonios también son fuertes. ¿Y si no consigo vencerlos? —un sollozo escapó de su garganta—. Oh, abuelo, voy a echarle tanto de menos.

Laurel se acurrucó sobre las mantas y se tapó con la del abuelo mientras lloraba como si el corazón se le estuviera rompiendo en mil pedazos.

Ben permaneció fuera, con las manos apretadas en puños mientras oía llorar a Laurel. Caminó arriba y abajo delante de la puerta, sin saber qué hacer.

«Déjala en paz», se ordenó. Ella quería a otro hombre más que a él; no quería un futuro con él; no quería nada, ni siquiera consuelo en aquel día tan aciago.

Pero, oh, Dios, parecía tan triste… Estaba allí ella sola, con su dolor por la pérdida del abuelo, sintiendo la ausencia de aquel hombre sabio y maravilloso. No debería estar sola. Él no debería estar solo. Ahora no.

Ben abrió la puerta con una temblorosa mano y entró. Se dirigió hacia donde ella estaba acurrucada y se puso de rodillas para acariciarla.

Laurel abrió los ojos y lo miró. Levantó los brazos hacia él y Ben se quitó la chaqueta y el sombrero y se tumbó a su lado, tomándola en sus brazos y apretándola con fuerza mientras ella lloraba, con la cara escondida en su camisa.

Laurel por fin se tranquilizó, tomó aliento y volvió a mirarlo. Tenía la cara a pocos centímetros de la de ella. Agachó la cabeza y la besó con suavidad, reverentemente, como si fuera un ser frágil y herido al que tenía que cuidar.

Ella le rodeó el cuello con los brazos e introdujo los dedos en su pelo para apretar su boca con más fuerza contra la de ella. Él dudó, después, un gemido escapó de su pecho e introdujo la lengua en su boca, encontrando la de ella mientras el deseo explotaba en su interior.

Ella no quería pensar. No quería llorar. Solo quería sentir.

Solo quería a Ben. Estaba cansada, tan cansada de luchar… Solo quería saborear las sensaciones exquisitas que crecían en su interior cuando estaba con él. Saborearlo a él y su aroma y disfrutar de la fuerza de su cuerpo. Lo quería mucho, pero no tenía nada que ofrecerle. Ben. Su querido Ben.

Laurel se separó, lo miró a los ojos y vio la pasión. Entonces, se apartó para comenzar a quitarse la ropa.

Él la miró con el ceño fruncido.

«Piensa», se ordenó a sí mismo. Laurel quería a otro hombre más que a él. Su corazón pertenecía a un extraño de Virginia. Laurel y él nunca se casarían, nunca tendrían hijos y nunca envejecerían juntos.

Pero, en aquel momento, justo allí, nada importaba. Él quería a aquella mujer con todo su ser. El dolor por la muerte del abuelo lo embargaba y sabía que a ella también. Necesitaba sentir, no pensar. Hacer el amor, no llorar. Vivir el momento, sin pensar en el mañana. Necesitaba a Laurel.

Ben se quitó la ropa y se tumbó al lado de ella, extendiendo los brazos al mismo tiempo que ella lo buscaba a él.

Capturó su boca con un beso apasionado mientras la recorría con manos ávidas. Ella se apretó contra él y lo rodeó con una pierna, como si quisiera fundirse con él, convertirse en un solo ser. Le clavó los dedos en la espalda con fuerza, atrayéndolo hacia ella, deseándolo… deseándolo…

Ben la tumbó de espaldas sobre la manta y se colocó encima de ella, introduciéndose en su interior de inmediato. Con una necesidad impaciente, salvaje y primitiva; tan intensa que les consumía a los dos más allá de la razón y la realidad.

Los movimientos eran fuertes y rítmicos, como los redobles de los tambores, cada vez más intensos. El calor los llenaba con tanta fuerza que era casi doloroso subir cada vez más alto, acercarse a la cumbre. Después, salieron volando sin querer regresar.

Sus cuerpos se estremecieron con espasmos y, finalmente, se quedaron tranquilos y relajados.

Ben tomó aliento y se separó de ella. Sin mirarla a la cara, se giró y se vistió mientras ella hacía lo mismo. Ben se puso de pie mientras Laurel se volvió a acurrucar en la manta. Se quedó mirándola un momento; después, se marchó. Mientras caminaba hacia el coche, pensó que no se habían dicho ni una sola palabra.

Se pasó las dos manos por la cara.

Ni una palabra porque no tenían nada que decirse, pensó con una sensación dolorosa en la garganta.

Laurel susurró el nombre de Ben y cayó en un extraño sueño. En su mente comenzaron a surgir imágenes que ella sabía que pertenecían al sueño. Entre nieblas, se vio a sí misma, a Dove y a Ben cuando eran pequeños, subidos encima de Thunder. Después, la imagen cambió y se vio a ella sola encima del animal ya de adulta. El abuelo apareció, entonces; estaban sentados en el suelo delante de una hoguera y Thunder había desaparecido. Estaban los dos solos.

—¿Abuelo? —susurró ella—. ¿Cómo puede estar aquí? Nos dejó, cruzó el puente del arco iris.

—He venido a verte, mi pequeño pájaro carpintero —dijo el abuelo con una voz que parecía proceder de muy lejos—. No puedo

continuar con mi viaje y descansar en paz porque tú no has hecho lo que debías hacer. Los demonios todavía te tienen presa.

—No puedo ganarles, abuelo —dijo Laurel con los ojos llenos de lágrimas—. Lo he intentado, pero…

—Basta. No quiero volver a escuchar esas palabras —dijo él con el ceño fruncido—. Eres una mujer navajo y nosotros creemos que nadie es perfecto. Somos humildes y no nos ponemos por encima de los demás.

—Yo no me creo mejor que nadie. Fracasé, abuelo. Le conté lo que sucedió en Virginia; no fui buena, fracasé y…

—No —dijo él cortante—. No fracasaste; lo hiciste lo mejor que pudiste, lo cual es el estilo navajo. Una mente más rápida que la tuya te engañó, una mente determinada a conseguir lo que quería, y nada podría haberlo detenido. Te culpas por algo que no fue culpa tuya. Los demonios de la culpabilidad y la vergüenza te agarrarán para siempre si no escuchas. Crees que deberías haber podido hacer algo que nadie podía: ser perfecto y así no es como piensan los navajos. ¿Me has oído, Laurel Windsong?

Laurel se sentó muy recta.

—Sí —dijo con suavidad—. Sí, por fin le he oído, abuelo. Hice lo que pude. Y no tengo nada… oh, Dios, no tengo nada de lo que avergonzarme. Tiene razón: nadie podría haber cambiado lo que sucedió. Nadie. Oh, abuelo, siento tanto haber tardado tanto en comprender, en vencer a los demonios. Siento mucho haberle detenido. ¿Cómo puedo agradecerle que haya venido a mí en este sueño tan real?

—Vive y ama y sé feliz, mi *Dahetihhi*. Sigue a tu corazón que por fin está libre. Ahora estoy preparado para marcharme al otro lado y descansar en paz. *Hagoonee*, Laurel.

—Adiós, abuelo —dijo ella entre lágrimas—. Le echaré de menos. Muchas gracias por todo lo que ha hecho por mí. Lo quiero, abuelo. *Hagoonee*.

—*Ha… goo… nee* —dijo él mientras desaparecía en la niebla.

Pasó más de una hora antes de que Laurel comenzara a despertarse. Se sentó sin saber muy bien dónde estaba. Sacudió la cabeza para ahuyentar la niebla y entonces lo comprendió todo.

Había soñado con el abuelo y él había hablado con ella, ofreciéndole sus sabios consejos.

Ella por fin había comprendido que lo que había sucedido en Virginia no había sido culpa suya. Por fin había ganado a los demonios que la habían mantenido presa.

Ahora era libre para vivir y amar.

Amar a Ben.

Laurel frunció el ceño.

«Ben», pensó. ¿Habría sido él también un sueño? ¿Habría estado Ben en el *hogan* con ella? No habían hablado, no habían dicho ni una sola palabra; pero habían compartido algo tan increíble y hermoso que parecía un sueño.

Laurel se movió en la manta y notó las sensaciones dolorosas de su cuerpo que le dijeron que Ben había estado realmente allí con ella. Se habían abrazado, se habían consolado y habían hecho el amor con fuerza. Ben Skeeter, pensó ella, con una sonrisa. El único hombre al que había amado. Ahora estaba libre de los fantasmas del pasado y podría entregarse a él con el corazón lleno de amor. Solo para él. Todas las esperanzas y sueños que habían planeado hacía años ahora podrían hacerse realidad.

Ella quería a Ben. Ben la quería a ella. El futuro era para ellos. Para estar juntos. Para siempre. Tenían una segunda oportunidad y podrían comenzar de nuevo.

Tenía que ir a verlo, pensó al levantarse. Por fin le contaría la pesadilla que había vivido. Le hablaría de su sueño y de lo que había oído. Las palabras del abuelo que le habían hecho encontrar su paz interior. Sí, tenía que ir a verlo. Ahora.

Laurel se giró y recogió su chaqueta del suelo. Y entonces lo vio: un saquito pequeño con una nota. En el papel había solo una palabra escrita: *Dahetihhi*.

Laurel cayó de rodillas y, con manos temblorosas, abrió el saquito. Lo giró sobre la palma y contuvo el aliento al ver el contenido: la turquesa del abuelo.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y con una sonrisa apretó aquel precioso regalo.

El abuelo le había dejado la piedra para que ella pudiera encontrar su fuerza interior. Se había asegurado de que ella no volviera a caer presa de los demonios.

—Oh, abuelo —exclamó ella, llevándose el puño al corazón—. ¿Cómo puedo darle las gracias? Me ha dado tanto. Me ha devuelto mi vida, mi libertad, a mi Ben —los ojos se le llenaron de lágrimas —. Gracias. *Ahehee*. *Ahehee*. Gracias.

Con cuidado, Laurel volvió a colocar la piedra en el saquito, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y lo cerró con la cremallera. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir volvió a echar una última mirada.

Nunca volvería allí, pero nunca olvidaría lo que le había sucedido.

—*Hagoonee* —dijo en voz alta—. Adiós, abuelo. Descanse en paz.

Un viento frío la recorrió cuando salió. Corrió hacia su coche y se alejó de allí.

Quería ir a ver a Ben, pero tendría que esperar. Estaba agotada y emocionalmente exhausta; a pesar de haberse dormido. Tenía muchas cosas que hablar con Ben, que explicarle, necesitaba estar fuerte.

Esperaría al día siguiente.

Al pasar por la casa de Dove, tuvo la tentación de parar, pero resistió la necesidad de contarle por fin a su mejor amiga lo que le había pasado en Virginia.

Cuando llegara a casa, no le contaría a su madre lo que había sucedido y no le mostraría el regalo del abuelo. No, Ben tenía que ser el primero. Y así lo haría.

Cuando Laurel llegó a casa, Jane fue corriendo a recibirla.

—Oh, Dios, estaba muy preocupada por ti, Laurel. Has estado mucho tiempo fuera, ¿estás bien, cariño?

Laurel se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Estoy bien. Siento haberte preocupado. Perdí la noción del tiempo, pero, mamá, estoy muy bien. Por fin he encontrado la paz. Lo que sucedió en Virginia no fue culpa mía; ahora lo entiendo porque el abuelo… bueno, digamos que por fin lo entendí.

—Cariño, eso es maravilloso —dijo Jane, abrazando a su hija. Dio dos pasos atrás para mirarla a la cara—. Sí, los fantasmas se han ido. Tus ojos brillan y me siento muy feliz por ti.

Laurel se rio.

—Y yo tengo hambre. ¿Has cenado ya?

—No, estaba esperándote. He estado tan preocupada que había perdido el apetito —dijo con una sonrisa—. Pero ahora que has vuelto con unas noticias tan maravillosas, siento que tengo hambre de nuevo. Ve a lavarte y nos prepararemos unas tortillas. Después, nos prepararemos un chocolate y unas tostadas y…

Jane todavía estaba enumerando todas las cosas que iban a comer cuando desapareció por la puerta de la cocina. Laurel fue a su habitación y colgó la chaqueta en el armario. Sacó el saquito del bolsillo y se sentó en el extremo de la cama. Lo abrió con mucho cuidado para asegurarse de que la piedra realmente estaba allí y lo acarició con un dedo, con una sonrisa sosegada en los labios.

—Laurel —la llamó Jane—. ¿Vienes ya, cariño?

—Sí, ya voy, mamá. Tengo que lavarme.

Laurel dejó el saquito en el cajón de la mesilla.

«Mañana», pensó mientras se ponía de pie. Al día siguiente iría a ver a Ben y se lo contaría todo.

Capítulo 12

A LA mañana siguiente, Laurel se levantó tarde, con la sensación de haber descansado. Se dio una ducha y se puso unos vaqueros y un jersey azul, plenamente consciente de las ganas que tenía de ver a Ben.

También sabía que el calor que sentía en su interior tenía mucho que ver con la paz que ahora poseía con respecto a lo que había sucedido en Virginia.

Sacó la bolsita de la mesilla de noche, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta roja y, después, fue a la cocina para comer algo.

Su madre le había dejado una nota para decirle que se había ido a la iglesia y que después iría a la reserva para recoger manzanas para hacer una tarta.

Laurel se preparó el desayuno. Después, recogió la cocina y se dirigió hacia el teléfono.

Tomó aliento, levantó el auricular y marcó el número de la casa de Ben. Cuando el contestador saltó, colgó sin dejar un mensaje.

A continuación, llamó a la oficina del sheriff y Bobby la saludó muy animado.

—Es su día libre, Laurel —dijo Bobby—. Iba a montar a Thunder y después se iba de pesca. Se ha llevado la radio, pero me ha dicho que no le moleste a menos que sea para algo realmente urgente —hizo una pausa—. ¿Es realmente urgente que hables con él?

«Sí, Bobby», gritó Laurel mentalmente. Estaba preparada para contarle a Ben todo lo que le había ocurrido, todos sus secretos. Quería verlo, tocarlo, besarlo y declararle que lo amaba una y otra vez y hacer el amor con él suave y dulcemente durante horas.

Quería hablar con él de su futuro, de su vida juntos, de los hijos que tendrían y… sí, realmente era urgente. Habían perdido diez años y tenían que recuperarlos.

—No, no es necesario, Bobby —dijo con calma—. Ya hablaré con él más tarde.

—¿Algún mensaje?

—No, gracias, no será necesario. Que tengas un buen día —dijo antes de colgar.

Tres horas más tarde estaba tan cansada de pasear por el salón de su casa que volvió a llamar a la casa de Ben y le dejó un mensaje en el contestador, pidiéndole que la llamara cuando llegara a casa.

A las diez de la noche, Laurel se fue a la cama, sin saber nada de Ben Skeeter.

Al día siguiente, repitió la llamada a su casa y después a la oficina. Bobby le informó de que había ido a un juicio a Prescott.

—¿Quieres dejarle algún recado, Laurel? —preguntó Bobby.

—No, gracias, Bobby, pero… No —dijo, y dejó escapar un suspiro mientras colgaba.

Volvió a dejarle otro recado en el contestador de casa; pero, a la hora de irse a la cama, él todavía no la había llamado.

El martes por la mañana, Laurel le pidió a su madre que la llamara si Ben iba a la cafetería a comer.

—¿Oh? —exclamó Jane mientras se ponía el abrigo—. Por supuesto. Y entonces, ¿qué?

—Yo iré para allá porque tengo que hablar con él —dijo Laurel, sin mirar directamente a su madre.

—Debe de ser importante.

—Ajá.

—¿Le digo que vienes? —preguntó Jane, levantando las cejas.

—No hace falta —dijo Laurel—. Solamente llámame cuando llegue. ¿Tienes ropa para lavar?

Jane se rio.

—Eso significa que me meta en mis asuntos, ¿no? Adiós, cariño.

—*Hagoonee* —se despidió Laurel.

Tenía verdadera necesidad de hablar con Ben y los días pasaban sin que pudiera hacerlo, las ganas que había sentido de verlo se habían convertido en una ansiedad que no la dejaba descansar.

Después de la una, Jane la llamó desde el restaurante para decirle que Ben acababa de llegar y lo que había pedido.

—No hace falta que me digas lo que va a comer —replicó Laurel cortante—. Yo… oh, mamá, lo siento. No debería haberte hablado así. Tengo los nervios de punta… lo siento.

—Estás perdonada —repuso Jane con una sonrisa—. No hace falta que me digas lo tensa que estás, Laurel. Vivo contigo, ¿te acuerdas? Pareces a punto de estallar.

—Oh.

—Bueno, métete en tu bonito coche rojo y aparece por aquí antes de que Ben se marche —dijo Jane—. Nuestra moqueta ya no podrá soportar mucho más que sigas paseando de un lado a otro.

—No. Bueno. No me he dado cuenta de que lo hubieras notado. Olvídalo —dijo Laurel, meneando la cabeza—. A ti nada se te pasa de largo.

—Exactamente.

Laurel colgó y se llevó una mano al estómago. Corrió hacia su habitación para ponerse su chaqueta, comprobó que tenía el saquito con la piedra preciosa en el bolsillo y se marchó.

Cuando llegó al café, dudó un instante. Después, tomó aliento y se dijo que se olvidara del orgullo. En la cafetería, fue directa al compartimiento de Ben y se sentó al otro lado.

—Hola, Ben —dijo con calma, incapaz de sonreír.

—Laurel —la saludó él, mirándola con una expresión indescifrable.

Ella dejó las manos en el regazo y levantó la barbilla.

—No me has llamado —le dijo.

—No —confirmó él mientras partía un trozo de carne.

—¿Por qué?

Él masticó la comida, se la tragó y, después, la miró directamente a ella.

—Porque no creo que tengamos nada de lo que hablar, Laurel. Antes había cosas que no estaban claras, como si íbamos a continuar viéndonos; pero eso ya no es una opción, así que…

Se encogió de hombros.

—No te entiendo —dijo ella, sintiéndose desfallecer.

Ben se inclinó ligeramente hacia delante.

—No tenemos nada de qué hablar. ¿Está claro? ¿No nos estamos entendiendo? Si me disculpas, Laurel, me gustaría acabar mi comida.

—Sí, claro, yo… —dijo Laurel con voz temblorosa. Entonces se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta donde tenía la piedra del abuelo—. No. Quiero hablar contigo. Voy a hablar contigo. Y nada va a detenerme. Preferiría tener esta conversación en privado, por lo que iré a tu casa a las siete esta noche. Estate allí. ¿Está claro?

Ben abrió la boca para contestarle; entonces, se dio cuenta de que estaba tan sorprendido que no se le ocurría qué decir. Volvió a cerrar la boca y asintió mientras la miraba.

—Muy bien —dijo ella, y salió del compartimiento y del restaurante.

Ben levantó la cara y vio un par de docenas de ojos fijos en él. Bajó la cara hacia su plato y siguió comiendo.

Esa noche, después de cenar, Laurel se puso unos pantalones grises y un jersey rojo. Aquella había sido una de las tardes más largas de su vida, pensó mientras se cepillaba el pelo. Todo su futuro y su felicidad dependían de lo que sucediera en casa de Ben esa noche. Si se negaba a escucharla, a oír lo que realmente tenía

que decirle, entonces… No; no podía soportar pensar en eso.

Comenzó a hacerse la trenza y, entonces, dudó. Decidió que se dejaría el pelo suelto como un recordatorio de que ahora estaba libre de sus demonios. Una idea tonta, pero necesitaba todo el valor que pudiera conseguir.

—Ya está —le dijo a su imagen del espejo—. Ya estoy lista.

Cuando Laurel entró en el salón, su madre levantó la cara para mirarla y sonrió.

—Estás muy bien, Laurel —dijo Jane—. Tu pelo es precioso —hizo una pausa—. Espero que las cosas te vayan bien con Ben.

—Me imagino que te habrá resultado fácil imaginarte adónde voy —dijo Laurel—. Espero no llegar demasiado tarde para hacerle comprender cuánto lo amo —solo pensar en ello hacía que las mariposas del estómago comenzaran a revolotear—. Bueno, me marcho. Deséame suerte.

—Te deseo suerte —dijo Jane.

Laurel asintió, se abrochó la chaqueta y deslizó de manera automática una mano por el bolsillo.

—Adiós —repuso mientras se iba hacia la puerta.

—Adiós —dijo su madre girándose de nuevo hacia la televisión —. Espero que no vuelvas hasta mañana.

—¡Mamá! —exclamó Laurel sintiendo que se ponía colorada.

—Márchate ya —le ordenó Jane, chasqueando los dedos en el aire.

Laurel fue a por su coche y condujo con cuidado hacia la casa de Ben.

Ben colocó la pantalla delante del fuego que había encendido en el salón. Después, se giró al oír el motor de un coche.

Laurel estaba allí, pensó. Las horas que habían pasado desde que le había dicho que quería hablar con él le habían parecido una eternidad.

¿Por qué no podía entenderlo? No había nada más que decir. Sí, claro, ella le había dicho que lo quería. Qué gran cosa. Lo que no le había dicho era que había otro al que quería más. ¿Iba a tener que aguantar que se lo dijera ahora? De eso nada.

Dio un salto cuando el timbre de la puerta sonó y se dirigió hacia la entrada para abrir.

—Hola, Ben —dijo Laurel.

—Sí —dijo él con el ceño fruncido—. Entra.

No estaba jugando limpio, pensó él mientras cerraba la puerta. Se había dejado el pelo suelto y ya le dolían los dedos de ganas de tocarla.

—Has encendido el fuego —comentó Laurel—. Qué agradable. ¿Puedo quitarme la chaqueta?

—¿Qué? —preguntó Ben—. Oh, claro.

Laurel dejó la chaqueta encima de una silla y se sentó en otra.

—Vayamos al grano, ¿vale? —dijo él con el ceño fruncido—. ¿Por qué estás aquí? ¿De qué quieres hablar conmigo?

—¿No me lo vas a poner fácil, verdad? —preguntó ella apretando las manos en el regazo.

Ben se encogió de hombros.

—Ben —dijo Laurel, y paró para tomar aliento—, te quiero. Estoy enamorada de ti, pero…

—Basta —dijo él levantando una mano en el aire—. Deja que yo termine: me quieres, pero hay otro tipo en Virginia al que quieres más. ¿No es así?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Laurel, confundida.

—Oh, vamos, Laurel —dijo Ben, levantándose de la silla—. Estaba en la puerta del *hogan* del abuelo y escuché que tenías el corazón en Virginia. No hace falta que me den con un ladrillo en la cabeza. Y por lo que se refiere a lo que sucedió entre nosotros después del funeral, cuando hicimos el amor… No sé. Quizás estuvo mal. Necesitábamos consuelo. Yo no me arrepiento de lo que sucedió, pero si tú sí, es asunto tuyo. El gran secreto por el que viniste para acá ya está claro —continuó él—: tuviste un romance en Virginia que salió mal y todavía estás enamorada de aquel tipo y has decidido intentar arreglar las cosas con él.

Laurel lo miró con los ojos entrecerrados y miró de reojo al bolsillo de su chaqueta.

—Estás tan equivocado que es un delito, Ben Skeeter; deberías arrestarte a ti mismo —dijo ella—. No hay ningún hombre en Virginia. No ha habido nadie en mi vida aparte de ti. Ya te lo dije una vez y es cierto. ¡Hay que tener cara para escuchar una conversación privada entre el abuelo y yo!; pero voy a olvidarme de eso.

Ben la miró con el ceño fruncido.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Ben —dijo con calma—. Necesito saber que vas a escuchar lo que tengo que decirte; escucharme realmente. Destruimos todo nuestro futuro hace unos años porque no prestamos atención a lo que estábamos hablando. Esta es nuestra oportunidad para reparar el daño; pero no funcionará si no me escuchas con la mente y el corazón abiertos. ¿Lo vas a hacer? ¿Por favor?

Ben miró hacia las llamas de la chimenea y después volvió a

mirarla a ella.

—Sí —dijo asintiendo—, sí, lo haré.

—Gracias. Ben —tomó aliento para continuar—, no entendiste bien cuando estabas fuera del *hogan* del abuelo. Él dijo que mi corazón estaba en Virginia, pero porque yo estaba atrapada por lo que había sucedido allí. Me dijo que hasta que no me liberara de esos demonios, no podría vivir y amar… amarte a ti, como debería hacerlo, como yo quería hacerlo. Intenté derrotar a los demonios —dijo ella, luchando por controlar las lágrimas—, pero no tenía fuerzas. Estaba perdiendo la batalla. Perdiéndome. Perdiéndote.

—Espera un minuto —dijo Ben, meneando la cabeza—. Si el gran secreto no es un hombre en Virginia, ¿qué es lo que sucedió allí? ¿Qué fue lo que creó a esos demonios de los que hablas?

—Déjame hablar —dijo ella con la voz temblorosa—. Yo trabajaba de psicóloga en un colegio con internado exclusivo para alumnos de familias adineradas. Algunos estaban allí porque sus padres estaban tan ocupados que no tenían tiempo para ellos. Otros se habían metido en problemas porque eran niños ricos aburridos. Algunos otros eran jóvenes decentes que buscaban una educación excelente.

Ben asintió, sin apartar los ojos de Laurel.

—Yo —continuó ella— trataba con los que tenían problemas. Había un chico, David, de dieciséis años al que le habían echado de tres colegios por saltarse las normas. Había intentado suicidarse cuando tenía quince años para llamar la atención de sus padres. Sus padres estaban divorciados y lo más triste era que ninguno quería responsabilizarse de él. Así que lo dejaron en el internado donde yo trabajaba.

—Qué majos —dijo él con disgusto.

—David comenzó a portarse mal, a faltar a clase, a crear problemas. Después, uno de sus compañeros le dijo a uno de los profesores que David había hablado de matarse y que estaba seguro que aquella vez lo conseguiría; el profesor me llamó inmediatamente.

Ben asintió.

—Pasé muchas horas con él —dijo Laurel—. Semanas e incluso meses. Él se fue abriendo poco a poco, revelando lo solo que estaba y lo poco querido que se sentía. Estaba enfadado y dolorido y era un niño muy infeliz. Era un chico brillante y yo me centré en eso, diciéndole que podía crearse su propio mundo donde él quisiera, ser quien quisiera ser. Me centré en su valía, en todo lo que tenía que ofrecer, en que tenía que creer en sí mismo. El suicidio nunca era la

respuesta. Él podría superar el dolor, las decepciones y las traiciones y demostrarle al mundo lo que podía hacer, lo inteligente que era.

—Sí —dijo Ben—. Eso está muy bien. Sí.

—David comenzó a portarse mejor, a estudiar; estaba sacando las mejores notas de la clase y seguía todas las normas; todo lo hacía bien. Comenzó a sonreír y a reírse. Me habló de su futuro como abogado especializado en familia y decía que pensaba representar a los niños de parejas divorciadas, asegurándose de que no se perdieran entre todo el papeleo legal. Estaba encantada con lo que estaba viendo. Todos mis estudios empezaban a merecer la pena. Había llegado a él, había conseguido que… —dejó de hablar y apretó los labios—. Entonces…

Ben apoyó los codos en las rodillas y entrelazó los dedos.

—¿Entonces, qué? —preguntó.

—Todo… todo había sido una actuación —dijo Laurel, con los ojos llenos de lágrimas—. Todo. Todas aquellas semanas habían sido un juego. Y yo no me di cuenta. No vi ninguna de las señales que él estaba enviando porque estaba demasiado ocupada dándome golpecitos en el hombro por el trabajo tan fantástico que estaba haciendo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Ben.

—Se suicidó. Se colgó del armario de su habitación. Su compañero lo encontró y… oh, Ben, no podía creérmelo. Estaba tan segura de que… perdí toda confianza en mí misma y me culpé por su muerte. Me vine corriendo a Willow Valley y me traje a los demonios de la culpabilidad y de la vergüenza conmigo.

—Vaya, Laurel —dijo Ben—. Siento tanto que te sucediera algo así… ¿Dejó… dejó una nota?

Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Laurel y ella se las apartó con los dedos.

—Oh, sí. Quería asegurarse de que todos comprendían que él había hecho lo que quería. En el papel decía: *Gané*. El juego había acabado, estaba cansado y, según él, había ganado.

—Vaya —dijo Ben, pasándose una mano por la cara.

—No podía hablar de ello —dijo Laurel—. No podía soportar contárselo a nadie. Ni siquiera a Dove. Ni siquiera a ti. Se lo dije a mi madre, por supuesto, y ella me convenció para que fuera a hablar con el abuelo. Me dijo que a él le gustaría escucharme.

—Por supuesto —dijo Ben.

—Eso es lo que tú oíste, Ben. Que mi corazón estaba en Virginia. El corazón, mi mente y mi alma eran cautivos de los demonios. Los

demonios de lo que yo consideraba mi fracaso.

—No fue culpa tuya —dijo Ben, enderezándose en la silla—. Obviamente, David tenía un plan que había puesto en marcha. Estaba claro que nada podría haberlo parado, Laurel. Nada. Nadie. El abuelo lo habría entendido. David eligió su final.

Laurel asintió.

—Eso es lo que el abuelo me dijo; pero yo todavía no lo había comprendido cuando él murió. Sin embargo, me había dicho que volviera al *hogan* después de su muerte porque allí encontraría la paz.

—Y allí fuiste después del funeral.

—Sí. El día que el abuelo y yo hablamos me enseñó una preciosa turquesa, Ben. Su madre se la había dado cuando se marchaba a la guerra. No era mágica, me dijo, solo servía para hacer que se parara a buscar su fuerza interior. Me dijo que tenía más fuerza de la que creía. El día del funeral, cuando viniste al *hogan* e… hicimos el amor, me quedé dormida cuando te marchaste. Tuve un sueño muy extraño: el abuelo me dijo cómo defenderme de los fantasmas. Cuando me desperté, supe que me había liberado, que había oído lo que él tenía que decirme.

—Me alegro mucho —dijo Ben.

—Sí. Por fin, después de tantos meses, de tantas lágrimas, comprendí que la muerte de David no había sido culpa mía. Era libre, gracias al abuelo. Libre para vivir. Libre para amar. A ti. Para amarte, Ben. Espero que no sea demasiado tarde y que no haya destruido todo lo que hay entre nosotros.

—No, no. No es tarde —dijo Ben, poniéndose de pie—. Te quiero, Laurel. Estaba destrozado cuando pensé que amabas a otra persona. Me alegro mucho de que tuvieras ese sueño.

—Lo sé. Pero hay otra cosa, Ben —dijo ella, y se puso de pie—. Cuando recogí mi chaqueta para marcharme del *hogan*, me di cuenta de que el abuelo me había dejado un regalo que no había visto al principio. Voy a enseñártelo.

Laurel sacó el saquito del bolsillo y se lo entregó a Ben.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Ábrelo. Una de sus posesiones más queridas y me la dio a mí.

Ben abrió el saquito y lo volcó sobre la mano. Al ver lo que caía en su palma, abrió los ojos como platos.

—Oh, Dios mío, Laurel, es la turquesa que le regaló su madre. Qué regalo tan increíble.

—Lo sé. Me imagino que quería que recordara mi fuerza interior. Quiero que compartamos esta piedra preciosa, Ben. El

abuelo nos quería —dijo con la voz acongojada—. No podía soportar que mis demonios nos alejaran, que impidieran que cumpliéramos nuestros sueños —tomó aliento y levantó la cara—. Ben, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres compartir mi vida hasta que la muerte nos separe? ¿Quieres ser el padre de mis hijos? ¿Quieres compartir conmigo todos los sueños que tuvimos hace tantos años?

Ben dejó el saquito encima de la chimenea y, con cuidado, puso la turquesa dentro. Después, se giró hacia ella y le tomó la cara entre las manos.

—Laurel Windsong, para mí sería un honor ser tu marido —le dijo, sin intentar ocultar las lágrimas que brillaban en sus ojos—. He esperado mucho por ti y ahora has vuelto, conmigo. Contaremos a nuestros hijos lo del abuelo y el gran regalo que nos dio: nuestro futuro juntos.

—Sí —dijo Laurel sonriendo, pero con los ojos llenos de lágrimas—. Nuestros hijos crecerán aquí, en Willow Valley, como nosotros. Ahora he vuelto a creer en mí misma, así que puedo ayudar a los que tienen problemas. A los chicos como Jazzie, tan cansados de ser pobres, de tener tan poco y no saber qué hacer para cambiar las cosas. Les ayudaré. Oh, Ben, te quiero tanto.

Ben inclinó la cabeza y besó a su futura esposa con tanto amor que los ojos de los dos volvieron a llenarse de lágrimas. Después, el beso cobró intensidad y la pasión se incendió. Se tumbaron sobre la alfombra que había delante de la chimenea e hicieron el amor para sellar su compromiso de futuro. Después se quedaron dormidos y soñaron con todo lo que tendrían en los años venideros.

Después, Ben se estiró, se apoyó en un brazo y miró a las ascuas de la chimenea. Contuvo el aliento y susurró el nombre de Laurel hasta que ella se despertó.

—Laurel —dijo realmente admirado—, mira. Mira la piedra.

Ella se levantó y Ben se sentó detrás de ella mientras contemplaban el saquito.

La piedra parecía brillar dentro, haciendo que su precioso color azul se mezclara con el de la hoguera. Después, lentamente, el brillo se fue apagando y la piedra volvió a ser como era.

Laurel se giró para mirarlo con una sonrisa.

—El abuelo está en paz ahora —dijo—. Ha completado su viaje por el puente del arco iris.

Volvió a mirar a la piedra.

—*Ahehee*, sabio Guerrero, nuestro querido abuelo. Gracias.

—*Ahehee* —susurró Ben—. Por todo y mucho más.

Epílogo

LAUREL Windsong y Ben Skeeter se casaron en la iglesia de Willow Valley la noche de Navidad.

Laurel llevaba un precioso vestido blanco con bordados que había pertenecido a su abuela. Ben se puso un traje de chaqueta negro de corte occidental con una camisa blanca y corbata.

Para poder compartir la turquesa que les había dejado el abuelo, Laurel y Ben se la llevaron a un amigo de la reserva, Charlie Stremwalker, que hacía joyas para venderlas en las tiendas.

Charlie y su mujer diseñaron unos anillos de plata para la pareja y después montaron un trozo de la turquesa del abuelo en cada anillo. El trozo más grande de la piedra la tallaron en forma de gota e hicieron un colgante para Laurel y, el último trozo, lo engarzaron en un alfiler para la corbata de Ben.

Cadillac fue el encargado de decirles a todos que en la primavera habría una barbacoa en la reserva para celebrar aquella boda tan esperada.

Jane Windsong sonrió entre lágrimas mientras escuchaba a Laurel y a Ben intercambiar sus votos que sabía que cumplirían hasta que la muerte los separara, e incluso más allá, cuando estuvieran listos para cruzar el puente del arco iris.

—Nuestra hija es feliz por fin, Jimmy —susurró Jane, con una lágrima resbalándole por la mejilla.

—Ya puede besar a la novia —dijo el párroco por fin.

Ben rodeó la cara de Laurel con las manos y la besó suavemente con ternura.

—La quiero, señora Skeeter —dijo con la voz ronca por la emoción.

—Y yo también lo quiero, señor Skeeter —dijo Laurel con los ojos brillantes—. Este es el primer momento de nuestra vida para siempre.

—Otra vez —dijo Ben.